UNA HISTORIA DE DARKROMANCE

Maite Martinez

MIRADA Obsesiva

"Él era un adicto y ella, su maldita droga "



MIRADA Obsesiva

Maite Martinez

Sello: Independently published by the author

MIRADA OBSESION
Maite Martinez © 2026
Corrección: Lena salvatore @lena_salvatore16
Diseño de Cubierta y Maquetación:
Cherlys CM (@booksdesign__)
Ilusraciones de Personajes: Aris Leiryn (@almasletradas)
ISBN: 9798253544662
Registro de autoría adicional gestionado mediante
SafeCreative. Código de registro: 2603205035389
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y

favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ADVERTENCIAS:

Antes de comenzar a leer, ten en cuenta que este es un libro con personajes de moralidad gris que hacen que pueda ser catalogado como un *dark romance* y no se recomienda la lectura a menores de 18 años. La línea entre lo moral y lo inmoral está difusa y en algunos casos normalizada. Incluye contenido que puede herir la sensibilidad, si decides continuar con la lectura después de las advertencias, está bajo tu responsabilidad.

Contenido:

·Escenas de contenido sexual explícito.
·Personajes con moralidad gris.
·Personajes con problemas psicosociales.
·Mafia y actividades delictivas relacionadas con el crimen organizado.
·Familiar fallecido de cáncer (mención, no pasa durante el libro. Es el pasado)
·Tratamiento de enfermedades oncológicas.
·Depresión.
·Mención a la muerte y el duelo.
·Traumas psicológicos.
·Contiene a un personaje religioso. (En todo momento se trata con respeto este tema hacia la misma).
·Obsesiones.

PLAYLIST

—*Eyes Don't Lie* - Isabel LaRosa
—*Female Robbery* -The Neighbourhood
—*Toxic* -Omido, Rick Jansen
—*RUNRUNRUN* -Dutch Melrose
—*BBY* -Two Feet
—*Had Some Drinks* -Two Feet
—*Call Me, I Still Love You* -Two Feet
—*Say Yes To Heaven* -Lana del Rey
—*Twisted* -Two Feet
—*Play With Fire* -Sam Tinnesz, Yacht Money
—*Way Down We Go* -KALEO
—*War of Hearts* -Ruelle
—*MIDDLE OF THE NIGHT* -Elley Duhé
—*I Wanna Be Yours* -Arctic Monkeys
—*Daddy Issues* -The Neighbourhood
—*Swim* -Chase Atlantic
—*Dancer in The Dark* -Chase Atlantic
—*Friends* -Chase Atlantic
—*Drugs & Money* -Chase Atlantic

Tú lo llamas "obsesión".

Yo le digo "devoción".

Para todas aquellas mujeres que dieron demasiado y pidieron muy poco, no es de extrañar que te guste leer sobre hombres que pueden no ser un príncipe azul, pero quemarían el mundo por protegerte y mantenerte a su lado.
No seas tímida, desliza la página. Prometo que te gustará.

Leah se dedica a acompañar a otros en su dolor… mientras el suyo la consume en silencio. Vive con su abuela, atrapada entre la rutina y un vacío emocional que no sabe cómo llenar. Hasta que un desconocido aparece en su vida.

Noah tiene una mirada imposible de olvidar: un ojo celeste, otro negro.
Demasiado atento, demasiado intenso.
Demasiado dispuesto a cruzar límites por ella.

Dice que quiere ayudarla.
Dice que la entiende.
Dice que no va a hacerle daño.

Pero Leah no está segura de si, él es su refugio… o la amenaza que siempre temió.

Lo que empieza como una presencia inquietante se convierte en una conexión irrompible: mensajes en la noche, visitas inesperadas, silencios que queman, secretos que él no está listo para confesar… y emociones que ella no puede controlar.

Porque Noah no solo la ve.
La estudia, la elige, la sigue.

Y aunque ella sabe que debería alejarse, algo en él la atrae de manera inexplicable… incluso cuando presiente que esa conexión puede destruirla.

CAPÍTULO 1

La primera vez que la vio, ella vestía de rojo.

No era un rojo común, sino denso; como el vino que se derrama lento, espeso, como sangre fresca sobre algo puro.

Y ella lo era. Pura.

O, al menos, eso pensó en ese instante. Y eso fue lo que más lo enfermó.

Porque la pureza, cuando es real, no provoca ternura. Provoca hambre.

Y él, en ese momento, sintió cómo el hambre era cada vez más feroz con cada segundo que pasaba.

Estaba de pie frente a un grupo de personas, en una sala especial del hospital. Acompañaba a una mujer mayor que lloraba mientras hablaba del esposo que estaba en la sala de cuidados paliativos. Ella no lloraba, pero sostenía su mano con tanta firmeza, con tanto cariño, que la sala pareció más cálida por unos segundos.

Noah lo sintió desde donde estaba sentado, al fondo, intentando pasar desapercibido, como siempre hacía… Era una sombra.

Aunque ella no lo miró directamente, él sí notó un leve cambio en su postura. Como si su cuerpo le avisara que había algo… o, más bien, alguien, observándola.

Pero no se giró y él se quedó ahí, quieto, como una bestia en silencio.

Los rizos oscuros le caían parcialmente sobre la frente. La lluvia los había humedecido minutos antes y eso lo hacía parecer

más salvaje. Un hombre roto, impasible, pero con los ojos llenos de tormenta.

Un ojo celeste, tan claro que parecía ajeno. El otro; negro, casi inhumano.

Una contradicción perfecta.

Apretó los puños dentro de los bolsillos de su chaqueta. No era el momento de acercarse. Aún no. No tenía suficiente control.

Pero Dios… qué difícil era no moverse, nunca había experimentado esa sensación, le picaban los dedos por tocarla, por sentir lo suave que se veía su piel blanca. No podía dejar de preguntarse si ella lo dejaría tocarla. ¿Cómo se vería su piel pálida, en contraste con la piel llena de tatuajes de él?

Ella no posaba, no provocaba, ni gritaba para que la vieran.

Y por eso no podía permitir que nadie más la tocara.

Noah sabía que el mundo era cruel, porque lo había desgarrado desde dentro cuando su madre murió. Pero ella… ella aún no parecía contaminada.

Y eso lo volvió un adicto.

La charla terminó. La gente se levantó. Ella sonrió.

Y él se levantó también, se escabulló antes de que lo notara, salió por una puerta lateral y la esperó bajo la lluvia, apoyado en la pared de ladrillos del hospital. Sacó un cigarro, pero no lo encendió. Solo necesitaba un gesto que lo hiciera parecer parte del mundo. No quería asustarla. No tanto.

...

Mientras salía, distraída y envuelta en su abrigo con los cascos puestos, caminó unos pasos y entonces lo sintió.

Se detuvo. Su cuerpo se tensó levemente. Él levantó la mirada justo en ese momento y sus ojos se encontraron por primera vez.

Se sintió intrigada por esos ojos; eran enigmáticos, no se veían todos los días. Se quedó congelada mirándolo, hasta que se dio cuenta de que estaba portándose como una rarita. Aunque, bueno, él tampoco le quitaba ojo, pero había algo en cómo la

miraba, esa intensidad y seguridad… Su instinto le gritaba que no era seguro, que debía alejarse de allí, así que bajó los ojos y siguió caminando, tratando de alejarse. Cuando ya había avanzado algunos pasos no pudo evitar voltear a verlo y él se percató de que seguía mirándola, por lo que su piel se erizó; sentía la amenaza de peligro en sus huesos.

CAPÍTULO 2

Él notó cómo ella se dio cuenta del peligro. Era inteligente; parecía un pequeño ciervo perdido, pero lo había observado -con miedo sí, pero también con intriga- y vio en sus ojos la curiosidad antes de que se diera la vuelta y se fuera.

—Estás jodida —murmuró, para sí—. Completamente jodida.

No era una promesa; era una sentencia.

Y ella… ni siquiera lo sabía mientras desaparecía al doblar la esquina.

Pero Noah no se movió de su sitio hasta que pasaron cinco minutos más. No porque la esperara, solo porque necesitaba calmar su pulso desbocado. No la había tocado. No le había dicho una sola palabra y, aun así, estaba ardiendo por dentro. No recordaba haber experimentado aquella sensación jamás y eso lo descolocó. Se iba a volver loco, si no lo estaba ya, claro.

El camino hasta su departamento fue automático. No necesitaba mirar para cruzar calles ni evitar charcos. Su mente estaba ocupada en ella. Solo en ella.

Entró en el edificio industrial que había convertido en su refugio personal. Un viejo almacén reformado con cemento pulido, ventanas tapadas con cortinas negras, paredes decoradas con pantallas, cables y dos armas colgadas en cruz sobre la puerta de entrada.

No tenía muchos objetos de valor, solo recuerdos de su madre, que había guardado en una habitación que era como una caja de seguridad, solo él podía acceder con su retina grabada.

Su madre era lo único bonito que había tenido en su vida y atesoraba cada recuerdo suyo, al final era la única que lo había querido.

La única luz encendida era la del monitor central, donde varias cámaras mostraban imágenes divididas en cuadrantes que pronto estarían llenos de la vida de ella.

Nadie podría cuidarla mejor que él. Tenía que estudiar su rutina, sus gustos, lo aprendería todo sobre ella.

Se sentó frente al teclado, encendió un segundo monitor y empezó a escribir los códigos como si su mente fuera un motor que no necesitaba descanso.

Claves, contraseñas, puertas traseras. Una farmacéutica nueva. Un laboratorio que había subido el precio de un medicamento. Noah no lo toleraba.

Ya tenía el sistema infiltrado. Solo necesitaba un par de días más para mover el dinero sin dejar rastro. Lo haría pasar por una transacción fantasma que terminaría en la cuenta de una fundación oncológica de nombre imposible, falsa pero funcional. Como siempre. Después lo borraría todo.

Sin embargo, pensar en ella no le permitía dar rienda suelta a su potencial, estaba distraído, nervioso porque no sabía qué era lo que ella podía estar haciendo, no sabía si estaba a salvo.

Ella; con esa voz templada y esa piel suave que todavía no había tocado.

Pero iba a hacerlo. Tarde o temprano, iba a hacerlo.

Su guarida estaba a oscuras, iluminada solo por el resplandor de las pantallas. Antes, lo que aparecía en ellas eran bancos, servidores y transacciones que les robaba a las farmacéuticas. Ahora, solo le importaba una cosa: encontrar la mejor manera de vigilarla.

Había algo casi sagrado en ese momento: cuando un *hacker* se quedaba solo, en silencio, con la imagen de su objetivo delante.

El mundo se borraba. Todo se reducía a una figura, una rutina… una vulnerabilidad.

Primero entró en los datos internos de la fundación y buscó empleado por empleado hasta que la encontró: Leah Williams,

psicóloga paliativista especializada en oncología, también era tanatóloga. Eso hizo que su obsesión creciera. ¿Cómo podía alguien tan joven estar tan preparada para acompañar al enfermo y a su familia en sus últimos momentos? Una persona así tenía que ser demasiado bondadosa, permitirse sufrir y acompañar debía de ser muy doloroso.

Abrió el mapa de la ciudad e identificó la zona donde ella vivía. Luego filtró los accesos a las cámaras públicas cercanas. No servían de mucho, pero al menos le daban una idea: el edificio de enfrente tenía una cámara de seguridad en el tercer piso, apuntando a la calle.

Redirigió el ángulo. Punto para él.

En ese momento apuntaba directo a la ventana del segundo piso de la casa.

El resultado fue… frustrante.

Podía verla entrar, podía verla moverse a veces por la cocina, pero no alcanzaba a más. Ni una imagen clara de su habitación, ni siquiera una pista de sus noches. Y Noah necesitaba más.

No porque dudara de ella, sino porque quería conocer cada milímetro de su vida.

Cada gesto, cada silencio… cada prenda que se quitara cuando pensaba que nadie la miraba.

Cerró los ojos y apoyó la frente en sus nudillos.

Tenía que entrar. Tenía que instalar las cámaras. Pero para eso necesitaba estudiar su rutina.

Pasaron tres días.

Tres noches en las que Noah no durmió más de dos horas seguidas.

Durante el día, desde su portátil, monitorizaba las cámaras, buscando patrones.

Ella salía a las 8:10 cada mañana. Regresaba entre las 17:30 y las 18:15, dependiendo del tráfico.

Su abuela solía salir los domingos, siempre a las 10:00, para ir a la iglesia.

Noah sonrió.

Domingo.

Iba a ser ese día.

El sábado por la noche, se instaló en su coche negro, estacionado en la esquina. Tenía los vidrios polarizados y desde ahí podía observar sin ser visto. Ella llegó a casa a las 18:03. Llevaba una bolsa con pan. Estaba distraída, escuchando música.

Su cabello rojo brillaba con la luz del atardecer.

Y eso bastó para que Noah tuviera que cerrar los ojos con fuerza.

Porque su cuerpo respondió. Porque la imaginó en su habitación, quitándose ese suéter. Porque quiso entrar y morderle el cuello, hundir los dedos en su cintura y marcarla.

Pero no, aún no. Solo se quedó ahí, mirando y esperando a que la noche la cubriera.

El domingo llegó como una bendición.

A las 10:05, la cámara del edificio le mostró a la abuela saliendo de casa. Llevaba un bolso grande con ropa para quedarse. Iba a dormir fuera otra vez. Perfecto.

A las 10:40, Noah estaba dentro.

La puerta trasera era vieja y, por tanto, fácil de abrir. Un clic, un empujón suave y ya estaba adentro.

El aroma lo golpeó como una droga: dulce, palomitas dulces. Su perfume estaba mezclado con olor a comida casera, a hogar.

La casa era pequeña; cálida, con fotos familiares, un sofá con mantas dobladas, una planta seca en la ventana.

Pasó por la cocina y luego llegó a su habitación.

No entró de inmediato, sino que se quedó en el marco de la puerta, observando.

Cama deshecha, almohadas suaves, un escritorio con papeles, libros subrayados, una taza vacía, un sostén colgado del pomo del armario…

Y ahí… el clic.

Su mente se quebró un poco más.

Entró.

Colocó la cámara en lo alto del armario, en un ángulo perfecto. Pequeña. Invisible. Silenciosa.

Y entonces se detuvo.

Respiró hondo. Cerró los ojos y la imaginó ahí, durmiendo. Con la sábana baja, las piernas dobladas y la camiseta arrugada dejando ver parte de su abdomen. Sus dedos se crisparon.

—Joder, Leah—susurró—. No tienes idea de lo que me provocas.

Se fue diez minutos después. Sin dejar huellas, sin tocar nada, pero no sin llevarse una imagen clavada en el alma.

Esa noche, desde su guarida, encendió la cámara.

La imagen era perfecta.

Ella entró a la habitación. Se soltó el cabello y se quitó la camiseta con movimientos lentos, sin sensualidad alguna. Como quien simplemente quiere dormir.

Pero para Noah fue suficiente, incluso demasiado.

Se quedó viéndola, inmóvil, mientras ella se tumbaba en la cama, sin sostén, con una camiseta vieja que se deslizaba por un hombro.

CAPÍTULO 3

El despertador sonó a las 6:30 a.m. y Leah ya estaba despierta.

La habitación estaba fría, pero no tanto como para justificar ese escalofrío que le recorría la espalda. Había dormido mal, otra vez. Últimamente, su cuerpo se sentía inquieto, alerta. Como si una parte de ella esperara que algo sucediera.

Pero nada ocurría. Solo el silencio, la misma rutina, el mismo aire denso.

A su lado, sobre la mesita, la vieja lámpara parpadeaba cuando la encendía. No lo hizo. Dejó que la luz de la mañana se colara entre las cortinas semi cerradas. Sus pies tocaron el suelo helado y ese contacto con la realidad la ayudó a desprenderse de los sueños turbios que ya no recordaba.

Al entrar en la cocina, su abuela ya estaba de pie. Como siempre.

—Buenos días, mi chiquita—saludó, con una sonrisa tranquila. Llevaba la bata floreada y las pantuflas rosas que Leah le había regalado hacía dos navidades.

—Hola, abu. ¿Dormiste bien?

—Como una reina, ¿y tú?

Leah dudó, solo un instante.

—Sí… bien.

Mentira. No sabía por qué mentía, pero lo hacía casi por reflejo. Como si admitir la verdad supusiera abrir una compuerta demasiado grande, como si su abuela pudiera ver en sus ojos la

inquietud, el desvelo y los escalofríos que no tenían nada que ver con el frío.

Se sentó a desayunar, pero no comió. Jugaba con el pan entre los dedos, mientras revisaba el móvil. Notificaciones vacías, correos sin importancia… Ni una sola conversación que le importara.

Excepto uno.

Había recibido un mensaje sin remitente la noche anterior. No tenía contenido. Solo un punto.

Nada más.

Un maldito punto.

Lo había borrado sin pensarlo demasiado, pero ahora volvía a su mente.

¿Había sido un error? ¿Spam? ¿Una broma?

—¿Estás bien, chiquita? —La voz de su abuela la sacó del trance.

—Sí. Solo es un día raro, supongo.

—¿Te vas al hospital?

Asintió. Le tocaba dar una charla en la fundación. Nada nuevo. A veces sentía que decía las mismas palabras una y otra vez, como si pudiera domar el dolor ajeno con fórmulas que a ella misma no le servían.

Se duchó, se vistió con un suéter rojo oscuro, el mismo que usaba cuando necesitaba sentirse más fuerte. El rojo le daba seguridad, aunque no sabía por qué. Quizá porque era el único color que la hacía parecer más valiente de lo que realmente era.

Al salir a la calle, notó que el aire venía más frío de lo normal.

Pero no era eso lo que la inquietaba. Era otra cosa.

Caminaba como de costumbre; misma ruta, mismos pasos. Pero esa vez sentía que alguien caminaba tras ella, unos metros atrás. No escuchaba nada. No veía a nadie. Pero lo sentía; como una presión en la nuca, una mirada hundida entre sus omóplatos. Un zumbido que no venía del oído, sino del cuerpo entero.

Cuando llegó a la parada del bus, se giró. No había nadie, solo un coche estacionado en doble fila. Tenía los polarizados y el motor estaba encendido.

Se quedó mirando un segundo más. Después subió al bus sin volverse.

No quería saber.

El hospital tenía el mismo olor de siempre: a desinfectante y angustia.

Saludó a algunos enfermeros, tomó la carpeta con los papeles de personas inscritas y se dirigió al salón especial. Mientras acomodaba las sillas, intentaba concentrarse. Pero su mente volvía a esa sensación. A ese auto. Al mensaje vacío. Al punto.

—Buenas tardes a todos —dijo, con voz firme, cuando empezaron a llegar los asistentes—. Hoy vamos a hablar sobre aprender a pedir perdón, a perdonar y a perdonarse. Esto puede traer mucha paz.

Sabía lo que decía de memoria. Llevaba años haciéndolo. Pero esa vez, algo la descolocó.

Lo sintió antes de verlo.

Una presencia en la sala. Distinta.

Leah levantó los ojos.

Al fondo, de pie, apoyado contra la pared, había un hombre. Alto, de complexión fuerte, sudadera negra, con el rostro medio cubierto por la sombra del gorro.

Pero sus ojos fueron lo que más llamó su atención…

Uno celeste. Otro negro.

La miraban como si ya la conocieran.

Leah sintió un vuelco en el estómago. No fue miedo exactamente. Fue… algo más primitivo. Algo que no tenía nombre.

Ese hombre no parpadeaba, no sonreía, ni parecía escuchar lo que decía. Solo la miraba.

Solo a ella.

Parpadeó.

Y, cuando volvió a mirar, él ya no estaba.

Esa noche, Leah se quedó sola en casa. Su abuela había ido a la reunión de señoras de la iglesia y para no volver en bus por la noche se quedaba en la casa de una amiga. La excusa perfecta para encender todas las luces de la casa sin parecer paranoica.

Se duchó más tiempo de lo habitual, cerró la puerta del baño con seguro y, mientras el agua caía, pensó en él.

No sabía su nombre, tampoco quién era.

Pero lo recordaba.

Los ojos… La forma en que la miró… como si ya la conociera, como si hubiera estado esperándola toda su vida.

No pudo evitar ir bajando sus dedos hacia donde le latía el deseo, empezó a tocarse pensando en esos ojos y no pudo evitar gemir. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, paró inmediatamente.

¿Qué le estaba pasando?

Se miró al espejo.

Se tocó el cuello.

¿Era normal que se sintiera así… solo por una mirada?

Esa noche, antes de cerrar los ojos, bajó el volumen del móvil. Lo dejó bocabajo.

Y por primera vez en semanas… cerró la cortina completamente.

CAPÍTULO 4

Desde que instaló la cámara en su habitación, Noah dejó de vivir en el mundo real.

Ahora solo existía el mundo de Leah.

No importaba qué día era. Solo si era un día en el que ella dormía sola, se cambiaba frente al armario o hablaba con su abuela en la cocina mientras se reía bajito. Todo lo demás… era ruido.

Él tenía una vida antes. Una rutina. Un propósito.

Ahora tenía una obsesión.

Noah pasaba las noches frente al monitor, con la mandíbula apretada y las manos inquietas, viendo a Leah acostarse, acomodarse el cabello y apagar la lámpara.

Había noches en las que ni siquiera dormía.

Solo la miraba; respiraba con ella. Como si eso bastara para no sentirse solo.

La segunda vez que la vio dormida, notó que hablaba en sueños.

Apenas un murmullo.

Un «No te vayas» en voz baja, con una tristeza que se le clavó en el pecho como una aguja oxidada.

—¿A quién le decías eso? —Le preguntó Noah al monitor—. ¿A mí?

No recibió respuesta, claro. Pero la idea lo descolocó.

La posibilidad de que, aunque fuera en un rincón remoto de su subconsciente, Leah lo deseara también… lo encendió. Lo envenenó.

Esa noche se imaginó con ella en la cama, con sus manos recorriéndola con devoción y hambre.

Sus dedos jugando con el borde de la camiseta.

Sus labios en su cuello.

Sus ojos clavados en los suyos mientras Leah dormía sin saber que no estaba sola.

El lunes por la tarde, Noah no pudo más.

No iba a acercarse físicamente.

Todavía no. Pero sí podía hablarle, a su manera.

Tenía su número desde el primer día que asistió a la charla en el hospital. Había accedido a la base de datos cuando hackeó los datos de la fundación. No había sido difícil.

Tomó su móvil y escribió un solo mensaje.

Te vi con el suéter rojo.

Lo envió desde un número anónimo. Encriptado. Sin rastro.

Y luego, esperó.

Se quedó frente al monitor como si estuviera ante un altar, viendo cómo Leah llegaba a casa, saludaba a su abuela e iba a su habitación con esa expresión de calma que lo volvía loco.

La vio tomar su móvil. Lo desbloqueó.

Y ahí… su ceño se frunció.

Leyó el mensaje.

Una vez. Dos. Luego lo dejó boca abajo sobre la cama. Y no dijo nada.

No gritó. No corrió. Pero sus manos temblaban.

Noah apoyó los codos sobre el escritorio y entrelazó los dedos delante de su rostro.

Perfecto.

Esa reacción era la que quería.

Esa mezcla de confusión, temor y curiosidad.

Ahora estaba dentro de su cabeza.

Esa noche, Leah se duchó más temprano.

Noah la vio entrar a la habitación con el cabello aún húmedo y una camiseta gris que se le pegaba al cuerpo.

Tenía el móvil en la mano. Lo miraba. Una y otra vez.

¿Estaría esperando otro mensaje?

La idea lo excitó más de lo que debería.

Y entonces, empezó a imaginar.

Se imaginó escribiéndole algo más atrevido, susurrándole secretos… se imaginó su aliento sobre el vidrio del espejo mientras ella se desvestía, como si pudiera estar ahí; tan cerca que podría empañar el reflejo con su deseo.

La cámara mostraba cómo Leah se recostaba en la cama.

Se quedó quieta un segundo. Luego, lentamente, metió la mano bajo la sábana.

Noah dejó de respirar.

No vio nada explícito. No lo necesitaba; sabía lo que estaba haciendo.

La forma en que su respiración cambió.

La forma en que su cuello se tensó.

La forma en que se mordió el labio.

Noah se reclinó hacia atrás. Cerró los ojos.

Su imaginación completó el resto.

Ella tocándose, pensando —en algo o en alguien— que la encendía.

Quizá en él; quizá no.

Pero no importaba, porque él la estaba mirando y ella no lo sabía. Y eso lo volvía… salvajemente humano.

Al día siguiente, programó un nuevo mensaje para enviarse a las 22:13.

No cierres las cortinas esta noche.

Ella las cerró igualmente, pero lo pensó antes de hacerlo.

Él lo vio en sus ojos. Ese instante en el que dudó. Y, con eso, fue suficiente.

A veces se preguntaba qué pasaría si Leah lo descubriera.

Si se enfrentara a él, si lo odiara… si lo llamara monstruo.

Pero la otra parte —la parte más profunda, más rota—, sabía que eso no cambiaría nada.

Porque Leah no era una simple obsesión.

Era la cura.

Y al mismo tiempo… la enfermedad.

Noah cerró los ojos y dejó que su mente lo llevara a un lugar que aún no existía.

Donde ella dormía sobre su pecho, él la tocaba sin miedo y ella…quería estar con él.

Solo quería estar con ella. Solo pertenecerle.

CAPÍTULO 5

El siguiente mensaje llegó un miércoles por la noche.

Te queda bien el cabello suelto, pero quedará mejor envuelto en mis manos.

Leah dejó caer el móvil como si este quemara.

Durante un segundo entero se quedó congelada. Solo el sonido de su respiración áspera rompía el silencio de su habitación. No había remitente, no había contexto. No había escape.

Solo ese mensaje.

Solo esas palabras.

Tan invasivas.

Tan íntimas.

Tan… cruelmente tentadoras.

El corazón le retumbaba contra las costillas. Su primer instinto fue borrarlo. Sin embargo, no lo hizo.

Lo dejó ahí, en la pantalla, mirándolo como si tuviera vida. Como si esa frase pudiera acercarse a ella en la oscuridad.

Se llevó la mano al cabello, aún húmedo tras la ducha. Lo tenía suelto, cayéndole sobre los hombros, chorreando gotas tibias sobre su camiseta.

¿Quién podría saber eso?

Su piel se erizó. Pero no solo de miedo.

Porque en algún rincón sucio de su alma, ese mensaje no le provocó solo alarma. Le provocó… calor.

«No estás sola».

Eso era lo que en realidad decía el mensaje. Eso fue lo que más la descolocó.

Desde el primer punto, Leah había intentado convencer a su abuela —y a sí misma— de que todo eran tonterías. Coincidencias, o incluso una broma de mal gusto.

Pero eso ya no era sostenible.

Ahora, con cada mensaje, su acosador parecía conocerla más que ella misma.

Tienes una taza favorita. Es azul. Solo la usas cuando estás triste.

Te sentaste en la cama y miraste el móvil tres veces antes de dormir.

El suéter rojo no te protege tanto como crees.

No había nombre, tampoco un número visible. Solo palabras. Palabras que la rozaban como dedos invisibles, que la dejaban inquieta durante horas.

A veces lloraba después de leerlos.

Otras veces… se tocaba.

Y eso era lo peor. Eso era lo que más la avergonzaba. Porque ya no sabía si estaba siendo víctima o cómplice. Si tenía miedo… o si esperaba el próximo mensaje como quien espera una mano que le acaricie el alma.

El viernes soñó con él. Otra vez.

Ese hombre de ojos imposibles: uno, celeste como el hielo; otro, negro como la noche cerrada.

Lo había visto dos veces, pero su rostro se le había quedado tatuado en la mente.

En el sueño, él estaba en su habitación, de pie junto a la cama.

No decía nada, solo la miraba.

Y Leah, en vez de gritar, se acercaba. Le rozaba el pecho, le abría la sudadera.

Sus tatuajes parecían moverse sobre su piel.

Las serpientes, las estrellas, los elefantes… Como si contaran una historia que ella necesitaba leer con la lengua.

Y luego, su voz; grave, cálida.

Cruel.

Mía.

Se despertó con un gemido, el cuerpo todavía temblando y la camiseta pegada al pecho por el sudor.

El deseo era tan real como el miedo, tan fuerte como la confusión.

No volvió a dormir esa noche.

La paranoia crecía en su interior con cada día que pasaba.

Revisaba las ventanas, cerraba la cortina del baño e incluso miraba dos veces bajo la cama.

Pero no había rastro. Solo el zumbido constante de estar siendo observada.

El domingo, llegó otro mensaje:

Te tocaste pensando en mí, ¿verdad?

Leah sintió un nudo en el estómago. ¿Cómo podía saberlo?

Se quedó en la cama, mirando la pantalla hasta que se apagó sola.

No respondió, tampoco lo borró.

Y esa noche… volvió a hacerlo; más lento, más consciente. Como si su cuerpo se negara a obedecer la lógica… como si hubiera una parte de ella, pequeña y escondida, que necesitaba sentir que alguien estaba ahí; mirándola, deseándola, acompañándola.

El lunes por la tarde, después del hospital, Leah se encerró en su cuarto y se quedó sentada en el borde de la cama. Miró su teléfono durante minutos.

Finalmente, se armó de valor y abrió la grabadora de voz. Luego respiró hondo.

—No sé quién eres, ni por qué haces esto. —Su voz temblaba—. Pero me estás rompiendo la cabeza. Me estás… metiendo en lugares de mí que no sabía que existían.

Cerró los ojos. Su voz bajó hasta convertirse en un susurro.

—No sé si tengo miedo… o si estoy más sola de lo que pensaba.

Guardó el mensaje.

No lo envió. No sabía a quién, ni cómo, pero necesitaba decirlo. Aunque nadie lo escuchara, ni respondiera…aunque, en el

fondo, supiera que ya no había vuelta atrás.

Porque ya no dormía igual, ya no caminaba igual; ya no vivía igual.

Ahora todo tenía ojos.

Y ese frío en la espalda… ya no era solo paranoia. Era certeza.

Alguien estaba ahí.

Y, de alguna forma que aún no entendía… ella lo había dejado entrar.

CAPÍTULO 6

Hay momentos que parten la vida en dos.

Para Noah, ese momento fue escucharla.

No verla, ni tocarla, sino escucharla. Esa voz temblorosa, esa respiración contenida… el susurro que ni siquiera se atrevió a enviar.

Lo escuchó desde su guarida, con los auriculares puestos, a las tres de la madrugada, mientras el resto del mundo dormía.

Leah había grabado ese mensaje sin enviarlo, pero su móvil ya le pertenecía. El código que Noah había implantado en el sistema lo interceptaba todo.

Mensajes, audios, notas de voz… confesiones. Y esa era una. Pura, cruda; quebrada.

La reprodujo de nuevo. Y luego otra vez.

Cerró los ojos.

Ella estaba rota. Como él.

Pero lo que más lo enfermó fue ese momento, ese segundo exacto en el que Leah, sin saberlo, le ofreció su oscuridad.

Como si dijera: «Esto soy cuando nadie me ve».

Y eso lo desató todo.

Su cuerpo ardía. No de deseo solamente; de pertenencia.

Como si esas palabras fueran un pacto, un contrato invisible.

El sonido de su voz lo perseguía.

Noah caminó en círculos por su guarida, como una bestia encerrada, hasta que el deseo fue más fuerte que la lógica.

Abrió el móvil para activar el número enmascarado, el mismo desde el que le había mandado todos los mensajes, y escribió:

Te escuché. No estás sola.

Lo leyó varias veces antes de enviarlo. Y lo hizo, con los ojos clavados en la pantalla, esperando ver cuándo lo leía.

Veintitrés segundos.

Ese fue el tiempo que Leah tardó en abrirlo.

No respondió, pero Noah no necesitaba que lo hiciera. Ya estaba dentro.

Se sentó frente al monitor y observó el ángulo perfecto de la cámara instalada en su habitación.

Leah estaba ahí. En silencio. Moviéndose de un lado a otro, inquieta.

Se había detenido frente al ventanal. Cerró la cortina con más fuerza que nunca.

Noah sonrió apenas.

Le encantaba verla moverse así.

Desnuda de certezas, vulnerable; tensa.

Abrió el archivo de audio otra vez. No por capricho, sino por necesidad.

—Más sola de lo que pensaba… —repitió en voz baja.

¿De verdad se sentía sola?

Noah apretó los puños.

¿Quién mierda la había dejado tan vacía como para que alguien como él le hiciera sentir algo parecido al consuelo?

La idea le revolvía el pecho.

La quería entera, pero también la quería rota. Porque si estaba rota, entonces podría reconstruirla.

La noche avanzó lenta.

Leah se sentó en la cama, abrazándose las piernas.

No lloró. Pero estaba tan cerca…

Y Noah lo sentía en la piel.

Esa energía invisible que une a dos personas incluso a kilómetros.

Estaba tan conectado a ella que podía adivinar lo que pensaba, lo que deseaba y hasta lo que temía.

Y entonces, como quien bendice o condena, escribió otro mensaje. Uno más corto.

Sigue hablándome así. Tu voz me pertenece.

Lo envió.

Ni un minuto después, Leah apagó el móvil de golpe.

Noah se quedó en silencio. No porque se arrepintiera, sino porque su cuerpo estaba ardiendo.

El deseo era tan profundo que dolía.

Y con ese dolor… venía la certeza: ella no tenía ni idea del monstruo que acababa de despertar.

Él ya no era solo un espectador; ahora era parte de ella.De sus noches, de sus pensamientos, de sus miedos…

Y, más tarde o más temprano, también sería parte de su vida.

CAPÍTULO 7

Últimamente, Leah se despertaba antes de que sonara el reloj. Como si su subconsciente estuviera intranquilo.

Eran las 4:17 de la madrugada.

Otra vez.

El silencio de la casa era espeso.

El tipo de silencio que no abraza, sino que observaba y pesaba sobre su pecho como si no estuviera sola.

Se quedó tendida en la cama unos minutos, con los ojos abiertos, fijando la vista en la línea negra del techo, que apenas se distinguía en la oscuridad.

Respiraba despacio, intentando no hacer ruido.

Como si hacer ruido la delatara.

Pero… ¿ante quién?

No era miedo lo que sentía. O al menos, no solo miedo.

Era esa sensación punzante que había empezado hacía días, como si el aire la tocara. Como si alguien más ocupara su espacio cuando no miraba.

Se incorporó. La sábana cayó sobre su regazo.

No encendió la luz. Fue hasta la ventana. La cortina seguía corrida… pero solo un poco. Una rendija de nada.

¿Siempre había estado así?

Se asomó fuera; la calle vacía, el coche de su vecina. Nada raro.

Pero igual, el estómago se le tensó.

Volvió a la cama. Percibió una vibración. Tomó el móvil sin mirar. Ya sabía. Ya sentía.

Era otro mensaje.

Otro de él.

Te tocas más cuando crees que nadie te ve.

Leah dejó caer el móvil sobre la cama como si la hubiera quemado.

Se quedó quieta, mirando el techo y sintiendo cómo cada letra se le había grabado en la piel.

No podía decir que no lo había pensado.

No podía negar que la posibilidad la estremecía.

No era normal.

Y, sin embargo, no quería que terminara.

A la mañana siguiente, preparó el desayuno con movimientos lentos.

Su abuela la observó desde el sofá, con la manta tejida hasta la cintura y la biblia entre las manos.

—Estás más callada que de costumbre, mi chiquita —dijo, con esa dulzura que siempre utilizaba para ella.

Leah se giró apenas.

—Es que últimamente me siento… rara.

—¿Rara cómo?

Se mordió el labio inferior.

—Como si alguien me mirara todo el tiempo.

—¿En la calle?

Leah dudó.

—No, en general. Como si hubiera algo más… alrededor. No sé cómo explicarlo.

Su abuela no respondió de inmediato. Dejó la biblia sobre la mesita, se levantó y fue hasta ella. Le acarició el brazo.

—Cuando una se siente así… a veces no es el cuerpo el que te avisa. Es el alma.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que algo está por cambiar, que hay un cruce de caminos… una energía que se mueve.

Leah bajó la mirada.

—¿Y si lo que siento no es algo bueno?

La abuela sonrió. No con alegría, sino con certeza.

—Hasta el fuego más oscuro puede dar calor si es el fuego que te corresponde.

—¿Realmente crees eso?

—Creo que no siempre elegimos con la cabeza. Y que, a veces, Dios manda personas que llegan envueltas en sombra, pero vienen a tocar justo donde más lo necesitamos.

Leah se quedó en silencio, sopesándolo.

¿Y si era cierto? ¿Y si ese alguien la veía como nadie más lo hacía?

Durante el día, no pudo dejar de revisar el móvil. Aunque se obligaba a no responder, para no alimentar la obsesión, tampoco borraba nada.

Pero llegó otro mensaje.

Duermes con la pierna doblada y la boca entreabierta. Muy vulnerable cuando sueñas.

Se le cayó el alma a los pies.

No era posible.

¿Lo decía en sentido figurado, o…?

Se levantó de golpe. Revisó la ventana y toda la habitación.

Nada. Ningún sonido.

Y, sin embargo, lo sentía en la piel.

Se metió en la ducha solo para escapar de sí misma, aunque el agua no lavó la sensación.

Su mente no paraba de repetir la imagen: un hombre de ojos distintos. Un cuerpo tatuado. Una sombra.

Leah apretó las piernas con fuerza.

No quería…

Sí quería.

Tocarse ahora sería confirmar algo, pero la necesidad estaba ahí. Latente; ardiente.

Cuando salió del baño, el vapor empañaba el espejo y con la toalla puesta fue a revisar su móvil.

Tan hermosa y mojada. Tan mía sin saberlo.

Leah se quedó helada.

El corazón le estalló en el pecho.

Se cubrió con la toalla y corrió al pasillo.

Miró cada rincón, cada puerta. Nada.

Volvió temblando.

Se tumbó en la cama, con la piel húmeda y el alma al borde del abismo.

«Estoy asustada. Pero si esto desaparece… no sé si voy a poder respirar».

CAPÍTULO 8

El sonido de su voz lo tenía poseído.

Desde que Leah dio aquel mensaje en la charla —esa tarde en la asociación, cuando habló con más temblor que firmeza— Noah lo había reproducido más de veinte veces.

Veinticuatro, exactamente.

Lo había editado, amplificado y hasta subido el volumen a los suspiros entre frase y frase.

No lo escuchaba; devoraba. Lo necesitaba.

«Acompañar en el final no es fácil, pero es necesario. Porque a veces, el mayor acto de amor es quedarse hasta que el otro cierre los ojos».

Cada palabra le abría una herida nueva. Porque sabía exactamente lo que se sentía al quedarse hasta el final.

Sujetar una mano temblorosa, escuchar la respiración desvanecerse, como un motor apagándose poco a poco… ver cómo la muerte no llega con violencia, sino con una dulzura maldita.

Su madre.

La única a la que había amado sin miedo.

Y ahora, Leah.

Esa noche, como todas desde que entró en su casa, estaba frente a los monitores.

La imagen era perfecta.

Leah dormía. A veces hablaba en sueños. Murmuraba frases que no alcanzaba a entender.

A veces, simplemente, lloraba. Sin sonido. Sin movimiento.

Como si su alma supiera que estaba sola, incluso en el sueño.

Y Noah… no podía tolerarlo.

Apretó la mandíbula. El cuero del asiento crujió bajo su cuerpo tenso, una de sus manos descansaba sobre el teclado, la otra sobre su muslo. Temblaba.

Ella seguía sin responder a sus mensajes. Pero no lo bloqueó, no lo denunció. Tampoco cerró las cortinas. Eso era más elocuente que cualquier palabra.

Recordó cómo había sido entrar en su habitación por primera vez; el olor dulzón, el sostén colgado y el escritorio con notas y libros sobre pérdida, cáncer y cuidados paliativos.

Leah vivía entre el dolor y, aun así, seguía de pie.

Pero no por mucho.

Él lo veía. En cada gesto, en la forma en que se encogía al dormir, en cómo se tocaba el cuello cuando hablaba con su abuela, en esa mirada vacía que se le escapaba cuando creía estar sola.

Y fue ahí cuando entendió algo: Leah no solo estaba sola; se estaba muriendo por dentro.

Noah la conocía lo suficiente como para reconocer los signos. Él los había sentido.

El vacío, el impulso de desaparecer, la certeza de que a nadie le importaría si no volvieras a despertar… Y eso era inadmisible.

No la había elegido para verla destruirse, sino para salvarla.

Para poseerla.

Para protegerla.

Para mantenerla viva.

Aunque tuviera que romperla primero.

A las 3:17 a.m., Leah empezó a moverse.

Se agitó entre las sábanas. La cámara capturó su rostro contrariado.

Sus labios se movían, parecía susurrar nombres. Pero ninguno era el suyo.

Aún.

Una lágrima se deslizó por su mejilla y Noah se levantó como si algo lo hubiera empujado desde dentro.

Caminó como un depredador enjaulado, de un lado a otro de su guarida.

Las pantallas lo seguían. Leah dormía; él no. No podía. No cuando ella sufría.

Te escuché hablar de la muerte… pero nadie va a llevarte antes de que yo lo permita.

Lo envió.

No esperó.

No lo pensó dos veces.

Simplemente… sabía que tenía que hacerlo.

Se sentó en el suelo, cerró los ojos, apoyó la cabeza en el muro y dejó que el peso de su obsesión lo aplastara por dentro.

Ella no debería morir; ella debería arder.

Bajo sus dedos, bajo su mirada, bajo su maldito control.

Y nada ni nadie se lo iba a impedir.

A las 7:04 Leah despertó.

La imagen de la cámara lo mostraba todo.

Abrió los ojos lentamente. Se quedó un momento mirando al techo.

Noah se inclinó hacia delante.

Ella tomó el móvil. Lo desbloqueó, leyó el mensaje y algo en su rostro cambió.

Primero fue un gesto de confusión. Luego, de tensión, y por último, una sonrisa.

Una sonrisa mínima, casi culpable. Como si se odiara por sentirse menos sola al leer algo tan siniestro.

Y para Noah… eso fue el paraíso.

Porque no necesitaba que Leah lo amara. Solo necesitaba que sintiera algo cuando lo leía, cuando lo imaginaba, cuando se duchaba y no podía evitar cerrar los ojos y pensar en sus manos, cuando se tocaba a escondidas, como la noche anterior… cuando gemía sin saber que la cámara captaba hasta el temblor de su respiración.

Él lo sabía y eso era suficiente. Por ahora.

Se quedó varias horas mirando las grabaciones viejas. Retrocedía y volvía a ver escenas en las que ella no hacía nada. Solo

caminaba, leía, llenaba una taza con agua, se sentaba o se recogía el cabello con una gomita negra.

Y, sin embargo, para Noah cada movimiento era una obra completa.

La amaba como solo alguien dañado puede amar: desde la distancia, con violencia; sin pedir permiso.

Pero no se acercaría aún, no mientras ella siguiera durmiendo con la cortina cerrada.

Eso le decía que aún no estaba lista.

Y cuando lo estuviera…

Dios.

Cuando lo estuviera…

El mundo iba a arder.

CAPÍTULO 9

El mensaje seguía ahí.

Te escuché hablar de la muerte… pero nadie va a llevarte antes de que yo lo permita.

Lo había leído tres veces antes de salir de la cama, otras dos más mientras preparaba el café y una última vez justo antes de ir al hospital.

Después de eso, no lo volvió a mirar. Pero no porque lo hubiera olvidado, sino porque lo llevaba pegado en el cuerpo. Como si las palabras se le hubieran tatuado bajo la piel, como si cada paso que diera resonara con un eco nuevo:

«Alguien te ve. Alguien sabe».

Y eso, lejos de tranquilizarla, la partía en dos; por un lado, estaba el miedo. Esa certeza horrible de que algo se había roto y ya no había forma de volver atrás.

No estaba sola. Había alguien observándola, escuchándola… deseándola.

Y, por otro lado, estaba… eso otro.

Esa parte de ella que se estremecía cuando leía el mensaje en la madrugada, que cerraba los ojos más fuerte en la ducha o se tocaba sin entender por qué, ni por quién, pero con más necesidad que nunca.

Y eso era lo que más la asustaba; no el peligro, sino la forma en que la hacía sentir menos sola.

Ese día en el hospital fue una mentira.

Dijo las palabras de siempre, sonrió como siempre. Llenó formularios, ordenó carpetas, se sentó junto a pacientes como siempre.

Pero no estaba ahí. Estaba… ausente. Como si su cuerpo funcionara en automático y su alma se hubiera quedado atrás, sentada en el borde de la cama, con el mensaje en la pantalla y la certeza de que alguien la conocía más de lo que nadie lo había hecho jamás.

Durante el almuerzo, una de las voluntarias —Elizabeth— le ofreció un trozo de pastel. Leah dijo que no, que estaba llena, pero no había comido nada.

Mentira número uno del día. Después vinieron muchas más.

—¿Estás bien? —preguntó un enfermero, al verla perderse frente a una hoja en blanco.

—Sí, solo estoy cansada.

—¿Quieres que te cubra un rato?

—No, no hace falta.

Mentira. Mentira. Mentira.

Cuando volvió a casa, su abuela estaba en la cocina.

Cantaba "Santo por siempre", una de sus canciones de alabanza favoritas, mientras removía algo en una olla.

Leah la miró en silencio desde el marco de la puerta. La adoraba, con una ternura que dolía.

Pero, al mismo tiempo… sentía que la vida de su abuela era la única razón por la que aún seguía respirando.

¿Qué pasaría si un día no estuviera?

Era un pensamiento recurrente. Uno que nunca decía en voz alta, pero que volvía, como una sombra, cada vez que la veía cerrar los ojos en el sofá o quedarse dormida con la Biblia sobre el pecho.

Ese miedo no era solo a perderla; era miedo a ya no ser importante para nadie.

Porque Leah lo sabía.

Su vida no tenía grandes propósitos.

No tenía pareja, ni tampoco metas. Tenía un trabajo en el que ayudaba a las personas a convivir con un duelo, algo hipócrita por su parte.

Y, a veces, ni siquiera sabía si lo hacía para ayudar a los demás o para ayudarse a sí misma.

Porque hablar de la muerte, acompañar a otros en el dolor… Era su forma de entrenarse para el día en que su única compañía también desapareciera.

—¿Chiquita, te sirves? —preguntó su abuela, con voz dulce.

—No tengo mucha hambre.

La mujer dejó la cuchara. Se acercó y le acarició el rostro con ternura.

—Tienes los ojitos tristes.

—Solo estoy cansada, abu.

—No, es otra cosa.

Leah bajó la mirada. No podía con esa claridad.

—A veces siento que no hago nada importante, ¿sabes? —confesó, en voz baja, como si no hablara con ella, sino con el aire —. Como si… si desapareciera mañana, nadie lo notaría.

—Yo lo notaría.

La respuesta fue inmediata, casi ofendida.

—Lo sé. Pero me refiero a… los demás. Al mundo, a todo lo demás.

Su abuela la miró con compasión.

—Chiquita… Lo importante no es lo que haces, es lo que das. Y tú das algo que no todo el mundo puede.

—¿Qué doy?

La anciana le tomó las manos con fuerza.

—Presencia, amor, escucha…calidez. Eso no se compra, Leah. Eso es un don y tú lo tienes.

Leah sintió que algo se rompía en su interior. Porque, por un segundo, quiso creerle.

Pero el vacío seguía ahí.

Y entonces, sin saber por qué, pensó en él. En el mensaje, en sus palabras y… en sus ojos; uno celeste, el otro negro. En cómo la miraba como si ya fuera suya.

—Abu… ¿Crees en las señales?

La mujer asintió con serenidad.

—Claro que sí. Siempre le pido a Dios que me mande señales. Para cuidarte, para no dejarte sola. Ya sabes que yo tengo una conexión especial con él, lo único que le pido es que no me lleve hasta que tú no estés lista.

Leah tragó saliva. Sintió el nudo en la garganta.

—¿Y alguna vez te respondió?

La abuela sonrió y le acarició el cabello.

—A veces responde con cosas que no entendemos al principio, pero con el tiempo… todo se revela.

Leah no dijo nada. No podía. Tenía la piel de gallina. No por la charla, sino porque, de fondo, su móvil vibró.

Un nuevo mensaje.

No lo abrió delante de ella. Esperó.

Esa noche, sola en su cuarto, con la cortina aún cerrada y el cuerpo tenso, lo leyó:

Nunca te voy a dejar sola.

Y entonces… sintió algo nuevo.

No fue solo deseo. No fue solo miedo. Fue la certeza de que alguien la quería lo suficiente como para imaginar poseerla.

Y eso, por enfermo que fuera… se sentía como lo más parecido al amor que había tenido en mucho tiempo.

CAPÍTULO 10

El mensaje ya había sido enviado.

Nunca te voy a dejar sola.

Y lo decía en serio.

Noah no hacía promesas.

No porque no creyera en ellas, sino porque sabía que romperlas era fácil…

Y él no rompía nada que no pudiera reconstruir con sus propias manos.

Desde la cámara de su guarida, la vio despertarse esa mañana.

Leah tenía el cabello enredado, los ojos hinchados, y caminaba como si hacerlo le doliera.

Cada paso que daba parecía un eco de la noche anterior, la noche en que leyó su mensaje.

Y, por primera vez, Noah sintió algo distinto.

No fue solo deseo; fue un nudo. Una especie de ahogo que le apretó el pecho al verla tan frágil.

Quería verla feliz, pero no una felicidad de mentira.

Quería arrancarle de adentro todo eso que la carcomía. Quería romperla… para después sostener cada pedazo.

El día transcurrió como los anteriores.

Leah se fue al hospital, vestida con un suéter gris, sin maquillaje y con el cabello atado sin ganas.

Noah la siguió con las cámaras.

Algunas en vivo, otras hackeadas desde los pasillos del edificio.

Y, por supuesto, una en particular: la de un pequeño depósito al fondo del hospital, donde se guardaban sillas de ruedas, camillas viejas y cajas polvorientas.

Un lugar que pocas veces usaban.

Noah lo había marcado desde el principio.

Un refugio perfecto.

Un punto de entrada.

Un rincón donde podía tocar el mundo sin ser visto.

Ese día, a las 15:42, la rutina se rompió.

Leah salió corriendo de la sala comunitaria.

Llevaba la carpeta contra el pecho, como si se estuviera conteniendo con las manos.

Sus pasos eran erráticos, su rostro pálido. Sus labios temblaban. Se metió al depósito, cerró la puerta de golpe y se dejó caer al suelo.

Desde su guarida, Noah dejó de respirar. ¿Qué mierda había pasado?

Rebobinó.

Un paciente. Un abuelo.

Su hija llorando al recibir la noticia de que no habían podido salvarlo.

Y Leah… ahí; recibiendo el golpe como si hubiera sido para ella. Era eso.

Había perdido a alguien a quien acompañaba y se había quebrado.

La vio temblar.

La vio abrazarse las rodillas.

La vio romperse.

Y entonces, sin pensarlo más, Noah se levantó de la silla, se puso la chaqueta y salió.

No pensó en cámaras, ni en cubrir su rastro. Solo pensó en ella.

Sabía cómo entrar al depósito. Lo había probado una vez, a las dos de la mañana. La cerradura era vieja, la alarma ni siquiera

estaba conectada.

Llegó al hospital en menos de diez minutos. Pasó como un visitante más; capucha puesta, gafas oscuras, y caminó directo al pasillo trasero.

Cada paso lo empujaba más hacia el abismo, pero no podía detenerse. No ahora, no cuando ella estaba llorando… y el mundo era tan jodidamente injusto que nadie más lo notaba.

La puerta cedió con un pequeño clic. Dentro, la penumbra olía a polvo y desamparo.

Leah lo oyó entrar. Tenía la cabeza entre los brazos y el cuerpo encogido.

Noah cerró la puerta sin hacer ruido.

—No me toques… —murmuró ella de pronto, sin levantar la vista.

Él se detuvo al comprender que ella lo había sentido, como siempre.

—No estoy aquí para hacerte daño —dijo Noah, con la voz más baja que pudo.

Ella se tensó.

—¿Quién eres?

Silencio.

Noah avanzó dos pasos. Luego uno más.

—Estoy aquí porque no soporto verte así —admitió.

Ella levantó la cabeza al fin.

Sus ojos estaban rojos, las pestañas húmedas, y en su mirada… había miedo. Pero también algo más.

—¿Tu eres el de los mensajes?

Noah no respondió de inmediato. La miró; tan rota, tan humana…tan jodidamente hermosa.

—Sí —respondió al fin—, soy yo.

Leah se apoyó contra la pared y tragó saliva. No gritó, no salió corriendo. Solo lo miró con una mezcla de confusión y alivio.

—¿Por qué? —quiso saber.

Noah se acercó un poco más. No la tocó, solo se agachó a su altura.

—Porque no podía dejarte sola. Porque… no sabes lo valiosa que eres.

Porque cuando te vi con ese señor, te vi derrumbarte… y quise ser yo el que te contuviera.

—No te conozco.

—Yo sí.

Ella tembló.

—¿Y eso te da derecho a irrumpir en mi vida? ¿A mirarme?

Noah apretó la mandíbula. El monstruo en su interior rugía.

—No. No me da derecho, pero no me importa.

Leah tragó saliva.

—¿Qué quieres de mí?

Noah se inclinó un poco más.

—Todo; tus lágrimas, tu voz, tus noches, tu desesperación, tu sonrisa… Te quiero entera, Leah, aunque tenga que arder a tu lado.

Ella se quedó muda. La respiración agitada, las manos temblorosas. Y entonces… se rompió. Se tapó la cara y empezó a llorar de nuevo.

Noah, con el pulso acelerado, hizo lo único que podía hacer: se acercó más y la abrazó, no pidió permiso.

Le rodeó el cuerpo con sus brazos tatuados y la sostuvo contra su pecho como si fuera lo único que podía salvarla de ese pozo.

Ella se resistió al principio, pero luego se abandonó. Leah se hundió en su abrazo, sin saber si lloraba de miedo o de alivio.

Y Noah cerró los ojos. Porque ahora ya no era un espectador, era parte de su historia.

Y no podía irse, rompió sus propias reglas de no acercarse demasiado. Ahora ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 11

El cuerpo de él era fuego. Fuego contenido, pero igual de feroz.

Leah se dejó llevar por ese abrazo sin entender por qué, sin entender nada.

Debería haberse apartado, gritar o salir corriendo. Y, sin embargo… no podía.

Estaba temblando. Su respiración era un espasmo y su corazón golpeaba como si quisiera romperle el pecho.

Y él, con sus brazos tatuados y su olor a algo dulce, como caramelo, no la dejaba caer.

Solo la sostenía; fuerte, silencioso. Como si no pensara soltarla jamás.

—No me dijiste tu nombre —dijo ella al fin, casi en un susurro, con la voz empapada de angustia.

Él se tensó contra su cabello, sin moverse.

—Noah.

Leah sintió que su mente flotaba entre dos extremos.

El miedo y esa otra cosa… esa punzada extraña, inexplicable, que dolía pero no quería que se detuviera.

Se apartó solo un poco, lo justo para poder mirarlo.

Su rostro estaba en sombras, pero sus ojos –uno celeste; el otro, negro- seguían brillando con esa intensidad salvaje.

—¿Por qué me abrazas así? —preguntó, con la voz quebrada.

Él no respondió enseguida. Bajó la mirada hacia ella, como si la estuviera descifrando, como si no necesitara palabras para

entenderla.

—Porque si no lo hago, siento que te vas a romper —replicó al fin, tan bajo que casi fue un pensamiento—. Y no quiero que te rompas.

Leah parpadeó y una lágrima rodó de sus ojos sin permiso.

—No me conoces.

—Te conozco más de lo que piensas —rebatió.

—¿Porque me espías? —aventuró.

Él la soltó al fin, con lentitud. Pero no se alejó, solo bajó las manos, como si no quisiera soltarla del todo.

—Sí —admitió—. Porque te miro, porque te escucho, porque necesito saber que estás bien.

Leah dio un paso atrás. No huyendo, solo… respirando.

—Eso no está bien.

Noah no discutió, no se defendió.

—Lo sé.

Silencio. Un silencio tan denso que parecía otra persona más en la habitación.

—Entonces… ¿por qué sigues?

La mirada de él se volvió aún más oscura, más pesada; más verdadera.

—Porque no puedo parar.

Leah cerró los ojos un segundo.

El pecho le dolía. El cuerpo entero le dolía. Y, al mismo tiempo, quería que él la tocara otra vez.

«¿Qué mierda me está pasando?», pensó.

—Noah… Esto no está bien —repitió, pero su voz sonó débil; carente de convicción.

—Lo sé —repuso él, sin apartar la vista—, pero nunca te haría daño.

Ella lo miró, y por un instante, creyó en él. Quizás no en lo que hacía, pero sí en sus palabras. En la forma en que la miraba, como si fuera lo único que importaba.

—¿Y qué quieres de mí? —preguntó.

Noah dio un paso hacia ella. Solo uno. Lo justo para estar cerca otra vez.

—Quiero que dejes de fingir que estás bien. Quiero que dejes de esconderte en esas charlas donde das un consuelo que no tienes. Quiero que dejes de dormir con miedo. Y que empieces a vivir… sabiendo que alguien está dispuesto a quemar el mundo por ti.

Leah sintió que la garganta se le cerraba. Las lágrimas volvieron, más silenciosas.

Pero, aquella vez, no eran solo de tristeza.

Eran… por el alivio, por sentirse vista… elegida. Aunque fuera de una forma retorcida.

—Noah…

Él no se movió, solo levantó una mano -despacio, con cuidado, como si temiera asustarla- y la apoyó en su mejilla.

El tacto fue leve. Pero bastó.

Leah se quedó quieta, sintiendo la piel áspera de sus dedos, el calor… la electricidad que se le coló bajo la piel.

Y entonces, sin pensarlo demasiado, sin decidirlo siquiera… se inclinó apenas hacia él.

Fue un roce. Nada más.

Sus labios apenas tocaron los de ella.

No fue un beso como los de las películas. Fue torpe, vacilante; casi involuntario.

Pero existió.

Un roce que no era inocente. Un susurro de algo que estaba a punto de crecer.

Leah se separó enseguida. Noah no la detuvo, Solo bajó la mirada, con una media sonrisa rota.

—Perdón —se disculpó ella, sin saber por qué.

—No me pidas perdón —respondió él—. Me alegro de que lo hayas hecho, yo lo deseaba desde el primer momento en que te vi.

El corazón de Leah estaba fuera de ritmo.

No entendía nada, pero tampoco podía negar lo que había sentido.

Ese calor… ese hueco en el pecho que él llenaba aunque no debía…

—Tengo que volver —dijo, en voz baja, sin moverse.

—Te acompaño.

Ella lo miró, asustada.

—¿Así? ¿Como si nada?

—No, como si fuera alguien que no va a dejarte sola.

Leah bajó la mirada.

El eco de su último mensaje resonó en su mente:

Nunca te voy a dejar sola.

No sabía si eso era una promesa… o una maldición. Sin embargo, no dijo que no. Se limitó a caminar hacia la puerta y Noah fue detrás, sin tocarla pero sin alejarse. Y, aunque todo dentro de Leah gritaba que algo estaba mal… había una parte muy profunda, muy callada y muy rota de su interior que no quería que él se fuera.

CAPÍTULO 12

El roce de sus labios todavía le quemaba.

Noah había tocado muchas cosas en su vida: códigos, armas, cicatrices, pecados… pero nunca algo tan suave.

Ese beso no fue técnico, no fue elegante; fue torpe, humano, involuntario… real.

Y eso fue lo peor.

Porque desde que Leah se había cruzado en su mundo, Noah no había podido pensar con claridad. Pero ese beso… ese puto roce selló su condena.

No había marcha atrás. Ya no era un espectador; era un adicto, y ella; su maldita droga perfecta.

Regresó a su guarida como un muerto que aún sangra.

No encendió las luces. Solo se dejó caer en la silla frente a las pantallas y la buscó. En las grabaciones, en los ángulos, en los gestos mínimos que otros ignorarían.

Él no. Él no podía ignorar ni el modo en que Leah se apartaba un mechón rojo del rostro ni cómo suspiraba cuando pensaba que nadie la oía.

Estaba aprendiendo su lenguaje, sus pausas, sus grietas, y cuanto más la conocía, más se obsesionaba.

Podía imaginarla durmiendo, enroscada entre sábanas.

Podía dibujarla de memoria. Pero no podía tocarla otra vez… todavía.

Abrió una carpeta en su ordenador y escribió su nombre. Solo eso.

LEAH.

En mayúsculas, como una oración.

Y dentro de esa carpeta, guardó una foto que le había tomado desde la cámara oculta.

Ella, de espaldas, atándose el cabello.

Una escena inofensiva para cualquiera. Pero no para él, porque Noah veía algo que nadie más podía ver: la soledad. Esa que se le pegaba al cuerpo como si de una sombra se tratara.

Y en medio de ese huracán de emociones, vio algo en la esquina de la imagen.

Una planta. Marchita, colgando de la repisa, ignorada por el sol.

Leah no la tiraba, tampoco la cambiaba. Solo… la cuidaba. Como si no pudiera renunciar a nada que alguna vez tuvo vida. Y eso lo hizo decidirse. No podía seguir siendo solo una voz entre sombras. Tenía que tocar tierra. Tenía que hacerse carne.

Pasó toda la mañana siguiente recorriendo viveros. Entraba, miraba, salía. Nada le parecía suficiente.

Hasta que vio una planta pequeña, de color rojo y muchos pétalos que le recordaban a su pelo.

Busco el nombre "Crisantemos" y le apareció una leyenda que decía:

«Un espíritu conmovido por las lágrimas de la pequeña, que acompañaba a su madre moribunda, le regaló un crisantemo, prometiéndole que su madre viviría tantos días como pétalos tuviera la flor. La niña, con ingenio, cortó cada pétalo en finas tiras para multiplicar su número, logrando así mantener a su madre con vida por mucho más tiempo».

Y ahí supo que era esa. Se la llevó sin preguntar precio y la sostuvo en brazos como si de un símbolo se tratara. Una promesa, una excusa.

Pero Noah no creía en las excusas. Creía en estrategia, y su estrategia era simple: entrar.

Marcar terreno. Dejar que Leah pensara en él incluso cuando no estuviera.

Esperó en la calle, justo al lado del portón de entrada.

Las cámaras ya le habían avisado de que Leah venía de camino. Podía verla caminando con paso lento, los auriculares colgando, la mochila ladeada sobre un hombro. Estaba cansada, había algo en su postura que lo hacía querer rodearla con los brazos, aunque él no sabía consolar sin poseer.

Ella no lo sabía, pero él estaba a punto de cruzar la línea.

Cuando se detuvo frente a la puerta, Noah no dijo su nombre. Solo aguardó a que ella lo notara.

Y lo hizo.

—¿Qué haces aquí?

Leah lo miró con esa mezcla tan suya de desconfianza y necesidad.

Y entonces Noah le mostró la planta.

Como si fuera una ofrenda sagrada, como si dijera: «No vine a hacerte daño. No esta vez».

—Te traje esto.

Leah ladeó la cabeza.

—¿Una planta?

Él asintió.

—Una que necesita más de lo que parece. Tienes que hablarle, regarla, moverla al sol.

Tienes que cuidarla… como si tuviera alma.

Ella no dijo nada.

Noah dio un paso, solo uno.

—Te vi muchas veces mirar tus plantas, incluso a las secas, como si no pudieras renunciar a ellas.

Y pensé que si eso te hace sentir un poco menos sola… Yo podría traerte una cada día.

Leah respiró hondo, Noah se acercó otro paso.

—Y además… —susurró—, quiero que cada vez que la veas, pienses en mí. Ya que yo no puedo dejar de pensarte, creo que es lo justo.

El silencio que se instaló entre los dos fue denso, eléctrico; íntimo.

Y entonces ella dio el paso que él no esperaba.

—¿Quieres pasar? —le propuso.

Noah la miró, sin responder de inmediato. Y lo supo: entrar era cruzar la línea. Pero él ya estaba del otro lado, solo le faltaba poner un pie.

—Sí —accedió.

Ella abrió la puerta y Noah cruzó el umbral. No solo de su casa, sino también de su vida.

Leah dejó la planta sobre la repisa más iluminada. La observó como si fuera una criatura extraña y luego, lo miró a él.

—Gracias —dijo, en un hilo de voz.

Noah no respondió. Se limitó a mirarla, con esa intensidad suya; con esa tormenta escondida tras los ojos. Y, durante unos segundos…hubo paz. Una tregua sin palabras, un espacio donde la obsesión no era peligrosa, sino necesaria. Como un veneno que cura si se dosifica.

Y, aunque no se tocaron otra vez, aunque el beso anterior seguía flotando entre los dos como un espectro… algo cambió. Porque Leah, por primera vez, lo dejó estar. Y eso, para Noah, fue más que suficiente.

Por ahora.

CAPÍTULO 13

Nunca creyó que una planta pudiera decir tanto, pero ahí estaba.

Sobre la mesa, con los pétalos rojos brillando bajo la luz artificial, ocupando un espacio que no le pertenecía… o tal vez sí.

Una planta. Una ofrenda de paz, un gesto pequeño y brutalmente íntimo.

Y él, Noah, seguía ahí; dentro de su casa. De pie, quieto, como si no necesitara moverse para dominar el espacio. Con esa mirada que no se quedaba en la piel, sino que parecía atravesarla hasta llegar a lo que ella escondía incluso de sí misma.

Ese tipo de mirada que nadie te lanza a menos que quiera destruirte o salvarte, o ambas cosas al mismo tiempo.

Leah no sabía qué hacer. Quería hablar, pero las palabras se le enredaban en la garganta.

Quería moverse, pero su cuerpo se negaba, anclado al suelo como si supiera que algo se rompería si daba un solo paso.

La tensión entre ellos no era imaginaria, era física; una cuerda invisible tensándose desde el pecho, tirando de ambos.

—Gracias por la planta —dijo al fin, casi en un susurro.

Noah asintió apenas. Sus ojos no se apartaron de ella.

—Pensé que te haría bien cuidar de algo —respondió, en el mismo tono. —Algo que te recordara que no estás sola.

Las palabras la golpearon más de lo que esperaba.

Porque la verdad era esa: a veces sentía que se desvanecía cuando nadie la miraba, como si solo existiera en los márgenes.

—No suelo dejar entrar a nadie —confesó, más para sí misma que para él—. No sé por qué lo hice contigo.

Noah no sonrió, ni se movió.

—Yo sí lo sé —repuso.

El silencio que cayó después no fue incómodo, fue denso y cargado. Como el segundo previo a una tormenta.

Leah tragó saliva. Sentía el aire espeso, pesado en los pulmones. Su cuerpo entero estaba alerta, dividido entre el impulso de huir y la necesidad absurda de quedarse.

Noah dio un paso. Solo uno, pero fue suficiente para borrar el espacio entre ellos.

No la tocó, pero estuvo cerca. Demasiado cerca.

Leah levantó la vista. Sus ojos se encontraron con los de él, tan próximos que le dolió. Ambos ardiendo con una intensidad que no pedía permiso.

—No te voy a hacer nada que no quieras —remarcó Noah, despacio—, pero necesito que seas honesta conmigo.

—No sé qué quiero —susurró ella.

—Sí lo sabes —rebatió él—, solo te da miedo decirlo.

Leah apoyó los dedos contra el borde de la mesa, buscando algo firme a lo que aferrarse. La planta estaba ahí, entre ellos. Viva, vulnerable, necesitada.

—Esto está mal —farfulló, aunque su cuerpo no retrocedió—. Todo esto está mal.

—Lo sé —admitió Noah—. Pero no se siente vacío.

Y eso la desarmó, porque Leah llevaba años sintiéndose exactamente así: vacía.

Noah dio otro paso. Seguía sin tocarla, pero su presencia la envolvió como un abrigo demasiado pesado.

—Cuando te miro —continuó— no veo a alguien débil. Veo a alguien que ha sobrevivido sola demasiado tiempo.

El nudo en su garganta se cerró.

—No me mires así…

—No puedo mirarte de otra forma.

Y justo cuando su cuerpo empezó a inclinarse hacia él sin permiso, cuando la lógica perdió terreno frente a algo más primitivo…

—¿Leah?

La voz llegó desde el pasillo. El mundo se rompió. Leah se giró de golpe.

—Abu…

Su abuela estaba de pie en el marco de la puerta, con el bolso colgando del brazo y el ceño levemente fruncido. Había escuchado voces.

Sus ojos pasaron de Leah a Noah. Y se quedaron ahí.

Noah no se escondió, no retrocedió, tampoco bajó la mirada. Sostuvo los ojos de la anciana con una calma inquietante, casi respetuosa.

—Buenas tardes —saludó —. Disculpe, no quise molestar.

El corazón de Leah golpeaba tan fuerte que le dolía en el pecho.

—Yo… —intentó decir—. Abu, él es…

¿Quién era Noah? ¿Un extraño? ¿Una amenaza? ¿O alguien que, de algún modo incomprensible, ya era demasiado importante?

La abuela observó la planta, luego a Leah y, por último, volvió a Noah.

—Hola —dijo tras unos segundos—, siéntese.

Leah la miró, incrédula.

—¿Qué…?

—No me gusta hablar con la gente desde la puerta —añadió la anciana—. Y menos cuando traen plantas tan hermosas como los crisantemos a mi casa.

Noah arqueó apenas una ceja, una sonrisa minúscula cruzó su rostro.

—Gracias.

Leah sintió pánico, porque algo en la mirada de su abuela le decía que no veía a Noah como a un monstruo. Y eso… Eso la aterraba más que todos los mensajes, todas las miradas y todas las sombras juntas.

La cocina nunca se había sentido tan pequeña.

Leah avanzó primero, casi por reflejo y Noah la siguió sin tocar nada, sin mirar de más. Aun así, su presencia llenó el espacio como si hubiera estado ahí siempre.

La abuela dejó el bolso sobre la silla y se quitó el abrigo con calma, como si no acabara de abrirle la puerta a un desconocido con una energía inquietante.

—Vamos, siéntense, que van como tortugas y yo ya estoy muy mayor—los instó ella—. Voy a poner agua para el té.

Leah se quedó de pie hasta que su abuela se quedó mirándola fijamente y se sentó en lo más cercano que encontró. Noah no tomó asiento hasta que ella lo hizo. Ese detalle la descolocó más de lo que quería admitir.

El silencio se alargó mientras la abuela se movía por la cocina. El sonido del agua, el roce de las tazas…todo era cotidiano. Demasiado cotidiano para lo que estaba pasando.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la anciana, sin girarse.

—Noah —respondió él, firme—. Noah Knight.

Leah levantó la vista, sorprendida.

No había mentido, ni siquiera había dudado.

La abuela asintió despacio, como si ese nombre encajara en algún lugar invisible.

—¿Y cómo conoces a mi nieta?

El estómago de Leah se tensó.

Noah no miró a Leah antes de contestar. No buscó permiso.

—En el hospital —dijo—. La vi hablar en una de las charlas. Me impactó.

No era mentira, pero tampoco era toda la verdad.

—¿Y eso te dio derecho a venir hasta aquí? —preguntó la anciana, ahora sí girándose hacia él.

Noah sostuvo su mirada.

—No, pero no vine con malas intenciones.

Leah sintió el impulso de intervenir, de cortar esa conversación antes de que se desmoronara todo.

—Abu, yo…

La abuela levantó una mano.

—Déjalo hablar.

Noah respiró hondo. Por primera vez desde que Leah lo conocía, parecía medir sus palabras.

—No vengo a quitarle nada —se explicó —, ni a imponer. Solo… no quería que estuviera sola.

La abuela lo observó durante un largo rato. Demasiado. Luego miró a Leah.

—¿Y tú qué dices?

Leah abrió la boca y después la cerró. No sabía qué decir.

Porque no podía decir «me da miedo» , sin mentir, pero tampoco podía decir «me hace sentir bien», sin traicionarse.

—No lo sé —admitió al fin—, pero no me hizo daño.

Eso fue todo.

La anciana asintió lentamente.

—Entonces se queda un rato.

Noah bajó la cabeza apenas.

—Gracias.

Leah sintió vértigo. Porque su abuela no lo estaba aceptando…pero tampoco lo estaba rechazando. Y eso dejaba todo peligrosamente abierto.

CAPÍTULO 14

Noah se fue una hora después. No hubo escenas, advertencias, ni reproches.

Solo una conversación tensa, silencios largos y miradas que decían más de lo que nadie se atrevía a pronunciar.

Cuando la puerta se cerró tras él, Leah sintió un vacío inmediato. Uno nuevo, más profundo.

—¿Quién es realmente? —preguntó su abuela, mientras recogía las tazas.

Leah se quedó mirando la planta.

—No lo sé —dijo, con sinceridad—. Pero cuando está cerca… no me siento invisible.

La anciana se detuvo.

—Eso puede ser peligroso, chiquita.

—Lo sé.

—Y aun así no lo echaste.

Leah apretó los labios.

—No pude.

La abuela suspiró.

—Hay personas que llegan como tormentas. No porque quieran destruirte… sino porque no saben ser brisa.

Leah cerró los ojos.

—¿Crees que debería alejarme?

—Creo que ya es tarde para eso —respondió la anciana, sabiamente —. Pero no es tarde para que pongas límites.

Leah no contestó.

Esa noche, en su habitación, tocó la hoja de la planta con cuidado. Era firme; viva.

Pensó en Noah, en su voz. En cómo la había mirado sin intentar poseerla… todavía.

El móvil vibró. Un solo mensaje.

Gracias por no echarme.

Leah lo leyó tres veces. Sus dedos temblaron sobre la pantalla y, por primera vez, respondió.

No sé qué estoy haciendo.

Él leyó el mensaje al instante.

Yo sí.

El corazón le dio un vuelco.

Leah se recostó en la cama, con la planta sobre la mesita, el móvil apretado contra el pecho y una verdad que empezaba a tomar forma: no quería que Noah se fuera. Pero tampoco sabía cómo sobrevivir si se quedaba.

◆ ◆ ◆

El silencio en su guarida era casi absoluto. Solo lo interrumpía el zumbido leve de las pantallas, el chasquido ocasional de sus nudillos al tensarse y el eco de las palabras que no podía sacarse de la cabeza.

Pese a que salió de la casa, se quedó en la puerta quizás demasiado tiempo, analizando lo que había ocurrido, cuando de

repente la puerta se abrió. Esperaba que fuera Leah, pero se sorprendió al encontrar a la abuelita.

Ella lo miró con total calma, como si lo estuviera esperando.

—Dios me respondió. Llevo años pidiéndole a alguien para mi chiquita, yo no voy a estar para siempre y ella…. Ella es muy frágil, no puede quedarse sola en este mundo que ya le ha quitado tanto.

Esa frase lo había seguido hasta su refugio y ahora le mordía las entrañas.

Se apoyó en la pared de cemento, con la frente recostada contra el frío. Respiró hondo.

No creía en Dios, ni en milagros, ni en el destino. Pero creyó en esa mirada.

Y eso lo aterraba más que cualquier sistema de seguridad de una farmacéutica corrupta.

¿Quién se creía para mirar a su oscuridad a los ojos y no retroceder?

Noah estaba acostumbrado a muchas cosas: al miedo en los ojos de los demás, al recelo, a las miradas de reojo, al prejuicio inmediato que su presencia provocaba.

Eso lo tranquilizaba. Le confirmaba que el mundo seguía siendo lógico, hostil. Que él seguía estando en su lugar: afuera.

Pero ella… la abuela de Leah… lo miró como si lo conociera Y no de manera superficial, no como quien observa a alguien y lo encasilla por su ropa oscura, sus rizos mojados, o los tatuajes que serpentean bajo sus mangas.

Lo miró como si hubiera visto más. Como si, sin entender el cómo, supiera exactamente quién era y no le tuviera miedo.

La cámara del salón seguía encendida. Leah estaba allí ahora. Hablaba con su abuela, pero él no podía oírlas. Podía leer los gestos, las pausas, los silencios entre palabra y palabra.

Y, aun así, su mente no estaba del todo allí.

Estaba en ese instante, en ese maldito segundo eterno en que la abuela lo había invitado a pasar. Y él… él había sentido por primera vez en años una punzada. No de miedo, no de alerta; de vulnerabilidad.

Su instinto fue retirarse, prepararse para la acusación, para la voz severa, para la protección de abuela-leona. Pero no; lo trató bien, lo miró con buenos ojos.

Ahora, había una pieza más en el tablero.

Una mujer de cabellos grises, fe en los ojos y una convicción que le revolvía el estómago.

Él no era una respuesta de Dios. Él era una condena. Y sin embargo… una parte de él quería creer que no. Que tal vez, si la abuela lo aceptaba, Leah también podría hacerlo.

Que tal vez esa planta —esa absurda excusa para verla de nuevo— no había sido un error.

Que tal vez, solo tal vez… podría ser parte de algo. No un espectador, ni un hacker en las sombras, ni un monstruo escondido en las cámaras. No; una parte de Leah.

Quería besarla, rozarle la espalda con los dedos mientras dormía, tocarle el cuello y sentir su pulso, esa vida suave que ella cargaba sin saber cuánto valía.

Pero, sobre todo, quería escucharla decir su nombre, con la voz entrecortada, con miedo, con deseo, con entrega.

Volvió a mirar la cámara.

Ella se estaba yendo a dormir. Se recogía el cabello y se ponía la camiseta vieja, como siempre.

Pero algo había cambiado. Ahora si la miraba… no era solo desde la sombra. Ahora ella sabía que él existía y, aun así, no había huido.

Noah se sentó frente al monitor. La imagen de Leah apareció: acostada, mirando el techo, una mano tocando distraída los pétalos del crisantemo.

—No tienes idea —murmuró— de lo mucho que acabas de complicarlo todo.

Porque ahora ya no podía fingir que solo la observaba; ahora la estaba esperando. Esperando el próximo mensaje, el próximo paso, el momento en que ella volviera a necesitarlo.

Y sabía algo con absoluta certeza: cuando Leah volviera a necesitarlo…. Noah no iba a resistirse.

CAPÍTULO 15

El primer rayo de luz se filtró por las cortinas cerradas.

Leah despertó con la palma aún extendida sobre la flor. Su tacto había quedado ahí, como si una parte de ella no hubiera querido soltarla durante toda la noche.

Parpadeó despacio, confundida.

La habitación estaba en silencio, pero algo en su interior zumbaba.

Un recuerdo inmediato se encendió en su pecho: Noah, su presencia. Se incorporó despacio, sintiendo la piel erizada

La planta seguía allí, intacta, con esa fragilidad absurda que contrastaba con todo lo que él representaba. Y, sin embargo, era suya. Una parte de él.

Leah se levantó y caminó hasta la cocina. Su abuela no estaba.

Sobre la mesa, una nota con letra clara decía:

Voy a la iglesia, vuelvo mañana. Te dejé el café listo. Te amo.

Laah suspiró, apretando los labios. El corazón le latía demasiado rápido para esa calma aparente.

Preparó una taza de café, pero no se sentó. Caminó por la casa como si esperara encontrar rastros de él.

Era una locura. Noah se había ido la noche anterior. No quedaban huellas de su paso, salvo esa planta.

Apretó la taza entre las manos y cerró los ojos.

Ese hombre no era un desconocido. No para su cuerpo, ni para su mente. Y eso era lo más aterrador.

Subió a su habitación, buscando distraerse, pero su atención se perdió entre los objetos más simples.

La sábana aún arrugada, la camiseta tirada en la silla, el perfume que él podría haber olido si se hubiera acercado lo suficiente.

Había intentado convencerse de que lo ocurrido no significaba nada, que solo había sido una visita incómoda, una conversación extraña, un gesto amable malinterpretado. Pero su cuerpo no lo creía. Su pecho se tensaba cada vez que recordaba su voz, la manera en que no la había tocado… y aun así la había hecho sentirse expuesta.

Se sentó en la cama y miró el móvil. Nada. Y ese silencio la inquietó más de lo que quería admitir. ¿Por qué le importaba? ¿Por qué esa ausencia pesaba tanto? Cerró los ojos, apoyó la espalda contra la pared y dejó que los pensamientos vinieran sin censura.

«Esto no es normal. No lo conoces. Podría ser peligroso… pero no me miró como a alguien rota. No me habló como si tuviera que salvarme. Me vio».

El móvil vibró. Leah dio un pequeño respingo, como si la hubieran llamado por su nombre en una habitación vacía.

Noah: No quería escribirte tan pronto. Pero quería saber si estabas bien.

Leyó el mensaje dos veces, tres. No era invasivo, no exigía nada. No pedía y aun así… la desarmó.

Leah: Sí. Solo cansada.

La respuesta llegó casi de inmediato, como si él tampoco pudiera aguantar la sensación de vacío luego de verse.

Noah: Lo imaginé. Ayer fue mucho.

Leah apretó el móvil contra la palma.

«¿Cómo sabes tanto?», estuvo a punto de escribir. No lo hizo.

Leah: Mi abuela es desconfiada.

Noah: Tiene razón, soy un desconocido. Es inteligente.

Una sonrisa mínima, traicionera, se dibujó en sus labios.

—No debería gustarme esto —murmuró para sí.

Pero le gustaba. Porque no se sentía sola en la conversación. No sentía que tuviera que explicarse, tampoco que estuviera pidiendo demasiado. El miedo llegó después, como siempre.

«¿Y si dependes de esto? ¿Y si mañana ya no está?». Ese pensamiento la dejó sin aire.

Leah se levantó, caminó hasta la ventana y la abrió apenas una rendija. La noche estaba fresca, real. A diferencia del torbellino que llevaba dentro.

Leah: ¿Por qué yo?

El mensaje tardó más esta vez. Cuando llegó, lo leyó despacio.

Noah: Porque no estás bien y aun así estas todos los días ayudando a los demás. Eso… no lo hace cualquiera.

Leah cerró los ojos. Sintió algo parecido al alivio y algo peligrosamente cercano al apego.

CAPÍTULO 16

Dejó el móvil sobre la mesa y se pasó una mano por el rostro.

Había cruzado otra línea, lo sabía. No porque le hubiera escrito, sino porque le había respondido con la verdad. Leah no era una distracción, no era un juego y ya no era solo una obsesión observada desde la distancia. Ahora lo miraba de vuelta.

Caminó por la habitación, inquieto. Las pantallas seguían mostrando fragmentos de su mundo: la calle frente a su casa, la ventana de su habitación, el reflejo tenue de la luz nocturna…

La imagen de Leah junto a la ventana le tensó el pecho.

—Esto no estaba en el plan —murmuró.

El plan había sido observar, entenderla, protegerla desde la sombra. No importarle.

Pero ahora… Ahora le importaba lo que pensaba de él, lo que sentía cuando él no estaba, si dormía tranquila. Eso era nuevo y peligroso.

Volvió a sentarse y abrió el historial de mensajes. Leyó sus respuestas como si fueran algo frágil, algo que pudiera romperse si las analizaba demasiado.

¿Por qué yo?

La pregunta no lo había sorprendido. La respuesta sí. Porque podría haber mentido, podría haber sido ambiguo o mantenido el

control, pero no lo hizo.

Porque Leah merecía la verdad… al menos, la parte que no la asustaría todavía.

Apoyó los codos sobre la mesa y cerró los ojos.

Pensó en la abuela. En cómo no lo había rechazado, ni le había dado una falsa sensación de permiso.

—No te confundas —se dijo—. No es tuya.

Pero la palabra *todavía* apareció sola.

Noah volvió a mirar la pantalla.

Leah estaba de pie ahora, moviéndose por su habitación. Se detuvo frente a la planta y la tocó con cuidado.

Algo oscuro y protector se enroscó en su pecho.

—Eso es para cuidarte —susurró—, no para atarte.

Y, aun así, parte de él deseaba exactamente lo contrario.

El móvil vibró.

Leah: ¿Estás despierto?

Noah sonrió apenas. Una sonrisa peligrosa.

Noah: siempre.

Y en ese instante supo que ya no estaba esperando desde la sombra. Ahora estaba presente. Demasiado presente.

Una notificación en la pantalla. Un temblor en las entrañas.
Dos palabras; un terremoto.

Te necesito.
No contenía nada más. Sin embargo, Noah no necesitaba más.

Su cuerpo quedó inmóvil, como si la electricidad del mundo se hubiera suspendido por un segundo, como si todos los años de

silencio, dolor, contención, obsesión… hubieran estado esperándolo para ese instante.

Leah. La única que no debía llamarlo, la única que no podía necesitarlo.

La única que no podía, bajo ninguna circunstancia, dejar entrar al lobo por voluntad propia.

Y lo había hecho.

Un golpe seco en el pecho. No respiraba.

Solo leía el mensaje una y otra vez como si su cerebro no pudiera procesar las implicaciones que este conllevaba. Porque Noah sabía exactamente lo que esas palabras significaban para alguien como ella. No era un capricho, no era una coquetería; era un derrumbe.

Leah, esa chica que caminaba erguida para no mostrar el temblor en los huesos, que sostenía a los demás para no desmoronarse sola, que hablaba con voz firme en las charlas, aunque por dentro solo quisiera llorar… Leah le había dicho «Te necesito». Y eso lo destrozó.

Porque significaba que su tristeza ya no podía ocultarse, que él ya no era solo el observador y eso lo jodía.

Tiró el móvil sobre el escritorio, como si le quemara.

Se alejó dos pasos, se apoyó contra la pared. Golpeó con la cabeza el cemento. Una vez. Dos. Tres.

—No, no puedes ir. No ahora, no así —susurró, entre dientes.

Pero el mensaje seguía ahí, en la pantalla. Como una herida abierta que sangraba profundamente.

Y peor aún… como un salvavidas. Porque Leah lo había arrojado sin saber si alguien lo recogería, porque Leah lo necesitaba y eso, para alguien como Noah, que llevaba años sin ser necesario para nadie, que solo había sentido utilidad cuando robaba millones a farmacéuticas para redimir la memoria de su madre… Eso era gasolina sobre un incendio.

Las palabras de la abuela retumbaron otra vez en su mente, como un eco que no pedía permiso para volver:

«No quiero que mi nieta se quede sola cuando yo no esté. Y ahora sé que no lo va a estar».

¿Cómo carajo podía aceptar ella a alguien como él? Una mujer que creía en la fe, en el perdón, en la redención… ¿aceptando a alguien con las manos tan sucias como las de Noah?

La contradicción lo desgarraba por dentro. Porque él no había sido salvado, no merecía ser salvado.

Y, sin embargo, una chica de cabello rojo acababa de arrojarle una cuerda y él… él no podía dejarla colgando del abismo.

Tomó el móvil con los dedos crispados. No respondió, no sabía qué decir. Salió.

Las luces del edificio parpadearon a su paso. Bajó las escaleras sin abrigo, el aire helado lo golpeó al abrir la puerta del garaje subterráneo. Subió al coche.

Noah no encendió la música, no pensó en las cámaras, en si debía o no. Solo fue. Porque ya no era un acto voluntario, ya no se trataba de decisiones, ni planes. Era algo más ancestral, como una bestia reconociendo la voz de su presa favorita.

Tardó menos de veinte minutos en llegar. Se detuvo a mitad de la calle, frente a la casa de Leah.

No había luces en la planta baja, solo una tenue lámpara encendida arriba.

Ella no dormía. Lo sentía, lo sabía.

Apretó el volante y cerró los ojos.

«Te vas a arrepentir de esto».

Esa frase cruzó su mente como un susurro. Pero la ignoró.

Se bajó, cruzó la vereda. Pisó fuerte, pero sin ruido. Subió los escalones de la entrada y tocó. Una, dos, tres veces.

El sonido retumbó en su pecho como un disparo y entonces se dio cuenta: había dejado de respirar. Pasaron unos segundos que se le hicieron eternos.

La luz del pasillo se encendió. Oyó pasos; pequeños e inseguros. . No miró la cámara, tampoco al costado. Solo esperó.

La puerta se entreabrió y ahí estaba ella. Leah. Con el rostro cansado, con el suéter arrugado, con la mirada cargada de un millón

de preguntas. Y, aun así, no dijo nada. Entonces, por primera vez, Noah habló:.

—Estoy aquí.

Su voz fue baja, ronca, como si hubiera sido arrancada de su pecho con una cuchilla.

Leah lo miró. Tragó saliva. Sus ojos brillaban, no por las lágrimas, sino por el miedo y la esperanza.

—No sé por qué te escribí—susurró.

Noah se acercó un paso, solo uno.

—Yo sí.

Y no dijo nada más. Porque ya no hacía falta.

CAPÍTULO 17

Estaba frente a él. Sus rizos oscuros, sus ojos… Ambos fijos en ella, con ese contraste brutal, como si fueran capaces de tragarla entera.

Ella había enviado el mensaje sin pensar.

Había escrito «Te necesito» en un impulso desesperado, como quien lanza una botella al mar sin esperar respuesta.

Y sin embargo, ahí estaba él, con su móvil aún en la mano.

Leah sintió cómo se le apretaba el pecho. No tenía miedo; o quizás sí, pero no por él, sino por sí misma. Por lo que esa parte rota dentro de ella empezaba a querer. A anhelar. A aceptar.

Ella retrocedió medio paso, pero no cerró la puerta. Lo dejó pasar.

Noah entró en silencio. Su presencia llenó el aire como una tormenta y Leah sintió que ya no había vuelta atrás.

Se quedaron quietos un segundo. Solo uno. Y entonces, él la besó.

Pero no como la otra vez. No como un roce torpe, no como un error. Fue un beso real, profundo, salvaje.

Los labios de Noah la invadieron con una desesperación contenida. Como si hubiera esperado siglos para eso. Como si su boca fuera un refugio, un hogar, una condena.

Ella no lo detuvo, no podía.

Su cuerpo respondió antes que su mente.

Abrió los labios para él y cuando su lengua entró, Leah soltó un gemido bajo.

Su espalda se arqueó al sentir las manos de Noah sobre su cintura, tirando de ella con fuerza, como si necesitara que no quedara ni un solo centímetro entre los dos.

El mundo desapareció. No existía el reloj, ni la abuela, ni la casa, ni la culpa. Solo el calor. Solo esa oscuridad envolvente que él traía, y Leah no quería luz, no esa noche.

Noah la empujó con suavidad hacia la pared, sin romper el beso.

Y ella se dejó hacer porque ya no se trataba de control, se trataba de ceder. De entregarse a algo más grande; más roto, más real.

Él bajó una mano por su espalda y luego, sin prisa, la metió bajo su camiseta, subiendo la mano lentamente hasta llegar a su pezón, apretándolo.

El contacto con su piel fue como una corriente. Ella jadeó. Él gruñó. El deseo se volvió tangible.

Noah rompió el beso un segundo solo para mirarla. Su mirada la desnudó más que sus dedos.

Y entonces la cargó y la llevó hasta su habitación con pasos firmes. Leah enredó las piernas en su cintura, sus labios se buscaron otra vez.

Cuando llegaron, él la dejó sobre la cama sin violencia, pero con hambre.

Le quitó la camiseta. Ella no se cubrió, por lo que sus pechos se estremecieron al contacto con el aire. Y con su mirada, porque Noah los miró como si fueran sagrados. Como si cada parte de ella fuera la única razón por la que aún estaba vivo.

—Estás jodidamente hermosa, Leah —murmuró, con la voz ronca.

Y se inclinó sobre uno de sus pezones, lo lamió y lo succionó con un ritmo lento, mientras su mano bajaba por su vientre hasta el borde del pantalón. Ella se arqueó.

Leah sentía que su cuerpo no era suyo, que se lo había dado a él sin dudar.

Noah le quitó el pantalón sin romper el contacto visual. Quedó frente a ella y la miró como si estuviera viendo algo sagrado

o maldito.

Y luego, sus dedos se deslizaron por su centro. Ella ya estaba mojada, demasiado.

La acarició con lentitud, con precisión. Como si ya la conociera, como si supiera cómo tocarla para que se deshiciera.

Leah soltó un gemido alto, sin poder contenerse.

—Noah… —susurró.

Él no respondió. Se inclinó, dejando mordiscos a su paso y luego la besó entre las piernas, con hambre.

Su lengua la recorrió como una promesa, como una amenaza.

Leah tembló. Lo tomó del cabello, enredó los dedos en sus rizos, lo atrajo más y empezó a moverse contra su cara, montándolo. Porque lo necesitaba, porque nadie la había tocado así, porque solo él sabía lo sola que se sentía. Y solo él parecía poder llenarla.

Llegó al clímax con un grito ahogado. Con las piernas temblando, con el corazón desbocado.

Pero Noah no había terminado. Se quitó la sudadera. Los tatuajes brillaban en su pecho; serpientes, estrellas, lunas… era una obra de arte. Su piel marcada la dejó sin respiración, era tal y como lo había soñado. Incluso mejor. Su historia escrita en tinta.

Leah lo miró como si estuviera viendo a un Dios oscuro y lo aceptó.

Él entró en ella despacio, hasta chocar con una pared.

Leah se tensó, el deseo la había cegado, pero cuando paró de repente se dio cuenta de que no le había dicho que aún no había llegado tan lejos con nadie. No quería que eso detuviera el momento que para ella era tan especial.

¿Y si se iba? ¿Y si no quería estar con alguien sin experiencia? El miedo la inundó.

—Por favor, no pares… quiero esto, te necesito —suplicó, jadeante, usando las dos palabras que lo habían hecho ir hasta su casa, pues sabía que para él significaban algo.

Él la miró; en sus ojos solo había oscuridad, tenía la mirada cargada de deseo, obsesión y algo más que no podía descifrar.

Había una intensidad tan brutal que no sabía cómo nombrarla.

Se movieron juntos, hasta el final. Entre jadeos, susurros y mordidas.

Él la besaba mientras la embestía, como si quisiera borrar de ella cada pensamiento que no fuera él.

Y Leah… Leah se lo permitió.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, no se sintió sola.

Noah la llenó. Por dentro. Por fuera. Por completo.

Y cuando ambos cayeron, exhaustos, entrelazados… El silencio los envolvió como una tregua.

Pero sus cuerpos hablaban otro idioma.

Uno oscuro, peligroso e inevitable.

CAPÍTULO 18

Leah dormía y él la miraba.

La habitación estaba en penumbra, bañada por la luz tenue que entraba desde la calle a través de la cortina entreabierta. Las sombras se arrastraban por las paredes, lentas, como si respetaran el silencio que envolvía ese instante.

Pero dentro de Noah, no había calma. No podía dormir, ni lo intentaba. Estaba demasiado despierto, demasiado vivo. Demasiado jodidamente consciente de que ella estaba ahí, a su lado, con el cuerpo desnudo enredado entre las sábanas que todavía olían a sexo, a sudor, a miedo… y a entrega.

Leah. Su Leah.

Se incorporó con cuidado, apoyando el peso sobre el codo, con una lentitud casi reverente. La observó. La sábana le cubría apenas las caderas. El torso quedaba libre, respirando suavemente. Tenía el rostro relajado, por primera vez sin el peso de la culpa, sin el nudo de tristeza que siempre parecía llevar entre los labios. Parecía en paz y eso lo hizo arder por dentro, porque esa paz se la había dado él. Con sus manos, con su boca, con su cuerpo dentro del de ella.

Porque ella lo había pedido.

«Por favor Noah».

«No pares…».

Cerró los ojos y el recuerdo lo golpeó como un relámpago.

La voz de Leah: temblorosa, rota, hundida en el placer y el miedo al mismo tiempo.

Su cuerpo temblando bajo el suyo, el pequeño gemido que escapó de su garganta cuando él la empujó contra el colchón y entró en ella por primera vez.

Virgen. Frágil. Desbordada. Y, aun así, suplicándole que no se detuviera.

Apretó los dientes con tanta fuerza que la mandíbula le crujió. No entendía cómo alguien tan pura, tan jodidamente inocente, le había dejado entrar con esa entrega desesperada. No sabía cómo merecía eso.

Pero lo que sí sabía… era que ahora era suya; no era una fantasía, no era una imagen robada desde la cámara escondida, ni un gemido imaginado en la oscuridad de su refugio.

Era real, estaba allí. Su cuerpo dormía con el de ella y su mente… su mente ya no tenía escapatoria.

La deseaba más de lo que había deseado nada en su vida, pero también la necesitaba. No como un capricho, no como una obsesión sexual. La necesitaba como se necesita una respiración cuando estás ahogándote, como se necesita una razón para seguir vivo cuando todo lo demás arde.

Se inclinó hacia ella, con una lentitud casi dolorosa. Rozó su nariz con la de ella, apenas un suspiro entre los dos.

—Leah —susurró contra su piel—, no tenías que dejarme entrar… Pero ahora ya es tarde.

Ella se movió en sueños, con un murmullo apenas audible. Sus labios se entreabrieron.

Él se quedó así, inmóvil, durante minutos enteros. Contando sus latidos, recordando cada instante de la noche; cómo sus uñas se habían clavado en su espalda cuando la tomó con fuerza. Cómo sus muslos temblaban al rodearlo. Cómo su voz se quebró al decir su nombre… una y otra vez.

La idea lo golpeó de pronto, como un trueno: nadie más iba a tener eso, nadie más iba a escuchar su voz así, nadie iba a tocarla mientras se abría con torpeza por debajo, nadie iba a probar el sabor de sus gemidos, ni a marcarle el cuerpo como él ya lo había hecho.

Porque ya no había vuelta atrás.

Ella lo dejó entrar. Él se metió en su cama, pero también se metió en su cabeza, en su pecho, en su miedo, en su deseo. Ya no se iba a ir.

Lo quisiera o no, porque ella había elegido. Había dicho que sí y eso… eso fue suficiente para desatar al monstruo.

Noah se tumbó de nuevo, sin tocarla, pero sin apartarse.

La observaba como un adorador frente a una figura santa, una figura a la que solo él conocía desnuda.

Pasó una mano por su propio pecho, por la cicatriz que cruzaba su costado —una vieja herida de los años en que no le importaba vivir o morir— y, por primera vez en años, sintió miedo.

No por él, sino por ella. Por lo que estaba dispuesto a hacer.

Porque ahora, si alguien intentaba acercarse… si alguien siquiera la miraba… No respondería como un hombre, respondería como un animal y no habría redención.

Se inclinó otra vez y besó su hombro con una ternura casi ajena a su naturaleza.

—Te amo —murmuró, en voz casi inaudible —. Te amo tanto que me asusta. Pero no voy a dejar que te vayas. Nunca.

Leah dormía y él la cuidaba, pero no desde una pantalla, no desde las sombras, no desde la distancia. Ahora la iba a cuidar desde dentro de su vida. Desde su casa, desde su cama, desde su cuerpo. Para siempre.

CAPÍTULO 19

Despertó sin saber si el sol ya había salido o si era su propio cuerpo el que la empujaba a la conciencia.

No abrió los ojos de inmediato. Lo primero que notó fue el calor. No el de las sábanas ni el del amanecer colándose por la ventana, sino el de una presencia. Estaba ahí. Seguía ahí. Podía sentir su respiración, lenta, tranquila, justo detrás de su nuca. Su pecho subía y bajaba contra su espalda desnuda y uno de sus brazos la rodeaba, como si durante la noche hubiera decidido protegerla incluso en sueños.

Su mente tardó unos segundos en procesarlo todo.

Noah.

La noche anterior no había sido un sueño, ni una fantasía. Tampoco una locura.

Había sucedido. Lo había dejado entrar.

No solo a su casa; a su cama, a su cuerpo.

Y ahora estaba ahí. Silencioso. Presente. Como si el simple hecho de existir junto a él la envolviera en una burbuja en la que todo parecía más intenso.

Se giró con lentitud, temiendo romper el momento. Noah dormía. Su rostro estaba relajado, pero aún conservaba ese aire salvaje e indomable que tanto la descolocaba. Tenía el cabello revuelto, con los rizos cayéndole sobre la frente. Uno de sus brazos descansaba sobre la almohada, el otro seguía envolviéndola con firmeza, como si incluso dormido temiera que se alejara.

Leah lo observó en silencio.

Nunca había dormido con nadie así. Nunca había dejado que nadie la tocara y, sin embargo, con él… con él no había sido difícil. Había sido natural. Como si su cuerpo supiera algo que su mente aún no entendía del todo.

Pero entonces llegó la punzada. No era culpa, tenía miedo.

Un miedo sordo, profundo. Como un eco que vibraba desde el centro de su pecho.

¿Qué pasaría si él se iba ahora? Si esa puerta volvía a cerrarse y ella se quedara con las sábanas vacías, con su olor flotando en el aire y esa sensación de haber entregado demasiado, demasiado rápido.

Y lo peor no era que se fuera. Lo peor era que, si se iba, Leah no sabía si sería capaz de soportarlo.

Porque nunca se había sentido así. Nunca se había sentido vista. Ni deseada de esa forma, ni escuchada, ni sostenida.

—Estás temblando —susurró Noah, con la voz ronca a causa del sueño. No se había movido, pero sus labios estaban cerca. Demasiado cerca.

Leah parpadeó.

—Lo siento –respondió, sin mirarlo.

Noah se incorporó un poco, apoyando el peso en su codo. La miró. No con deseo, ni con lujuria. Con algo que dolía más: comprensión.

—¿Estás arrepentida?

—No —dijo de inmediato. Casi como un acto reflejo—. No… no me arrepiento.

—Pero estás asustada.

Ella no respondió.

Él estiró la mano y le acarició la mejilla con la yema de los dedos. Leah se estremeció.

—No tienes idea de lo que hiciste conmigo anoche —susurró Noah, más para sí mismo que para ella.

—¿Y qué hice?

—Me desarmaste.

Leah lo miró, desconcertada.

—¿Yo? —inquirió, con una media sonrisa—. Eres la persona más controlada que conozco. Oscuro. Cerrado. A veces parece que ni siquiera respiras.

—Hay mucha oscuridad en mí, intento controlarme cuando se trata de ti —respondió sin dudarlo—. Pero eso se terminó.

Ella sintió que el corazón le latía en la garganta.

—No sé cómo manejar esto, Noah.

—Yo tampoco —admitió él.

—Me da miedo…

—¿Yo?

—No. —Lo miró fijamente—. Que te vayas.

Ese silencio… dolió. Más aún cuando Noah bajó la mirada.

—Leah… No me voy a ir ni aunque me eches.

—¿Y si te echo?

—Entonces… vas a estar muy disgustada cuando veas que sigo aquí y que seguiré aquí, siempre.

Esa palabra… Siempre. No debía sonar tan real en alguien como él. Pero en su boca, en ese momento, sonó como una promesa que podía arrastrarla a lo más hondo o elevarla hasta un lugar donde nadie la había llevado.

Ella asintió de forma casi imperceptible. Después se cubrió con la sábana y se sentó en la cama, con las rodillas junto al pecho. Noah no insistió. Solo se quedó ahí, mirándola como si quisiera memorizarla.

—¿Quieres café? —preguntó Leah, en un hilo de voz.

—No —contestó él, después de unos segundos—. Quiero todo contigo.

Ella se levantó sin decir nada más. Entró al baño, cerró la puerta y, por primera vez desde que se conocieron, se permitió mirarse en el espejo.

Se veía distinta. Más… real. Más frágil. Más viva.

La idea de que él se fuera la aplastaba.

La sola posibilidad de quedarse sola, después de haberlo sentido tan cerca, le provocaba un vértigo que le subía por el estómago y le oprimía el pecho.

Lavó su rostro.

Y cuando salió, él seguía ahí. Sentado en el borde de la cama, sin moverse. Como si no quisiera irse, pero tampoco supiera cómo seguir.

—¿Puedo quedarme un rato más? —preguntó Noah, con la voz más suave que nunca.

Leah solo asintió. Se acercó para sentarse junto a él.

Y sin decir una palabra, apoyó la cabeza en su hombro.

En ese silencio, hubo más verdad que en todos los años que había pasado fingiendo estar bien.

Y, por primera vez… se permitió llorar. No por arrepentimiento, sino por miedo.

Porque cuando alguien como Noah entra a tu vida, ya no existe una salida limpia.

Y ahora, lo supiera o no, lo quisiera o no… estaba atrapada con él.

Y una parte de ella, la más rota, la más sola… se aferraba a eso con desesperación.

CAPÍTULO 20

El nombre aún seguía en la pantalla, ese maldito nombre. Noah Knight.

Una mentira. Tenía que serlo, no había otra explicación.

Leah llevaba dos horas frente al portátil, con las manos heladas, los nervios crispados y el estómago hecho un nudo. Primero había buscado lo básico: redes sociales, registros civiles, bases públicas… Nada.

Luego probó con el apellido solo, pero tampoco funcionó. Después intentó con otras variantes: direcciones, historial laboral, alguna foto, algo que confirmara que él no era un fantasma.

El resultado era siempre el mismo: nada. Vacío. Silencio.

Como si ese nombre hubiera sido inventado en el mismo segundo en que lo pronunció frente a su abuela, y eso… eso la encendía por dentro.

No de curiosidad, de rabia. Porque con ella podía jugar, podía enloquecerla, acosarla, envolverla con sus sombras y sus deseos rotos… Pero mentirle a su abuela era otra cosa, otra cosa completamente distinta. Inaceptable.

Apretó los dientes. Cerró el portátil de golpe. El sonido retumbó en la habitación como un disparo.

—¿Qué te crees? —murmuró a la nada, sintiendo la garganta arder—. ¿Qué puedes venir a mi casa, hablar con ella, sonreírle como si fueras normal, como si no escondieras nada…?

Caminó de un lado a otro, como si el piso fuera demasiado pequeño para contener su enfado.

Su abuela, la persona a quien más amaba, la única constante, la única luz estable. Y él había mentido frente a ella, le había dado un nombre falso. Un nombre vacío, un nombre sin pasado.

La rabia se le metió bajo las uñas, subiéndole por los brazos como electricidad.

Tomó el teléfono, sin pensarlo, no hubo tiempo para dudar, para medir, la sangre le estaba hirviendo en las venas y no pudo contenerse más.

Marcó su número, ese del que siempre recibía mensajes que ella aún no terminaba de comprender; algunos días le daban miedo, otros la hacían sentir bien. En cambio, ese día explotaba de dolor, de enojo.

El corazón le explotaba en las costillas mientras escuchaba los tonos.

Uno. Dos. Tres. Al cuarto, él atendió.

—Leah —su voz salió grave, tensa, preocupada—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Te pasó algo?

Ella casi se atragantó de la rabia contenida.

—¿Me pasó algo? ¡Sí, claro que me pasó algo!

Hubo un silencio sepulcral del otro lado, lo había agarrado con la guardia baja.

Luego de unos segundos casi pudo sentir, a través de la línea, cómo él se ponía de pie de inmediato.

—Cuéntame qué pasó —insistió él, más bajo, más oscuro—. ¿Quién te hizo algo?

—TÚ —escupió ella.

Y Noah respiró hondo. Un solo segundo, apenas.

Pero Leah lo escuchó, como si su respiración se transformara en hierro caliente.

—¿Yo? —preguntó él, sin subir el tono—. ¿Qué fue lo que te hice? No entiendo nada, Leah y me estás preocupando.

—¡¡¡ME MENTISTE!!! —Gritó Leah, con el teléfono temblando en su mano.

—¿De qué estás hablando?

Leah apretó el móvil con tanta fuerza que sus dedos se pusieron blancos.

—De tu nombre, del nombre que le dijiste a mi abuela. De ese "Noah Knight" que no existe en ninguna parte. ¿Qué clase de persona inventa un nombre frente a una mujer como ella? ¿Qué mierda te pasa?

Escuchó cómo él se quedaba callado, porque lo había sorprendido. Sin embargo, su silencio se debía a que tenía miedo. Miedo de que si no decía las cosas correctamente, la perdería.

—Leah… —empezó, con esa voz firme que siempre usaba cuando necesitaba controlarla—, yo no te mentí.

Ella soltó una carcajada rota.

—¿Ah, no? ¡No te encuentro en ningún lado! No existes, ¿sabías? No hay fotos tuyas, no hay direcciones, no hay un registro. ¡Es como si fueras un fantasma!

—Sé lo que parece. —Noah intentó explicarse.

—¡Mi abuela te recibió con cariño! —Lo interrumpió, temblando de furia—. ¡Mi abuela, Noah o como carajo te llames! Ella confía en la gente de una forma que tú nunca vas a entender, y tú… tú le mentiste en la cara. ¿Cómo pudiste hacerle algo así?

Ahora sí, Noah inhaló profunda y dolorosamente.

—No le mentí —rebatió y sonó casi ofendido—. Jamás le mentiría a ella. Ni a ti.

—¡CLARO QUE LO HICISTE! —Leah gritó, y su voz tembló de emoción, no de miedo—. Puedes manipularme a mí todo lo que quieras, puedes meterte donde no te llaman, puedes hacer todas tus… tus cosas retorcidas. PERO A ELLA NO. A ELLA NO SE LE MIENTE. ¡Ella no se merece eso!

—Leah… —su voz bajó—. Por favor, escúchame.

—¡No quiero escucharte! ¡Quiero la verdad!

Silencio, un silencio que a Leah le dolía, podía escuchar cómo Noah respiraba, lento, medido. Como si se estuviera conteniendo para no romper algo.

—Mi nombre es real —dijo finalmente, en un hilo de voz que no se parecía a él—, pero no vas a encontrar nada de mí.

—¿Cómo es eso siquiera posible? ¿En qué estás mintiendo?

—Es posible—su tono se endureció, frío como un filo—. Admito que hay cosas de mí que no puedo ponerte en las manos sin estar seguro de que no vas a salir corriendo y dejarme… —se detuvo. Tragó saliva—. Te estoy protegiendo Leah.

—¿Protegerme? ¿De qué? — Su incredulidad casi tocó el techo—. ¿De saber cuál es tu nombre? ¿De descubrir que eres un fantasma con tatuajes?

—De mi misma vida, Leah. De las cosas que vienen con mi información. Cosas que no estás preparada para saber.

Ella se quedó muda un segundo, seguía sin poder contener su rabia.

—Noah, no eres un superhéroe —dijo, con un nudo en la garganta—. Eres una persona. Y las personas *tienen* nombres. Tienen historias. Tienen pasado. Y si tú no tienes nada de eso,

entonces lo que le hiciste a mi abuela es peor. Porque ella te miró como si fueras bueno. Como si fueras alguien. Y tú… tú no eres nadie. No puedo encontrar ni una sola prueba de que existas.

Él exhaló. Un sonido que la heló.

—Leah —murmuró, con esa calma que solo aparecía cuando estaba al borde de perder el control—, si te digo la verdad… me vas a odiar. Y yo no… —otra pausa, tensa— no puedo soportar eso. No tu odio o el de tu abuela.

—¡Ya me estás haciendo odiarte! — Ella golpeó la mesita con la mano—. ¡Ya lo estás logrando!

Hubo un cambio en él; uno sutil, oscuro.

—No me odias —dijo, seguro, demasiado seguro—. Estás enojada. Es diferente.

—No crees que soy capaz de odiarte —susurró ella, con la voz rota.

—Creo que puedes odiar muchas cosas de mí —admitió él, áspero—. Pero no a mí.

El corazón de Leah se retorció de rabia.

—Noah… —dijo lentamente, marcando cada sílaba como si fuera un veredicto—. No puedo estar con alguien que no existe.

Y entonces, por primera vez desde que lo conocía, él se quedó realmente sin palabras.

Un silencio terrible, crudo, real.

—Leah —dijo finalmente—, yo existo, pero no como tú quieres, no como la gente normal.

—No quiero excusas.

—Entonces dame tiempo.

Ella negó con la cabeza, aunque él no pudiera verla.

—Yo no sé si quiero seguir siendo parte de esto —susurró—. No cuando no puedo confiar en lo que sale de tu boca. No cuando no sé ni cómo te llamas de verdad.

Hubo un ruido, como si él hubiera pegado un golpe a la pared. Como si algo dentro de él hubiera cedido.

—Leah… —su voz salió desgarrada—. No me hagas esto.

Ella tragó saliva.

—No te lo estoy haciendo. Te lo hiciste tú mismo.

Y cortó la llamada. El silencio que quedó después fue peor que cualquier mensaje. Peor que cualquier sombra, porque por primera vez desde que Noah entró en su vida… Leah sintió que lo había empujado al otro lado de un precipicio del que él no sabía volver y lo peor, lo más terrible… era que algo en su pecho dolía. Dolía demasiado, como si hubiera roto algo que nunca quiso romper. Pero ya estaba hecho.

CAPÍTULO 21

El silencio después del corte de la llamada fue peor que una herida, peor que un disparo. Peor que cualquier cicatriz en su cuerpo. Fue vacío, un vacío brutal, un vacío que le arrancó el aire del pecho como si alguien hubiese hundido una mano en su tráquea.

Leah lo había cortado. A él. Y el mundo dejó de tener forma.

Noah se quedó quieto frente al escritorio, respirando como si el oxígeno fuera vidrio.

Las pantallas iluminaban la habitación con un resplandor azul helado y Leah seguía ahí, captada por la cámara: caminando por su cuarto como un fantasma, con los ojos brillantes de frustración, con la mandíbula apretada.

Pero ella ya no era suya, no según ella. Y eso… eso lo destruyó.

Sintió un golpe en el estómago, un latigazo, un derrumbe interior.

Hacía mucho tiempo que Noah no tenía ataques de pánico, alejarse de la gente le había servido, no sentir le había ayudado. La ansiedad que sentía lo abrumaba, la culpa también. El miedo… el miedo apenas lo reconocía. Pero eso no era miedo; era locura, era pérdida, era la certeza absoluta de que ella podía salirse de su órbita si él no hacía algo, si se quedaba quieto, si no reaccionaba a tiempo.

—No… —susurró, con voz rota, agarrándose la frente—. No. No. No.

Caminó hasta arrastrarse dentro de su propia guarida como si las paredes se cerraran sobre él. Sentía los músculos arderle, tensarse, contraerse como si algo lo estuviera estrangulando desde adentro.

Las pantallas le mostraban los últimos treinta segundos antes del corte. La furia en los ojos de Leah, la decepción.

La frase que lo había desarmado: «No puedo estar con alguien que no existe».

Noah golpeó la pared con tanta fuerza que la piel de los nudillos se le abrió al instante.

Pero no sintió dolor, solo un impulso desesperado.

—Yo existo —murmuró, sin aire—. Para ti existo. ¿Cómo no lo ves? —Su voz se quebró.

Llevaba tiempo sin sentir, sin llorar, sin romperse. Volver a sentir tantas cosas a la vez lo estaba volviendo absolutamente loco, por eso se había recluido de todo, porque él no quería sentir. Tanto tiempo había durado para que llegara una chica con grandes ojos tristes y su corazón despertara de nuevo, el destino se la había jugado. Leah lo estaba arrancando de sí mismo. La necesidad, la obsesión, la devoción enfermiza que había construido durante semanas se desmoronaba en su pecho como una casa incendiándose.

—No puedes irte —susurró, apoyando la frente en el monitor —. No puedes dejarme. Me niego.

La idea de perderla no era soportable, no era concebible, no era real. No podía ser real. No podía existir un mundo donde Leah lo mirara como a un extraño. Donde Leah dejara de necesitarlo. Donde ella pensara que él era una mentira.

Su respiración se volvió irregular, entrecortada, violenta.

Sus dedos temblaron mientras abría una carpeta tras otra, buscando algo, lo que fuera. Un rastro, un patrón, una explicación, pero no buscaba datos. Noah nunca buscaba sin saber qué. Lo que buscaba era a ella, porque si se enfocaba en su imagen… si la miraba moverse, hablar sola, frotarse los ojos… podía mantenerse cuerdo, o por lo menos, algo parecido a eso.

—No puedes odiarme —susurró, clavando la mirada en la pantalla—.Tú no… tú nunca.

Leah se había sentado en la cama, con los brazos alrededor del torso. Estaba tensa, respirando rápido, aún enojada. Pero viva, ahí.

Él apoyó la mano abierta sobre la pantalla, deseando atravesarla, deseando tocarla.

—No lo entiendes —murmuró, con la voz rota—. No puedo darte mi realidad, Leah. Si te doy mi realidad… te doy mis enemigos. Y si te doy mis enemigos… lo único que hago es ponerte en peligro.

Cerró los ojos. Sabía que ella no lo escuchaba, pero necesitaba decirlo.

—Si supieras quién soy… si supieras de dónde vengo… no solo te alejarías —una risa amarga se le escapó—, correrías.

Volvió a abrir los ojos y el miedo se convirtió en algo más. Determinación; oscura, retorcida, férrea. Leah no podía dejarlo. No iba a dejarlo.

Noah sintió que algo muy antiguo, muy primitivo dentro de él despertaba, como un animal levantándose después de años en la sombra.

—Yo no te mentí —repuso, más para sí que para ella—, solo no te di un arma para destruirnos.

Su respiración empezó a calmarse. No en un sentido sano, sino en un sentido peligroso. La furia fue reemplazada por algo frío, preciso.

Noah volvió a sentarse frente al teclado. Sus dedos dejaron pequeñas gotas de sangre sobre las teclas.

—No te voy a perder —dijo, con un tono tan calmo que daba miedo—. No existe esa posibilidad. No mientras yo respire.

La pantalla mostraba a Leah tirándose en la cama, mirando el techo con lágrimas contenidas.

Noah ladeó la cabeza, estudiándola, aprendiendo sus nuevos patrones, analizando la ruta hacia el corazón que ella acababa de cerrar.

—No puedo darte mi pasado —susurró, casi acariciando la pantalla—, pero puedo darte mi futuro. Todo él.

Leah cerró los ojos, exhalando con frustración y Noah también cerró los suyos.

Pensó rápido, con esa lógica peligrosa que solo él poseía. Una lógica que no distinguía límites, moral, propiedad o consecuencias, solo objetivos. Ella. Ella era el objetivo. Ella era el plan y el final.

—Voy a arreglar esto, Leah —aseguró, bajando la voz hasta que solo fue un susurro hiriente—. Aunque tenga que romper el mundo a la mitad. Aunque tenga que romperte a ti también para reconstruirte después. No te voy a perder.

Estiró la mano para cambiar de cámara.

Su voz se volvió tan baja que casi no existía.

—Aunque tenga que cruzar todos los límites… aunque tenga que destruir lo que quede entre nosotros… Tú vas a estar conmigo.

Abrió los ojos y estaban vacíos. Llenos del tipo de calma que precede a una tormenta que arrasa ciudades.

Leah no sabía que al cortarle la llamada no había puesto distancia, había abierto una puerta. Y Noah estaba listo para entrar.

CAPÍTULO 22

La llamada seguía sonando en su cabeza como un martillazo.

Cada segundo, cada palabra, cada maldito eco de la voz de Leah clavándosele en las costillas.

«No puedo estar con alguien que no existe». Él sí existía y lo hacía por y para ella. Si Leah no lo entendía, entonces él iba a mostrárselo. No con palabras, no con excusas, no con explicaciones que ella no quería escuchar. Lo haría con presencia, con realidad, con esa verdad que siempre había sido suya: entre Leah y él no habían días tranquilos, solo tormentas que chocaban.

Noah salió del apartamento sin siquiera cerrar bien la puerta. La noche estaba húmeda, pesada, sofocante. Lejos de calmarlo, lo empujaba todavía más hacia adelante, hacia ella, hacia la única persona capaz de romperlo y volver a armarlo.

El camino hasta la casa de Leah se volvió un borrón.

Sus pensamientos eran un único punto ardiente: no lo permitiría. Jamás.

Cuando llegó a la casa, la calle estaba silenciosa. Ni un coche, ni un perro, ni una luz encendida fuera de la ventana. Pero él la sintió, él siempre podía sentirla.

Entró sin dudar. Las cerraduras eran un obstáculo menor para alguien como él. El clic metálico sonó casi como una burla. Dentro, la oscuridad lo recibió como a un hermano perdido.

—Leah —susurró, casi sin voz.

No la llamó fuerte, no quería asustarla. Pero tampoco quería que se sintiera segura.

Subió las escaleras con la familiaridad de alguien que ya había estado ahí demasiadas veces.

Su corazón latía rápido, pero no de miedo, sino de determinación. La encontró en su habitación. Leah estaba sentada al borde de la cama, con el rostro entre las manos. Cuando lo escuchó entrar, levantó la cabeza. Sus ojos todavía tenían rastros de lágrimas, pero su expresión se transformó al verlo. Primero sorpresa, luego rabia, luego esa mezcla peligrosa que solo ella podía sentir por él: odio y deseo al mismo tiempo.

—Noah —escupió ella, poniéndose de pie al instante—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste? ¡Sal de mi casa!

Él cerró la puerta tras de sí con suavidad. No dijo nada.

—Te dije que no te quería ver —continuó Leah, retrocediendo un paso, pero con los puños apretados—. No quiero hablar contigo. ¡Me mentiste!

—No lo hice —fue todo lo que dijo él, avanzando un paso.

—No te acerques. —Ella levantó la mano, como si ese gesto pudiera detenerlo.

—No te mentí —repitió Noah, con voz baja, contenida, hiriente pero firme—. No me inventé un nombre. No te inventé nada.

—¿¡Entonces por qué no existes en ninguna parte!? —Leah gritó, quebrándose—. ¿Por qué no puedo encontrarte en ningún registro?, ¿por qué no hay fotos tuyas?, ¿por qué pareces un fantasma? ¡Dime quién eres en realidad!

Él sintió el golpe de la verdad atorándose en su garganta. Pero no podía decirlo, no ahora.

—Soy real —murmuró, dando otro paso.

Ella retrocedió. Él avanzó. Un baile peligroso.

—No puedo creer en alguien que no existe —dijo ella, con la voz temblando.

—Pero sí puedes desearlo —disparó él.

Leah se congeló. La tensión entre los dos se hizo espesa, casi física. Un imán deformado que los empujaba el uno contra el otro.

—No quiero esto. —Ella negó con la cabeza, sin convicción.

Noah la estudió con una calma inquietante. No como un hombre miraba a una mujer, sino como un depredador analizaba la debilidad exacta de su presa…a la que no quería lastimar, pero sí poseer.

—No quieres… —se acercó tanto que sus respiraciones chocaron—, pero lo deseas igual.

Leah mordió su labio inferior, furiosa porque él tuviera razón y pudiera leerla así de fácil, también estaba furiosa consigo misma.

—No quiero estar contigo —insistió ella.

Noah levantó una mano muy despacio, como si temiera romperla. La apoyó en la pared, al lado de la cabeza de Leah, encerrándola sin tocarla.

—Entonces dímelo mirándome a los ojos —la desafió.

Ella lo miró y ese fue su error. Porque en ese segundo, Noah vio todo: la furia, la confusión, el miedo, la atracción devastadora que ella no sabía manejar. Y él… él jamás había sido un hombre que soltara lo que deseaba.

—¿Qué estás haciendo, Noah? —susurró Leah, con el corazón en la boca.

—Lo que tendría que haber hecho desde que cortaste la llamada —respondió él—. Mostrarte que existo.

Noah la tenía contra la pared, su cuerpo marcando el espacio de ella, su respiración chocando contra su cuello, su sombra envolviéndola como un manto inevitable.

Leah intentó zafarse —solo un segundo—, pero él le sujetó las muñecas contra la pared, firme, decidido, sin darle opción de escapar.

Sus rostros estaban a escasos centímetros. Ella respiraba rápido; Él, profundo, como si la estuviera inhalando.

—Suéltame —susurró ella, con un temblor que no era de miedo.

Noah sonrió apenas, esa sonrisa rota, oscura, que siempre la desacomodaba.

—Dime que no te mueres por que te toque —murmuró, rozando su boca sin besarla. —Por que meta una de mis manos en tu pantalón y encuentre lo mojada que estás para mí.

Leah tragó saliva. Su cuerpo ardía, su enojo también.

—Noah…

—Dime que no es así—repitió él, apoyando la frente contra la de ella—, y me voy.

Ella abrió la boca, lista para decirlo, pero la palabra no salió, no podía. Noah lo sabía. Ella también. Sus ojos se encontraron un segundo. Un incendio.

—Eso pensé —susurró él, soltando sus muñecas para llevar una mano a su cintura, apretándola contra su cuerpo como si fuera lo único que evitaba que se cayera.

Leah jadeó al sentirlo tan cerca, tan real… tan suyo.

—Te odio —murmuró ella, pero su voz era un ruego.

—Estás enojada, pero me deseas mucho. No vuelvas a repetir que me odias o habrá consecuencias. Me enfada que digas eso—respondió él, deslizando lentamente su mano por el interior del

pantalón de ella, la acarició por encima de las bragas, jugando con ella, mientras cada vez estaba más y más mojada.

Sus respiraciones se mezclaron en un latido frenético. Leah apoyó las manos en el pecho de Noah para apartarlo, pero lo único que logró fue acercarlo más. Sus dedos se crisparon sobre su camisa. Él exhaló un sonido a medio camino entre una carcajada y un gemido bajo.

—No sabes mentir cuando estás así, tan dispuesta para mí— susurró contra su mandíbula.

Leah cerró los ojos cuando él bajó la boca hasta su cuello, dejando pequeños besos y un pequeño mordisco en donde sentía su latido, esos roces fueron lo suficiente para que su piel se erizara, para que el aire le quemara, para que su cuerpo entero se arqueara hacia él involuntariamente.

—No puedes estar aquí —murmuró ella, un hilo de voz derrotado por su propio pulso.

—Pero estoy —dijo Noah, levantándola de las piernas y apoyándola contra la pared—. Y no te escucho decir que me vaya.

Ella jadeó. Un sonido suave, desesperado, traidor. Un sonido que él devoró con los ojos.

—Noah… —sus labios temblaron—. No puedo…

—Sí puedes —respondió él, finalmente rozando su boca con la suya, mientras empezaba a torturarla con los dedos. Empezó metiendo uno, estaba tan mojada que a Noah le estaba costando mucho controlarse. Metió un segundo dedo, Leah llevó una mano a su nuca, temblando, queriendo empujarlo… o atraerlo, no lo sabía.

Él sí. Noah atrapó esa mano, guiándola hacia su pecho e hizo que ella misma se frotara el pezón mientras él le daba un mordisco a su otro pecho.

Ella soltó un suspiro roto, y en ese segundo exacto —en esa grieta, en ese temblor, en esa rendición mínima— Noah inclinó la

cabeza, atrapó su boca con la suya y todo el enojo se deshizo en un choque abrasador. El beso fue brutal. Hambriento, desesperado. Una pelea hecha contacto. Un reclamo, un castigo, una rendición. Leah respondió como si su vida dependiera de ello, como si quisiera romperlo, como si quisiera romperse.

—Noah… —gimió ella contra su boca, odiándolo por lo que le hacía sentir.

—No me vas a perder —susurró él, apoyando la frente en su mejilla, respirando contra su piel—. Ni aunque quieras.

Sus cuerpos quedaron pegados, tensos, necesitados, al borde de romper cualquier límite que hubieran intentado establecer. Él la sostuvo fuerte y ella tembló entre sus brazos.

El siguió atormentándola con los dedos, ahora sí la iba a romper. Leah no paraba de emitir pequeños gemidos que para Noah eran la confirmación de que él volvía a tener el control. Si era necesario iba a hacer que Leah se olvidara de todo con orgasmos.

Leah se sentía al borde del abismo, estaba a punto de explotar en los brazos de Noah, contra la pared de su habitación. Todo se sentía tan caliente… sentía que los dedos de sus pies se arqueaban, había perdido el control, claramente el jodido traicionero de su cuerpo no entendía que estaba enojada con él y que no debería desearlo, ni pedirle más.

El no paró hasta que ella no alcanzó el clímax, luego la tiró sobre la cama, le quitó los pantalones y la atacó con su boca. No le dio descanso, estaba disfrutando demasiado de romperla y no iba a parar.

—No puedo más, por favor—gimió ella

—Vas a ser una buena chica para mí y me vas a dar otro más. No hay nadie como tú, mi pelirroja—dijo Noah, mientras paraba para darle un beso y que ella se saboreara a sí misma.

Luego de que Leah terminara con los ojos vidriosos y semi cerrados, decidió que era suficiente por hoy, la ayudó a terminar de desvestirse y la acostó en la cama para que pudiera descansar. Noah sabía que aquello no había terminado, así que se quitó su propia ropa y se recostó a su lado, abrazándola por la cintura.

No estaba dispuesto a dejarla ir.

CAPÍTULO 23

Despertó con un vacío frío a su derecha. No fue inmediato. Primero fue la sensación extraña de que algo no encajaba, como si su cuerpo buscara instintivamente un peso, un calor… a él. Estiró la mano hacia ese lado de la cama, aún medio dormida, esperando encontrar la piel tibia de Noah. Pero solo tocó sábanas frías.

Abrió los ojos de golpe. El cuarto estaba ligeramente iluminado por la luz que entraba desde la ventana. Todo parecía igual que cuando se quedó dormida, excepto por él… o, mejor dicho, por su ausencia.

—Noah… —susurró, sin poder evitarlo. El silencio le devolvió la palabra como un eco tonto.

Se incorporó. Estaba usando su camiseta, enorme, suave, con ese olor tan suyo que le provocaba un escalofrío entre el pecho y el estómago.

«¿Cuándo me la ha puesto? ¿Cuándo me ha vestido él?», pensó.

Lo recordó. Sus manos. Su voz. Su forma de tocarla como si supiera exactamente dónde iba a quebrarse.

Fue tanteando el suelo frío con los pies. Cada músculo le dolía, pero de esa forma que te recuerda algo más que un simple cansancio. Se pasó una mano por el cabello desordenado, intentando respirar hondo para ordenar su cabeza. No sirvió.

La sensación en su pecho no era solo desconcierto. Era algo parecido a… ¿miedo? ¿Ansiedad? ¿O esa estúpida necesidad que le provocaba él cada vez que desaparecía por segundos?

—¿Dónde estás? —murmuró, irritada consigo misma por sonar tan… afectada.

Avanzó hacia la puerta entreabierta del cuarto. El pasillo estaba oscuro, pero había algo en el aire… esa misma presencia invisible que siempre hacía que sus sentidos se afilaran.

Y lo escuchó. Un leve ruido. Un objeto moviéndose. Una respiración contenida. En la cocina. Su corazón empezó a golpear más fuerte, como si quisiera adelantarse a sus pasos. Caminó despacio, con las manos temblando sin razón. O con demasiadas razones.

Cuando asomó la cabeza, lo vio. Estaba de espaldas, desnudo de cintura para arriba. Inclinado ligeramente sobre la encimera, revisando algo que no pudo distinguir. La luz tenue del pasillo marcaba las líneas de su espalda, los tatuajes que resaltaban siempre. Era una visión tan perturbadoramente hermosa como peligrosa. Se quedó paralizada durante unos segundos. Después, sin poder evitarlo, preguntó:

—¿Por qué te fuiste de la cama?

Noah se detuvo. Giró apenas el rostro, lo suficiente para que uno de sus ojos la mirara por encima del hombro. Uno celeste. Uno oscuro. Esa dualidad que siempre parecía leerla entera.

—No me fui —respondió, en voz baja—. Solo no quería despertarte.

—Eso no responde nada. Te levantaste y te fuiste sin decir una palabra. ¿Qué… qué estabas haciendo?

Él se enderezó despacio, como si midiera cada uno de sus gestos.

—Pensando.

—¿Pensando en qué?

Caminó hacia ella. Un paso. Otro. Y cada uno era una amenaza suave, un recordatorio de lo que había pasado entre ellos, de lo que seguía latiendo en el aire.

Cuando estuvo frente a Leah, levantó la mano y rozó su mejilla con los nudillos.

—Pensaba en ti —dijo, sin rodeos—. En cómo dormías. En cómo respirabas. En cómo te aferraste a mí antes de quedarte inconsciente.

Sentía el rubor arder en la piel.

—No me aferré —protestó Leah débilmente.

Él sonrió apenas.

—Sí, Leah. Te aferraste. Y casi me rompes cuando intenté moverme.

La garganta de Leah se cerró, el silencio entre ellos se volvió espeso. Él bajó la mirada hacia su camiseta y la tocó con un dedo.

—Te queda mejor de lo que imaginé —murmuró.

—No te imaginabas nada —replicó ella.

Alzó una ceja, serio, como si las palabras lo contradijeran en un nivel demasiado profundo.

—Me imaginaba todo —contraatacó, sin apartar los ojos de ella—. Pero ninguna versión era tan… jodidamente real como tú.

Leah se quedó quieta, como una estatua. Él dio un paso más. Su pecho casi rozaba el suyo.

—Leah —su voz bajó un tono, grave, íntimo—. ¿Por qué te asustaste al despertar?

Parpadeo, sorprendida. ¿Cómo…?

—No me asusté.

—Sí, lo hiciste —insistió—. Te levantaste con la respiración agitada. Tus manos temblaban y dijiste mi nombre como si te hubieran arrancado algo.

Leah se mordió el labio, incómoda por lo fácil que era para él leerla.

—Solo… pensé que te habías ido.

Él inhaló hondo, como si aquellas palabras fueran un golpe directo a su pecho.

—No pienso irme —remarcó, despacio —. No después de lo que pasó anoche. No después de escucharte. No después de sentirte.

El corazón de Leah dio un vuelco doloroso.

—Noah… —intentó hablar, pero él la interrumpió acercándose aún más.

—No estoy jugando —aseguró —. No lo hice nunca. Y menos ahora.

Le sostuvo la barbilla con dos dedos, obligándola a mirarlo.

—Si salí de la cama fue porque necesitaba respirar un segundo, no porque quisiera irme.

—Deberías haberme dicho algo.

Su voz salió pequeña, quebrada.

Noah ladeó la cabeza, como si esa confesión fuera un regalo inesperado.

—¿Querías que me quedara? —preguntó, casi en un murmullo rasgado.

—Sí —respondió, sin esconderse esta vez—. Sí… quería que estuvieras ahí cuando despertara.

Él cerró los ojos un instante, conteniendo algo que parecía quemarle por dentro. Cuando volvió a abrirlos, tenía esa expresión

feroz, casi vulnerable.

—Entonces volvamos a la cama —propuso, con voz baja, firme—. Esta vez no voy a moverme ni un centímetro.

—¿Lo prometes?

Noah bajó su frente hasta rozar la suya, respirando contra sus labios.

—Lo juro —susurró—. Pero ten cuidado, Leah…

—¿Por qué?

Sus labios apenas rozaron los de ella.

—Porque si me quedo a tu lado… no vas a tener dónde escapar de mí.

Su pecho se apretó, su cuerpo tembló y, aun así, no se movió. Ni quería hacerlo.

Volvieron a la habitación en silencio. Pero no era un silencio cómodo, sino uno de esos que te envuelven por completo, que hace que cada sonido, cada respiración, cada paso, parezca más fuerte de lo normal. Noah caminaba detrás de Leah, sin tocarla… pero lo sentía igual. Sentía su energía, su mirada clavada en su espalda como si quisiera memorizar el movimiento de sus hombros. Cuando cruzó la puerta, dudó. Noah lo notó enseguida.

—¿Qué pasa? —preguntó desde el marco, con la voz baja.

Leah se giró despacio, con el corazón martilleándole en las costillas.

—Es que… —se pasó una mano por el cabello, nerviosa—. No sé cómo… se supone que debería sentirme después de todo lo que pasó.

Él dio un paso hacia dentro, pero se quedó a un metro de ella. Esa distancia exacta donde aún podía tocarla si quisiera… pero no lo hacía.

—Dímelo —dijo—. Dilo de verdad.

—Estoy confundida, Noah—confesó y bajó la mirada

Él inhaló tan hondo que casi se podía ver cómo contenía un temblor.

—¿Confundida cómo?

—No me conoces —susurró, más para sí misma que para él.

Noah apretó la mandíbula.

—Te conozco más de lo que creías.

—Eso no es algo bueno —le devolvió, con un nudo en la garganta—. No tendrías por qué… saber tanto de mí. De mis miedos. De mis noches. De cómo respiro cuando me duermo. ¡Eso no es normal, Noah!

Se acercó dos pasos sin pensarlo, como si sus palabras fueran una provocación directa.

—¿Quieres que te diga lo que sí sería anormal? —repuso, mirándola fijamente —. Que después de lo que te vi pasar en la fundación con esa familia, cuando saliste corriendo sin poder controlarte, después de cómo estabas… yo me hubiera quedado quieto. Eso sí sería anormal.

—No necesitabas aparecer en mi vida así —respiró hondo—. No necesitaba… esto.

Él sonrió sin humor, una sonrisa rota.

—¿No? —susurró—. ¿No lo necesitabas? Porque anoche… anoche parecías necesitarlo más que el aire.

Sintió el golpe directo en el pecho.

—Eso… eso no es justo, Noah.

Él se detuvo. El cambio fue visible. Bajó la cabeza un segundo, como arrepintiéndose de haber dicho eso. Después levantó la mirada de nuevo, más suave… pero igual de intensa.

—Tienes razón —admitió—. No es justo. No sé cómo serlo. Tú no estabas en mis planes Leah, necesitarte, saber que estás bien, estar preocupado todo el día, pendiente de ti… Es lo último que quería en mi vida, pero aquí estamos; no puedo dejar de pensarte, de querer sentirte cerca. ¿Qué hago? Ya no puedo alejarme, te lo advertí.

Leah dio un paso hacia atrás, tropezando con el borde de la cama. Él la siguió con la mirada, sin acercarse esta vez.

—Leah… —la llamó, con esa voz que parecía desarmarlo a él también—. Yo no sé qué te asusta más: que esté aquí… o que te guste que esté aquí.

La respiración de Leah se cortó, era todo tan intenso con Noah, no sabía qué hacer o qué decir. Todo parecía tan bueno y tan malo a la vez…

—No digas eso.

—¿Por qué no? —avanzó un paso, pero lento, como si le diera tiempo a frenarlo—. ¿Por qué no puedo decir lo que es evidente?

—Porque no lo es —mintió de forma descarada.

Él ladeó la cabeza, analizándola, como si pudiera ver la mentira escrita en su piel.

—Te tiemblan las manos —notó.

Miró sus dedos. Sí, temblaban y no podía controlarlo.

—Es por todo —intentó explicarse—. Por lo que hiciste. Por cómo apareciste. Por cómo actúas, como si tuvieras derecho a decidir cosas que no…

—No tengo derecho a nada —interrumpió Noah, firme, muy firme—. Pero igual quiero estar aquí. Quiero… —se detuvo, mirando un punto en su pecho, no en sus ojos—. Quiero cuidarte, Leah. Aunque lo odies. Aunque me odies.

A Leah le ardieron los ojos. Él lo vio. Él siempre veía todo.

—No te odio —susurró.

—Entonces dime qué es lo que sí sientes —le pidió, con una honestidad que dolía.

Cerró los ojos, respiró hondo, y cuando los abrió él estaba un paso más cerca. Tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo sin tocarla.

—Siento que… —la voz se le quebró— que no entiendo qué somos ahora.

Noah tragó saliva, despacio. Se acercó un último paso, hasta que quedó a centímetros de ella.

—Yo quiero ser todo contigo, pero no tenemos por qué ponerle etiquetas a nada todavía si no estás lista—dijo, suave—. Solo… no me empujes fuera. No después de esto.

Leah lo miró y, por primera vez, vio algo en él que nunca había visto antes. No una obsesión, no un deseo, no ese fuego que siempre llevaba en la mirada. Era miedo, uno tan humano, tan crudo, que la desarmó de inmediato. Sin pensarlo, levantó la mano y le rozó el brazo. Solo un contacto, un roce leve. Un "estoy aquí", aunque ella misma no entendiera del todo lo que significaba. Él cerró los ojos, como si ese gesto lo incendiara y aliviara al mismo tiempo.

—Noah… —susurró —. No sé cómo manejarlo.

Él abrió los ojos y le sostuvo la mirada. No reía, no provocaba.

—Entonces déjame que te ayude a manejarlo —expresó, casi en un ruego—, pero no me saques de tu vida.

Su corazón se desbordó en el pecho. Se mordió el labio, indecisa, vulnerable, temblorosa. Y Noah, con una paciencia que jamás habría esperado de alguien como él, añadió:

—No va a pasar nada que no quieras pero, ¿podrías solo acostarte conmigo en la cama, aunque sea un rato? Quiero abrazarte.

El pulso de Leah se aceleró. No respondió con palabras. Se sentó en el borde de la cama. Él dio un paso… y se detuvo, esperando.

—Está bien —cedió finalmente, con voz suave—. Vamos a acurrucarnos, creo que yo también lo necesito.

Noah exhaló por primera vez, como si hubiera estado conteniendo el aire desde que despertó. Se acercó despacio, se acostó en la cama y le hizo espacio a Leah para que pudiera acostarse a su lado. Y, por primera vez desde que lo conoció, le dio la sensación de que él también estaba a punto de romperse.

CAPÍTULO 24

La madrugada todavía estaba pegada a las ventanas cuando el teléfono vibró sobre la mesa. Noah tardó unos segundos en reaccionar. No porque estuviera dormido. Dormir era algo que había dejado de hacer desde que Leah existía en su vida. La luz tenue de la lámpara iluminaba apenas la silueta de Leah dormida, la sábana enredada en sus piernas, el cabello rojo desparramado sobre la almohada. Respiraba despacio, tranquila. Ajena al mundo que se estaba construyendo a su alrededor.

El teléfono volvió a vibrar. Noah frunció el ceño, nadie lo llamaba. Nunca.

No tenía amigos, ni familia, ni contactos que no fueran desechables. Las pocas personas que habían formado parte de su vida estaban muertas… o demasiado lejos para recordar que existía.

Miró la pantalla, que le mostró un número desconocido. Su primera reacción fue ignorarlo, la segunda fue coger el móvil y tirarlo contra la pared, pero algo en su estómago se tensó. Un instinto viejo, un eco del pasado. Contestó.

—Habla —ordenó, con voz áspera.

Silencio. Un segundo, dos. Luego una risa baja, grave.

—Sigues contestando igual de rápido —dijo una voz que Noah no escuchaba desde hacía años—. Pensé que te habías vuelto blando.

El cuerpo de Noah quedó completamente inmóvil; no por miedo, sino por reconocimiento.

—Lorenzo.

El nombre salió como un disparo. Al otro lado de la línea se escuchó un leve chasquido de encendedor.

—Veo que no me olvidaste.

Noah apretó la mandíbula. ¿Cómo podría? Lorenzo no era solo un recuerdo. Era el hombre que lo había encontrado cuando Noah era poco más que un animal herido, un chico lleno de rabia con talento para romper sistemas y destruir cosas. Fue quien le enseñó a hacerlo bien, a hacerlo sin dejar huella.

—No llamas por nostalgia —adivinó Noah.

—Correcto.

Silencio.

—Necesito tu ayuda.

Ahí estaba, siempre llegaba ese momento. Noah se levantó lentamente y caminó hacia la ventana para contemplar la ciudad, con Leah respirando suavemente en la cama, ajena a todo lo que estaba ocurriendo. Un mundo que no tenía nada que ver con el otro.

—Hace años que no trabajo para ti—repuso, con frialdad.

—No te estoy pidiendo que trabajes para mí.

—¿Entonces? Ya sabes que no quiero volver a tu mundo.

—Están intentando entrar en mi ordenador.

Noah se detuvo. Eso sí que era extraño.

—¿Quién?

—Aún no lo sabemos.

Eso era peor. Lorenzo continuó, imperturbable:

—Y ese ordenador tiene información que no puede caer en manos equivocadas.

Noah soltó una risa seca.

—Toda la información que ustedes tienen es peligrosa.

—Esta, mucho más. Al ser la mía está diseñada especialmente para proteger absolutamente todo, mientras que los ordenadores de la organización tienen una mínima parte y no todos tienen la misma información, sabes lo meticuloso que soy —aclaró.

Silencio. Noah cerró los ojos un segundo. Podía imaginarlo; listas de nombres, operaciones, rutas, políticos comprados, empresas fantasma… Si alguien ajeno a la organización conseguía eso… No caería la mafia, moriría mucha gente antes de que eso pasara, sería una guerra.

—¿Por qué yo? —preguntó.

Lorenzo soltó humo al otro lado de la línea.

—Porque eres el mejor, yo te enseñe, sí, pero tú tienes un don. Superaste a tu maestro. He seguido tus movimientos, sigues fiel a lo tuyo, siempre invisible.

Noah no respondió.

—Y porque me debes una.

Ahí estaba el verdadero motivo. Favor por favor. Sangre por sangre. Noah se apretó el puente de la nariz con dos dedos. Recordó la noche en que Lorenzo lo encontró cuando era un chico flaco y lleno de rabia que acababa de perder a su madre, se pasaba los días en su tumba, lo que despertó el interés de Lorenzo. Luego recordó el apartamento donde vivió durante meses. Las noches aprendiendo códigos imposibles, la primera vez que logró derribar un servidor completo. Lorenzo no era un hombre bueno, pero fue el único que le tendió la mano cuando todo se había roto, cuando no tenía objetivos, solo rabia. Le dio un propósito, un motivo para seguir vivo y Noah había aprendido que eso no solía pasar.

—¿Dónde estás? —preguntó Noah finalmente.

Una pausa. Lorenzo sonrió al otro lado.

—Sabía que aceptarías.

Noah no sonrió.

—No he aceptado.

—Lo harás.

—Habla —demandó, impaciente.

—Italia.[1]

Noah soltó una carcajada amarga. Por supuesto.

—Venecia —continuó Lorenzo—. Necesitamos vernos. Esto no se puede resolver a distancia.

Noah miró a Leah, que se movía en la cama. Se dio la vuelta, abrazando la almohada. La camiseta se deslizó un poco por su hombro. Su garganta se tensó. Justo ahora, justo cuando por primera vez en años sentía que algo en su vida no era solo oscuridad.

—¿Cuándo? —preguntó Noah.

—Lo antes posible.

—Dame veinticuatro horas.

—Tienes doce —zanjó, antes de colgar

El silencio volvió al departamento, pesado, denso. Noah dejó el teléfono sobre la mesa y se pasó ambas manos por el rostro. Lo sabía, siempre lo había sabido. Los fantasmas del pasado no desaparecen, solo esperan. Miró otra vez hacia donde Leah dormía. Su pecho subía y bajaba lentamente. Tranquila, segura… por ahora.

—Mierda… —murmuró.

Porque si iba a hacer aquello… Si iba a volver a meterse en el mundo de Lorenzo… No podía seguir mintiéndole, no

completamente. Tenía que decirle algo, no toda la verdad pero la suficiente. El pensamiento le revolvió el estómago, porque había algo peor que enfrentarse a la mafia italiana. Algo que realmente lo aterraba era que Leah lo mirara… y decidiera alejarse. Noah apoyó la mano sobre su mejilla.

—No me dejes ahora, Leah —susurró.

Pero sabía que el momento se acercaba y que el próximo movimiento podría destruirlo todo.

CAPÍTULO 25

Noah no recordaba la última vez que algo le había costado tanto. Había mentido a policías, a bancos, a empresas multimillonarias. Había manipulado sistemas completos sin sentir ni una pizca de culpa. Mentir era sencillo cuando nadie importaba. Pero Leah…ella era diferente. Por eso seguía sentado en el borde de la cama, mirándola dormir. La luz del amanecer se colaba por la ventana, dibujando líneas suaves sobre su piel. Tenía el cabello rojo desordenado sobre la almohada y una mano cerrada sobre la sábana, como si incluso dormida necesitara aferrarse a algo, a alguien; a él. Noah pasó el pulgar por su mejilla con una suavidad que no coincidía con el hombre que era.

—Despierta, Leah —murmuró.

Ella frunció un poco el ceño. Sus pestañas temblaron antes de abrirse. Durante unos segundos lo miró sin entender nada. Sus ojos todavía estaban nublados por el sueño.

—¿Noah…?

Su voz era pequeña, confundida. Luego se incorporó un poco en la cama, apoyándose en los codos.

—¿Qué pasa?

Noah sintió ese peso extraño en el pecho otra vez, el que solo aparecía cuando estaba con ella.

—Necesito hablar contigo.

Leah lo observó unos segundos más, algo en su expresión cambió. Quizá el tono, quizá la forma en que estaba sentado, rígido, como si todo su cuerpo estuviera preparado para una pelea.

—No me gusta esa cara —comentó.

Noah soltó una pequeña exhalación.

—A mí tampoco.

Silencio.

Leah se sentó del todo en la cama, acercándose un poco más a él.

—¿Qué hiciste? —preguntó.

Noah soltó una pequeña risa seca.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué pasa?

Noah la miró, de verdad. Memorizando cada detalle porque una parte de él sabía que en cuanto dijera lo que tenía que decir, todo podría romperse.

—Tengo que irme.

Las palabras cayeron pesadas en la habitación. Leah tardó un segundo en reaccionar.

—¿Irte…?

—Sí, hoy.

—¿Hoy?

Su voz subió medio tono.

—¿Adónde?

Noah sostuvo su mirada.

—Italia.

El silencio que siguió fue peor que un grito. Leah parpadeó varias veces.

—Noah… —susurró—. ¿De qué estás hablando?

Él pasó una mano por su nuca.

—Hay… gente de mi pasado.

—¿Gente? —repitió, confusa.

—Personas con las que trabajé hace años.

Leah lo miraba como si estuviera intentando armar un rompecabezas con piezas que no encajaban.

—¿Trabajaste… en Italia?

Noah dudó un segundo, luego asintió.

—Sí.

—¿En qué?

Ahí estaba la parte peligrosa. No podía mentir completamente, pero tampoco podía decir toda la verdad.

—Haciendo cosas que no debería haber hecho.

Leah se quedó completamente quieta.

—Noah…

Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas antes incluso de que ella pudiera evitarlo.

—¿Estás… en problemas?

Noah sintió algo retorcerse dentro de su pecho. Se acercó un poco más a ella.

—No.

—No me mientas.

Las lágrimas ya corrían por sus mejillas.

—Noah, por favor… no me mientas —le suplicó.

Él llevó una mano a su rostro y limpió una de ellas con el pulgar.

—No estoy en peligro —dijo con calma.

No era del todo mentira. El peligro era algo a lo que estaba acostumbrado.

—Entonces, ¿por qué tienes que irte ahora?

Leah lo empujó ligeramente en el pecho.

—¿Por qué de repente te vas a Italia como si nada?

Su respiración se volvió irregular.

—¿Tiene que ver con… algo ilegal? —aventuró, suspicaz.

Noah no respondió. Y ese silencio fue suficiente. Leah soltó una pequeña risa rota.

—Claro que sí.

Se levantó de la cama de golpe.

—¡Claro que sí!

Empezó a caminar por la habitación, pasándose las manos por el cabello.

—Sabía que algo no estaba bien contigo.

Noah se levantó también.

—Leah…

—¡No!

Se giró hacia él con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No me trates como si fuera estúpida!

Su voz se quebró.

—Apareciste en mi vida de la nada… sabes cosas de mí que nunca te conté… y ahora me dices que tienes que irte a Italia por gente peligrosa.

Sus hombros temblaban.

—¿Qué demonios está pasando? —exigió saber.

Noah dio un paso hacia ella.

—Leah.

—¡No!

Ella retrocedió.

—¡Respóndeme!

El silencio duró unos segundos. Luego Noah habló, en voz baja, serio.

—Le debo un favor a alguien con quien trabajé en el pasado.

Leah dejó de moverse, sus lágrimas seguían cayendo.

—En Italia, trabajaste con gente en cosas ilegales…. ¿Estás hablando de la mafia? ¿En serio?

Noah no respondió, pero su expresión fue suficiente. Leah se llevó una mano a la boca.

—Dios mío…

El miedo apareció en su mirada y eso fue lo que más le dolió. Noah se acercó con cuidado.

—Escúchame.

Ella negó con la cabeza.

—No…

—Leah.

Le tomó el rostro entre las manos. Ella intentó apartarse, pero no con mucha fuerza.

—Mírame.

Sus ojos se encontraron.

—No voy a dejar que nada te pase.

Su respiración temblaba.

—Noah…

—Voy a resolver esto.

—¿Y si no vuelves?

La pregunta salió en un susurro roto. Noah sintió el golpe directo en el pecho. Apoyó su frente contra la de ella.

—Voy a volver.

Ella negó con la cabeza.

—No puedes prometer eso.

—Sí puedo —aseguró, resuelto.

Leah cerró los ojos, llorando.

—Tengo miedo…

Noah la abrazó fuerte, muy fuerte, como si quisiera grabar su cuerpo en su memoria.

—Te voy a llamar —murmuró contra su cabello—. Cada pocas horas.

Leah respiró de forma irregular.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Aunque estés trabajando?

—Aunque esté trabajando —declaró.

Ella se aferró a su camiseta.

—No quiero quedarme sola otra vez.

Esa frase lo destruyó por dentro. Noah cerró los ojos un segundo.

—No vas a estar sola.

Levantó su rostro para que lo mirara.

—¿Lo prometes?

Noah sostuvo su mirada.

—Lo prometo.

Leah asintió despacio, aunque las lágrimas seguían cayendo.

—¿Cuándo te vas?

Noah miró el reloj. Luego volvió a mirarla.

—Ahora —contestó, a su pesar.

Sus ojos se abrieron más a causa de la incredulidad.

—¿Ahora?

—El avión ya está esperándome.

Leah se quedó helada.

—¿Avión?

—Un jet privado.

—¿De ellos?

Noah asintió.

El silencio volvió a llenar la habitación. Leah respiró hondo varias veces, luego se acercó y lo abrazó con fuerza. Como si no quisiera soltarlo nunca.

—Vuelve —susurró contra su pecho.

Noah apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—Siempre vuelvo a ti.

La besó. No fue un beso suave, fue profundo, desesperado. Como si intentara memorizar cada parte de ella antes de desaparecer. Cuando finalmente se separaron, Leah todavía lo sujetaba por la camiseta.

—Llámame —le recordó, a lo que él asintió.

—Lo haré.

—No tardes.

—No lo haré.

Noah tomó su chaqueta. Caminó hacia la puerta, pero antes de salir se giró una última vez. Leah seguía en medio de la habitación, con los ojos rojos, abrazándose a sí misma. Él la miró durante unos segundos.

Luego salió, porque si se quedaba un minuto más… no se iría nunca.

Treinta minutos después, el coche negro se detuvo frente al pequeño aeropuerto privado.

El jet estaba allí, negro, elegante. Esperándolo.

Noah bajó del coche y miró el avión unos segundos. Sabía exactamente lo que significaba subir ahí, volver al mundo que había intentado dejar atrás. Sacó el teléfono y la pantalla se iluminó con la foto de Leah. Su garganta se tensó.

—Prometí volver —murmuró.

Y luego subió al avión.

CAPÍTULO 26:

El silencio dentro del jet privado era insoportable. No porque faltara ruido. Los motores rugían bajo sus pies, constantes, poderosos, atravesando la noche como una bestia mecánica. Pero en su cabeza… solo estaba ella. Leah llorando. Cerró los ojos y la imagen volvió a su mente con una claridad dolorosa. Sus manos temblando, sus ojos llenos de preguntas que no pudo responder.

Le contó parte de la verdad, solo una parte. Apretó los dedos alrededor del teléfono. No quería dejarla así. No quería verla romperse delante de él. Pero tampoco podía quedarse. Italia no era algo que pudiera ignorar. Italia era una deuda, una sombra y Lorenzo no habría preparado un jet privado en mitad de la noche si no fuera grave.

Miro el móvil otra vez. Nada, ningún mensaje. Su mandíbula se tensó.

—Está enfadada —murmuró, para sí.

Y tenía derecho. Le prometió que nunca la dejaría sola. Y lo primero que hizo después de decirlo… fue subir a un avión y desaparecer. Se pasó una mano por la cara, intentando ordenar sus pensamientos. «No puedo perder el control ahora, primero resuelvo esto, luego vuelvo con ella. Luego… le contaré más, mucho más».

El piloto anunció el descenso y el jet empezó a inclinarse suavemente. Italia apareció debajo de ellos como un mar de luces.

Oscura, elegante, peligrosa. Exactamente igual que la última vez que Noah estuvo allí.

Cuando el avión se detuvo, ya había hombres esperando. Tres coches negros, dos hombres armados y Lorenzo. Noah lo estudió; seguía igual que siempre: traje oscuro impecable, postura relajada y esa mirada que analizaba todo antes de que ocurriera.

En cuanto bajó del jet, sus ojos se clavaron en Noah.

—Llegaste rápido.

—Dijiste que era urgente —repuso, imperturbable.

Camino hacia él sin detenerse.

—¿Qué pasa?

Lorenzo lo observó un segundo más de lo necesario, como si midiera algo, como si intentara leerlo.

—Te distraje —dijo, finalmente.

—Si me hiciste cruzar medio continente en mitad de la noche, más vale que sea algo serio.

Una leve sonrisa carente de humor se dibujó en sus labios.

—Lo es.

Uno de los hombres abrió la puerta del coche y subieron. El interior olía a cuero y a tensión. El coche arrancó antes de que Lorenzo comenzara a hablar.

—Alguien está moviendo piezas —soltó.

—¿Quién?

—Aún no lo sabemos.

Noah apretó la mandíbula.

—¿Qué significa "moviendo piezas"?

Lorenzo giró ligeramente la cabeza en su dirección.

—Significa que alguien sabe cosas que no debería saber.

Un silencio pesado llenó el coche.

—¿Sobre mí? —preguntó, tenso.

—Sobre varios.

Sus dedos golpearon una vez el teléfono, inconscientemente. Lorenzo lo notó, por supuesto.

—¿Interrumpo algo?

—No.

Sin embargo, la palabra salió más seca de lo que pretendía. Porque sí. Estaba interrumpiendo algo; a Leah, la promesa que le había hecho. Miró la hora. Ya habían pasado varias horas. Le prometió que la llamaría. Su pecho se apretó.

—Tengo que hacer una llamada —dijo.

Lorenzo arquea una ceja.

—¿Ahora?

—Ahora.

No esperó respuesta, marcó su número. El teléfono sonó, una vez. Dos. Tres. Cada tono hacía que se tensara un poco más. Hasta que finalmente…

—¿Noah?

La voz de Leah sonó baja, rota, como si hubiera estado llorando. Noah cerró los ojos un segundo.

—Soy yo.

Silencio. Luego ella habló otra vez.

—Pensé que… no llamarías.

Una punzada atravesó su pecho.

—Te dije que lo haría.

—La gente dice muchas cosas.

Su voz era suave, pero filosa. Respiró hondo.

—Ya llegué.

—¿A Italia?

—Sí.

—¿Estás bien?

La pregunta le sorprendió, porque debería ser él quien se preocupara por ella y no al revés.

—Estoy bien —respondió, bajando la voz un ápice.

—¿Y tú?

Ella tardó unos segundos en contestar.

—No lo sé.

Su mano se apretó alrededor del teléfono.

—Leah…

—Sigues sin contarme la verdad.

No era un reproche, sino un hecho.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cómo quieres que esté tranquila?

El coche siguió avanzando por una carretera oscura, las luces de la ciudad pasaban rápidas por la ventana, como un borrón en movimiento.

—Escúchame —le pidió, con calma—. Hay cosas que todavía no puedo explicarte.

—Siempre dices lo mismo —lo acusó.

—Porque es la verdad —se defendió.

Hubo un largo silencio. Después, ella susurró:

—Tengo miedo.

El corazón de Noah se contrajo.

—No te va a pasar nada.

—No hablo de eso.

Otra pausa.

—Tengo miedo de que no vuelvas.

Apretó los dientes.

—Voy a volver —aseguró.

—¿Lo prometes?

—Sí —corroboró, con firmeza.

—Te lo prometo.

Respiró despacio antes de continuar.

—Cuando regrese… te contaré más cosas —añadió, esperando que eso bastara.

—¿Más cosas?

—Sí.

Miró hacia la ventana y comprobó que estaban cada vez más cerca de su destino.

—Pero primero tengo que saber qué está pasando aquí.

—¿Es peligroso?

Se le escapó una sonrisa amarga.

—Siempre lo es.

Al ver que no respondía, añadió:

—Te voy a llamar cada pocas horas.

—No tienes que hacerlo —repuso ella.

—Sí tengo —susurró. —Te dije que no te dejaría sola.

Otro silencio, más breve en aquella ocasión.

—De acuerdo —cedió, finalmente.

Noah cerró los ojos un segundo.

—Intenta dormir —le recomendó.

—Lo intentaré.

—Leah.

—¿Sí?

—Estoy bien —le dijo, para tranquilizarla.

—Vale.

Dudó un instante y añadió:

—Y voy a volver contigo.

Ella respiró hondo al otro lado de la línea.

—Te esperaré.

La llamada terminó y Noah bajó el teléfono lentamente y cuando levantó la mirada, vio que Lorenzo lo estaba observando con sagacidad.

—Interesante.

—No empieces.

Una sonrisa lenta apareció en su rostro.

—Nunca pensé que te vería así por alguien.

Guardó el móvil en el bolsillo.

—Céntrate en el problema.

Lorenzo miró hacia delante. Las luces de una gran villa aparecieron al final de la carretera.

—Créeme —dijo, con calma —, eso es exactamente lo que estoy haciendo.

El coche se detuvo frente a la entrada y algo dentro de Noah supo que lo quiera que estuviera pasando allí era mucho más grande de lo que esperaba.

CAPÍTULO 27

El despacho de Lorenzo parecía más una sala de guerra que una oficina. Pantallas, cables, tres ordenadores abiertos y en el centro… el suyo. El que alguien estaba intentando abrir como si fuera una caja fuerte llena de oro o de cadáveres.

Los dedos de Noah volaron sobre el teclado mientras revisaba las capas de seguridad. Cada línea de código aparecía delante de él como un idioma que solo unos pocos entendían y lo que vio no le gustó en absoluto.

—Esto no es un ataque normal —dijo finalmente.

Lorenzo, apoyado contra el escritorio con los brazos cruzados, levantó la mirada.

—Explícamelo como si no hablara tu idioma.

—Un hacker común entra rápido, roba lo que quiere y desaparece.

Señaló la pantalla.

—Esto no.

Una nueva línea de código apareció, luego otra, como un pulso, como si alguien estuviera respirando del otro lado.

—Esto es… metódico —continuó —. Calculado.

—¿Está dentro?

—No, aún no, pero está cerca. Demasiado cerca.

Amplió otra ventana; firewall, servidores espejo, rutas de conexión… La persona al otro lado estaba intentando entrar desde múltiples direcciones al mismo tiempo. Lo que significaba que no era improvisado, se trataba de alguien profesional.

—¿Quién sabe que este ordenador existe? —preguntó, maquinando.

Lorenzo tardó unos segundos en responder.

—Muy pocos.

—Necesito nombres.

—No más de siete personas.

Eso hizo que su estómago se tensara, porque si se trataba de alguien interno… la cosa se iba a poner fea, muy fea. Siguió revisando el tráfico de red, algo no encajaba.

—No intenta romper la seguridad de golpe.

—¿Y eso qué significa?

Noah se inclinó hacia delante.

—Que está probando.

Lorenzo frunció el ceño.

—¿Probando qué?

—A nosotros —puntualizó.

El silencio cayó entre los dos, al tiempo en que en la pantalla apareció otro intento de acceso, fallido, pero más cerca que el anterior. No cabía duda de que quien estuviera haciendo aquello aprendía rápido.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó, sin apartar la vista del monitor.

Lorenzo no respondió inmediatamente, pero no hizo falta, pues los dos sabían la respuesta. Información. Rutas, nombres, contactos, acuerdos, traiciones. Si alguien ajeno a la organización conseguía entrar… podría iniciar una guerra.

Entonces el móvil de Noah vibró sobre la mesa, no le prestó atención al principio pero volvió a vibrar. Frunció el ceño y descolgó por si era Leah que necesitaba algo… era un mensaje de un número desconocido. Aquello era cada vez más extraño. Lo abrió y el mundo se detuvo.

Era una foto. Leah, caminando por la calle, su brazo enlazado con el de su abuela, las dos riendo. La foto estaba tomada desde la otra acera. Desde lejos, pero lo suficientemente cerca como para que Noah reconociera la maldita calle, a dos manzanas de su casa. Su corazón se detuvo un segundo, luego empezó a latir demasiado rápido.

Debajo de la foto había un mensaje, una sola frase, que rezaba:

Número desconocido: Te aconsejo que te mantengas al margen.

Sintió cómo algo frío se instalaba en su pecho. No. No. No.

Amplió la foto, la hora y vio que era de ese mismo día, hacía menos de una hora. Miró otra vez la imagen. Analizó sombras, ángulos, distancias. La persona que hizo la foto estaba siguiéndolas.

—Noah.

La voz de Lorenzo llegó desde algún lugar lejano. Noah no respondió, sus dedos se tensaron alrededor del teléfono.

—Noah.

El aludido levantó la mirada.

—Nos han encontrado.

Lorenzo se enderezó.

—¿Quién?

Le enseñó la pantalla. Durante unos segundos, observó la foto sin hablar. Después, levantó la cabeza y lo miró.

—¿Quién es?

La mandíbula de Noah se tensó.

—Leah.

—¿Tu chica?

—Sí —admitió, a regañadientes.

Lorenzo volvió a mirar la imagen y algo cambió en su expresión, que se tornó más sombría.

—Esto no es un aviso —dijo finalmente.

—No.

—Es una amenaza.

Asintió, porque lo sabía de sobra. Quien hubiera enviado esa foto quería mandarle un mensaje; que podían tocarla cuando quisieran. Una presión brutal empezó a crecer en su pecho, impidiéndole respirar y hasta pensar. Solo había una idea en su cabeza: ella. Si alguien se acercaba a ella…Si alguien la tocaba… Cerró los ojos un segundo y cuando los abrió ya había tomado una decisión.

—Tenemos que traerla aquí.

Lorenzo lo observó con calma.

—¿A Italia?

—Sí.

—Eso la mete en medio de todo esto.

Noah se inclinó hacia él.

—Ya está en medio.

Le señaló el teléfono.

—Mira la maldita foto.

El silencio se espesó.

—Noah…

—Si algo le pasa…—Su voz salió peligrosamente baja. —Dejo el ordenador.

Lorenzo no parpadeó, se mantuvo estoico.

—Y te las arreglas solo.

Durante unos segundos nadie habló, solo se escuchó el zumbido de los ordenadores. Luego, Lorenzo suspiró lentamente.

—Tranquilízate.

—No puedo.

Se acercó un paso.

—Escúchame. Si alguien la está vigilando… traerla aquí puede ser lo único que la mantenga viva —intentó razonar con él.

Sus manos se cerraron en puños.

—Entonces hazlo —lo instó.

—No es tan sencillo —protestó el otro.

—Hazlo —exigió.

Lorenzo lo estudió y entonces dijo unas palabras que lo atravesaron como un cuchillo.

—Traerla aquí significa que entra en nuestro mundo.

Noah sostuvo su mirada, inquebrantable.

—Ya lo hizo cuando se cruzó conmigo.

Lorenzo asintió lentamente, luego se giró hacia la puerta.

—Entonces será mejor que empecemos a planear cómo mantenerla viva.

Noah miró otra vez la foto en su teléfono.

Leah riendo, sin saber que alguien la estaba observando, sin saber que acababa de convertirse en el punto más débil de todo aquello. Y también… en el más peligroso.

CAPÍTULO 28

Noah no recordaba haber cruzado el despacho tan rápido. La puerta se abrió de golpe cuando entró. Lorenzo levantó la vista desde el teléfono, tranquilo, como si el mundo no acabara de volverse del revés. Él, en cambio, no poseía esa calma.

—Tenemos un problema.

Él arqueó una ceja.

—Ya lo teníamos.

Lanzó el móvil sobre el escritorio. Una nueva foto de Leah apareció en la pantalla. Lorenzo la observó durante unos segundos, más de lo necesario. Después levantó la mirada.

—Explícame.

—La están vigilando, siguen amenazando.

—Eso ya lo veo.

—La foto es nueva —añadió.

Silencio.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Noah pasó una mano por su pelo, intentando controlar la rabia que lo estaba consumiendo por dentro.

—La calle está cerca de su trabajo —aclaró.

Lorenzo volvió a mirar la imagen.

—Entonces saben quién es.

—Sí.

—Y saben que te importa —concluyó.

Sus manos se cerraron en puños.

—No voy a dejarla allí.

—Noah…

—No.

Su voz salió más dura de lo que pretendía.

—Si alguien se acerca a ella…

No terminó la frase. No hacía falta.

Lorenzo lo observaba con esa mirada calculadora que siempre ponía cuando intentaba medir las consecuencias de algo.

—Aún estamos estudiando las posibilidades, quizás sea mejor ponerle vigilancia. No es tan fácil meterla en nuestro mundo así como así. No encaja.

—Ya está en él —recalcó.

Le señaló la foto.

—La diferencia es que allí está sola.

El silencio se estiró entre ambos. Finalmente, Lorenzo suspiró.

—Vale, está bien… Podemos protegerla aquí.

El pecho de Noah se tensó.

—Ahora Lorenzo, necesito que esté segura ya mismo. Pero no viene sola.

Lorenzo frunció el ceño.

—¿Qué?

—La abuela.

La imagen de la mujer pequeña y amable que siempre recibía a Leah con una sonrisa apareció en su cabeza. La primera vez que fue a esa casa lo miró como si ya supiera que él era peligroso y aun así… le ofreció té.

—No podemos traerla también —repuso Lorenzo, mirándolo como si se hubiera vuelto loco—. Una abuela no pertenece a este mundo, eso ya es demasiado.

—Tampoco Leah.

—Pero Leah está contigo, es joven, es diferente, Noah. Tienes que pensar las cosas con claridad, quizás Leah pueda soportar esto, pero su abuela… No lo creo.

La lógica era brutal y aplastante. Noah apoyó las manos en el escritorio, pensando rápido. No podía dejar a la abuela sola. Si alguien estaba siguiendo a Leah… ella también estaba en riesgo.

—Necesitamos sacarla de allí —decidió, finalmente.

—¿Cómo?

Su mente empezó a buscar soluciones. Entonces recordó algo. Una conversación en la cocina. La abuela hablando mientras preparaba té. Su mirada iluminándose al hablar de algo. Su sueño de más joven había sido ser misionera e ir a África para ayudar y enseñar la palabra de Dios.

—Mozambique —dijo, solamente.

Lorenzo frunció el ceño.

—¿Qué?

—Siempre quiso ir.

—No entiendo.

Se enderezó.

—Quiere ser misionera.

—¿Misionera de la iglesia?

—Sí.

Recordaba perfectamente sus palabras:

«Algún día me gustaría enseñar la palabra de Dios donde más lo necesiten»

Sin embargo, nunca fue porque no quería dejar sola a Leah.

—Podemos organizarlo —accedió.

—¿Un viaje?

—Sí.

Lorenzo lo miró como evaluando si estaba loco.

—¿Quieres mandar a una anciana a África en medio de todo esto? —cuestionó.

—Quiero sacarla del alcance de quien tomó esa foto —rebatió.

Silencio. Luego Lorenzo se recostó en la silla, pensando.

—Una misión religiosa financiada por una fundación —empezó a maquinar.

—Exacto.

—Todo pagado.

—Exacto.

—Tiempo indefinido.

Asintió.

Lorenzo observó a Noah unos segundos más, luego sonrió levemente.

—Eres más manipulador de lo que recordaba.

A Noah no le hizo gracia.

—Ella siempre quiso hacerlo, podríamos hacerla feliz, ya que estamos.

—Entonces esto también la protege a ella.

La sonrisa desapareció de su cara.

—Y mientras tanto traemos a Leah aquí —completó.

Asintió.

—Sí.

—Seguridad completa.

—Sí.

—Casa protegida.

Asintió.

—Hombres vigilando.

—Todos los que hagan falta.

Lorenzo tamborileó los dedos sobre el escritorio.

—Hay otro problema.

—¿Cuál?

—Si el hacker sabe quién es Leah… también lo sabrá cuando desaparezca.

Noah debía admitir que no había pensado en eso.

—Entonces tenemos que hacerlo rápido.

—Muy rápido.

De repente, su teléfono vibró otra vez sobre el escritorio. Ambos lo miraron. El pulso de Noah le empezó a martillear en los

oídos. Al abrirlo, comprobó que en aquella ocasión no había foto. Solo una línea.

Número desconocido: Estás reaccionando exactamente como esperaba.

Su sangre se congeló.

—¿Qué dice?

Le pasó el móvil a Lorenzo, quien lo leyó en silencio.

—Interesante.

Lo fulminó con la mirada.

—No tiene nada de interesante, esto es peor de lo que pensábamos.

—Al contrario —rebatió.

Noah levantó la mirada.

—Significa que te está observando.

Una rabia fría empezó a extenderse por su pecho.

—Cuando lo encuentre…—siseó, furioso, pero Lorenzo lo cortó.

—No lo harás.

—¿Qué?

—No todavía.

Lorenzo dejó el teléfono sobre la mesa.

—Primero protegemos a la chica.

—Sí.

—Luego descubrimos quién está jugando con nosotros.

Noah se pasó una mano por la cara, intentando calmar el impulso de coger el primer avión y volver corriendo a la casa de

Leah.

—Voy a traerla yo.

Lorenzo negó con la cabeza.

—Es demasiado arriesgado.

—No confío en nadie más.

—Noah…

—Nadie.

El silencio se volvió a instalar entre ambos hasta que Lorenzo finalmente habló.

—Bien. Pero si vas a traerla aquí…

Su mirada se volvió más seria.

—Tendrás que empezar a decirle la verdad.

El peso de esas palabras cayó directamente sobre su pecho porque sabía que tenía razón. Le había prometido que se la diría, toda o casi toda.

Miró otra vez la foto de Leah en su teléfono, sonriendo tranquila, sin saber que alguien la observaba desde las sombras, sin saber que en unas horas… su vida iba a cambiar para siempre.

CAPÍTULO 29

Desconocido:

Las pantallas iluminaban la habitación como pequeñas lunas azules.

Seis. Todas llenas de líneas de códigos moviéndose sin parar. El sonido constante de los ventiladores del ordenador era el único ruido en la oscuridad. Eso… y el suave golpeteo de unas teclas; rítmico, preciso, casi elegante. En una de las pantallas aparecía el mismo sistema que llevaba días intentando atravesar.

El ordenador de Lorenzo, su pequeño tesoro lleno de secretos. El *firewall* volvía a bloquear el intento, otra vez. Una sonrisa lenta apareció en la penumbra.

—Bien…

Un susurro suave, casi divertido.

—Sigues aprendiendo.

Los dedos volvieron al teclado, el código cambió, se adaptaba, buscando otro ángulo, otra puerta. Porque siempre había una puerta, solo había que saber verla.

En otra pantalla, apareció algo nuevo.

Un teléfono, un número desconocido, un mensaje enviado hacía pocos minutos. La foto de Leah caminando con su abuela.

El punto rojo del rastreador parpadeó y entonces apareció algo más interesante.

Un nuevo dispositivo conectado, la conexión de Noah.

Los ojos en la oscuridad observaban la actividad; cómo abría la imagen, cómo la ampliaba, cómo se quedaba inmóvil durante unos segundos. Luego todo se aceleró; su ritmo cardíaco se disparó, sus movimientos se volvieron más bruscos. Exactamente como esperaba. Una pequeña risa retumbó en la habitación.

—Sabía que eso iba a volverte loco.

En otra pantalla se abrió una nueva ventana, el despacho de Lorenzo. Cámara externa, no tenía sonido. Pero no era necesario, las imágenes bastaban: Noah entrando como una tormenta, Lorenzo levantando la vista.

Todo se desarrolló exactamente como estaba previsto. Los dedos dejaron de moverse por un momento; observando, estudiando, disfrutando.

—Ahora sí…

El susurro apenas rompió el silencio.

—Ahora me estás mirando.

De repente, un aviso rojo empezó a parpadear en una de las pantallas.

Intrusión detectada.

Frunció el ceño. Eso no estaba en el plan. Otro intento de acceso, pero no se trataba del mismo sistema, no era su conexión. Alguien más estaba intentando entrar en el ordenador de Lorenzo. La sonrisa desapareció, los dedos volvieron al teclado; rápidos, mucho más rápidos. Las líneas de código corrían como una tormenta eléctrica por la pantalla; bloqueo, redirección, colapso del puerto. El intruso desapareció en menos de veinte segundos.

Silencio otra vez. Una respiración lenta llenó la habitación.

—No.

Los ojos volvieron a la pantalla del sistema de Lorenzo.

—Nadie más.

Un dedo recorrió lentamente el borde del teclado.

—Nadie toca lo que es mío.

La cámara del despacho seguía mostrando movimiento. Noah y Lorenzo continuaban hablando, planeando, reaccionando. Exactamente como piezas en un tablero. Perfecto. La mirada volvió al teléfono, a la foto de la chica; Leah. Una inclinación leve de la cabeza.

—Interesante.

Pero fue solo un segundo, porque la pantalla principal volvió a reclamar su atención. Otra vez el sistema de Lorenzo. El firewall seguía firme, protegido, obstinado. Volvió a esbozar una pequeña sonrisa.

—Vamos…—Tecleó nuevamente. —Haz que esto valga la pena.

El código se deslizó por la pantalla como una serpiente, lento, paciente. No intentando entrar, al menos todavía no. Solo tocando los bordes, probando, esperando. En una esquina de la habitación había una mesa, sobre ella… una carpeta abierta. Dentro, varias fotografías, todas del mismo hombre.

Lorenzo.

En reuniones, entrando en coches, hablando por teléfono, caminando… años de imágenes, años observándolo. La más reciente estaba encima de todas, tomada hacía apenas unos días.

Lorenzo bajando de un coche negro frente a su villa.

Una mano apareció en la penumbra y tomó la fotografía, los dedos recorrieron lentamente su borde.

—Tardaste demasiado…

El susurro fue casi una confesión. La foto volvió a la mesa. Las pantallas seguían brillando en la oscuridad y los dedos regresaron al teclado.

—Pero ahora…

Una última sonrisa; fría, paciente.

—Ahora sí vas a verme.

CAPÍTULO 30

A Noah no le gustaba esperar y tenía la sensación de que todo lo que estaba haciendo era eso. Esperar.

El despacho de Lorenzo seguía iluminado por las pantallas cuando volvió a sentarse frente al ordenador. El ataque no había parado todavía. No era constante, tampoco brutal… pero sí persistente.

Como alguien que golpea una puerta con los nudillos. Una vez, luego otra y otra, sabiendo que tarde o temprano alguien abrirá.

—Sigue ahí —murmuró.

Lorenzo estaba detrás de él, sirviéndose un vaso de whisky como si fueran las seis de la tarde y no casi las dos de la madrugada.

—No parece tener prisa.

—No la tiene.

Amplió el tráfico de red. Las rutas de acceso cambiaban cada pocos minutos, nuevas direcciones, nuevos servidores, pero había un patrón: siempre volvía, siempre encontraba la forma de regresar.

—Está jugando con nosotros —adivinó.

—¿Por qué alguien haría eso?

Noah se recostó un poco en la silla.

—Porque puede o porque quiere algo. Pero todavía no sé qué.

Un nuevo intento apareció en la pantalla; bloqueado. Luego otro; bloqueado otra vez. Sus dedos volaron sobre el teclado, reforzando algunas barreras, no porque creyera que las fuera a romper hoy, sino porque quería transmitirle un mensaje: que no eran presa fácil.

El sistema volvió a estabilizarse. Silencio, solo el zumbido de los ventiladores. Apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla y miró el móvil que descansaba sobre la mesa.

Leah.

No la había llamado desde el último mensaje. La idea de que alguien pudiera estar observándola seguía clavada en su pecho como una espina.

—Llámala —le aconsejó Lorenzo.

Lo miró.

—¿Qué?

—Llevas diez minutos mirando ese teléfono.

Noah no respondió. Tenía razón. Cogió el móvil y marcó su número, que dio un par de tonos antes de que atendiera, casi de inmediato.

—¿Noah?

Su voz llegó suave, pero cansada, como si no hubiera dormido bien.

—Soy yo.

—Lo sé.

Cerró los ojos un segundo. Escucharla calmaba algo dentro de él, pero también lo empeoraba. Porque ahora sabía exactamente lo que podría perder.

—¿Cómo estás?

Ella tardó unos segundos en responder.

—Preocupada.

Justo lo que quería evitar.

—Te dije que estaba bien.

—Sí, pero no me dijiste qué está pasando.

Se pasó una mano por la cara.

—Te lo explicaré.

—Eso dijiste antes de irte.

Silencio.

—Lo sé.

—Noah…

Su voz bajó un poco.

—¿Es peligroso?

Miró las pantallas que tenía delante, las líneas de código, los intentos de intrusión. El mensaje con su foto. Sí, era peligroso, mucho, pero no podía decirle eso, todavía no.

—Necesito que vengas a Italia.

Silencio absoluto al otro lado de la línea.

—¿Qué? —exclamó ella, incrédula.

—Voy a ir a buscarte.

—¿Por qué?

Respiró hondo.

—Porque quiero que estés conmigo.

—¿Por qué siento que hay una razón oculta con esto? —inquirió, suspicaz.

—Leah…

—Noah.

Su voz se volvió más firme.

—¿Estoy en peligro?

Su mano se tensó alrededor del teléfono.

—No si estás conmigo —aseguró, con ferocidad.

—Eso significa que sí.

Maldita sea. Cerró los ojos un momento.

—Hay gente moviendo cosas que no deberían moverse.

—¿Qué tipo de gente? —indagó.

—Gente peligrosa.

Ella guardó silencio.

—¿Tiene que ver con lo que realmente haces? —preguntó, provocándole una punzada en el pecho.

No respondió inmediatamente porque esa era exactamente la conversación que había estado evitando.

—Sí.

Del otro lado llegó una respiración profunda.

—Entonces tenías razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre que tu mundo es más oscuro de lo que pensaba.

No lo negó, pues sabía que era cierto.

—Si vienes conmigo —dijo finalmente— voy a contarte más cosas.

—¿Más cosas?

—Sí.

—¿La verdad? —aventuró ella.

Su mirada se perdió en la pantalla, en el sistema que todavía estaba siendo atacado, en el caos que los rodeaba.

—Parte de ella —matizó.

De nuevo, silencio.

—Noah.

—¿Sí?

—No quiero seguir caminando a ciegas.

Se le encogió el corazón.

—Lo sé.

—Entonces deja de esconderme cosas —le pidió.

—Lo intentaré.

No era una promesa y ella lo notó, pero no insistió.

—¿Cuándo vienes?

—Mañana.

—¿Mañana? —repitió, asombrada.

—Sí.

—Eso es muy rápido.

—No tenemos tiempo.

Otra pausa, luego su voz se suavizó.

—Está bien.

El alivio lo golpeó con más fuerza de lo que esperaba.

—¿De verdad? —inquirió, para asegurarse.

—Sí.

—Leah…

—Pero Noah —lo interrumpió —, cuando llegues… quiero que empieces a confiar en mí —añadió y su respiración se volvió un poco más profunda.

Él apretó los dientes, porque eso era exactamente lo que le daba más miedo.

—Lo haré —dijo.

—Te espero entonces.

—Voy a buscarte.

La llamada terminó y dejó el teléfono sobre la mesa. Durante unos segundos nadie habló. Luego, Lorenzo rompió el silencio.

—¿Vendrá? —Noah asintió. —Bien.

—Voy a salir en unas horas.

—Prepararé el avión.

Asintió, conforme.

Sus ojos volvieron a la pantalla. El ataque seguía ahí, persistente, paciente, pero algo cambió de repente. Un nuevo intento; más fuerte, más directo. Frunció el ceño.

—Eso es nuevo —murmuró, para sí. Eso captó el interés de Lorenzo.

—¿Qué pasa?

—Alguien más está intentando entrar.

Lorenzo se acercó.

—¿No es la misma persona? —aventuró.

Noah no vaciló en su respuesta.

—No.

Sus dedos volaron sobre el teclado.

—Es otro sistema —corroboró.

—¿Otro hacker?

—Sí.

Pero antes de que pueda reaccionar…algo extraño ocurrió: el segundo intruso desapareció. Como si alguien hubiera cerrado la puerta de golpe. Las líneas de código volvieron a estabilizarse. Silencio. Parpadeó varias veces.

—Eso es raro —comentó, extrañado.

—¿Qué pasó?

Miró la pantalla unos segundos más; analizando, buscando.

—Nos acaban de defender —constató.

Lorenzo frunce el ceño.

—¿Defender?

Asiento lentamente.

—El hacker que nos está atacando… acaba de bloquear al otro —explicó, aún sin poder creerlo.

—¿Por qué haría eso?

—Esa es exactamente la pregunta.

Se recostó en la silla, pensando, observando el sistema.

—Porque no quiere que nadie más juegue con nosotros.

El silencio que siguió a esa frase fue pesado, muy pesado. Porque implicaba algo inquietante: aquello no era solo un ataque, sino algo más personal y quienquiera que estuviera detrás… no quería compartirlos con nadie.

CAPÍTULO 31

El vuelo de regreso se le hizo eterno. No solo porque fuese largo, sino porque cada minuto lejos de Leah ahora le pesaba el doble. No dejó de mirar el teléfono. Nada. Ningún mensaje nuevo, ninguna foto.

Sin embargo, eso no lo tranquilizaba. Si algo había aprendido en las últimas horas era que quien estuviera detrás de aquello prefería observar antes que actuar y eso era mucho más peligroso.

El jet aterrizó por la mañana y el aire fresco lo golpeó en cuanto bajó del avión. Normalmente, volver allí lo relajaba. Pero no ese día. Ese día todo se sentía distinto, como si cada persona en la calle pudiera estar mirándolo, como si cada coche aparcado pudiera ocultar a alguien.

Subió al coche que Lorenzo dejó preparado.

—A la dirección que te envié —le indicó al conductor.

El hombre asintió sin hacer preguntas.

El trayecto hasta la casa de Leah se le antojó más largo de lo que debería. Cuando finalmente la calle apareció frente a él, su mirada empezó a recorrerlo todo automáticamente. Ventanas, tejados, coches, personas… buscando algo fuera de lugar, pero todo parecía normal, demasiado normal.

El coche se detuvo frente a la casa.

—Espéreme aquí.

El conductor asintió y Noah se bajó.

El sonido de sus pasos sobre el pavimento parecía demasiado fuerte. Cuando llegó a la puerta, dudó un segundo antes de tocar, no porque no quisiera verla sino porque sabía que a partir de ese momento… todo iba a cambiar.

Levantó la mano y tocó. Unos segundos después la puerta se abrió y ahí estaba. Leah, con el cabello un poco desordenado y los ojos cansados, como si tampoco hubiera dormido demasiado.

Pero cuando lo vio… todo cambió.

—Noah…

No esperó. La atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza, hundiendo la cara en su cabello. Leah se quedó quieta un segundo y luego lo rodeó con los brazos.

—Viniste —susurró, como si temiera que fuera un espejismo.

—Te dije que lo haría.

No la soltó inmediatamente porque necesitaba aquello; sentir que estaba bien, que seguía ahí. Cuando finalmente se separó un poco de ella, se percató de que lo observaba con atención.

—Estás tenso —notó.

—Estoy cansado.

—Eso no es lo mismo.

Siempre había sido demasiado perceptiva.

—Podemos hablar dentro —dijo, finalmente.

Ella asintió y entraron en la casa, el olor familiar a té y pan tostado llenaba el aire y entonces, Noah escuchó una voz desde la cocina.

—¿Leah? ¿Quién es?

La abuela apareció un segundo después, pequeña, con su vestido sencillo y una sonrisa amable que, al verlo a él, se volvió más escueta.

—Ah, el muchacho misterioso —comentó, observándolo con calma.

Leah suspiró.

—Abuela…

Pero la mujer ya estaba caminando hacia él.

—Hola, Noah

Le dedicó un asentimiento cargado de respeto.

—Hola, señora.

—No me digas señora, puedes decirme abuela.

Lo estudió un momento, como si intentara ver más allá de lo evidente y luego sonrió.

—Eres más alto de lo que recordaba.

No supo qué responder a eso. Leah puso los ojos en blanco.

—Abuela…

—¿Qué? Solo estoy siendo amable —soltó, para acto seguido señalarle la cocina.

—¿Té?

—Sí, gracias —aceptó él.

Tomaron asiento. La abuela se movía por la cocina con la calma de alguien que no tenía idea del caos que estaba a punto de desatarse y por un segundo… Noah envidió esa paz. Colocó una taza frente a él.

—Entonces —empezó a decir, al tiempo en que se sentaba —. ¿A qué debemos la visita sorpresa?

Leah lo miró, esperando a que dijera algo y supo que el momento había llegado.

—Necesito llevar a Leah conmigo a Italia.

La abuela parpadeó.

—¿Italia?

—Sí.

—¿De vacaciones?

Ojalá.

Leah habló antes de que él pudiera responder.

—No exactamente.

La mujer los miró alternativamente, con los ojos entrecerrados.

—Algo está pasando.

No era una pregunta, sino una afirmación y en ese momento Noah entendió algo importante: Esa mujer podía parecer frágil… pero no era tonta.

—Hay gente peligrosa moviendo cosas —dijo, escuetamente. La abuela guardó silencio, escuchando. —Y creo que Leah estaría más segura conmigo por un tiempo.

—¿Más segura? —Sus ojos se entrecerraron un poco. —¿Segura de qué?

No podía decirle la verdad completa, pero tampoco mentir del todo.

—De personas que podrían intentar usarla para llegar hasta mí.

El silencio reinó en la cocina. Leah bajó la mirada. La abuela los observó durante unos segundos, luego suspiró suavemente.

—Sabía que algo así pasaría —soltó.

Leah levantó la cabeza.

—¿Qué?

—El momento en que tu vida tranquila se encontraría con la suya.

Sus sabios ojos volvieron a centrarse en Noah.

—Noah, ¿la quieres?

La pregunta lo tomó desprevenido, pero respondió sin pensar.

—Sí.

La abuela asintió lentamente, como si esa fuera la única respuesta que necesitaba.

—Entonces protégela.

Un peso extraño se instaló en su pecho porque su confianza se sentía… inmerecida.

—Hay otra cosa —añadió.

La abuela levantó una ceja.

—¿Más sorpresas?

—Recuerdo que una vez habló de algo.

—Hablo de muchas cosas.

—De África.

Sus ojos se iluminaron ligeramente.

—Ah…

Leah sonrió.

—La misión.

—Siempre quiso ir —dijo.

La abuela suspiró.

—Sí… pero nunca fue el momento.

—Podría serlo ahora.

Ambas lo miraron, curiosas.

—¿Cómo? —preguntó Leah.

—Hay una organización religiosa que financia viajes misioneros. A Mozambique —explicó.

No era exactamente mentira, solo… una excusa.

La abuela parpadeó.

—¿Mozambique?

—Sí.

—Eso está muy lejos.

—Lo sé.

Sus ojos se llenaron de algo parecido a la emoción, pero también de duda.

—No podría dejar sola a Leah —repuso, acongojada.

Leah tomó su mano para reconfortarla.

—Abuela… estaré con Noah.

La mujer los observó a ambos, pensando, evaluando y finalmente suspiró.

—Siempre quise ayudar allí —confesó, con un brillo de nostalgia en las pupilas.

Miró a Leah, que asintió con aprobación.

—Entonces hazlo.

La abuela sonrió, pero luego volvió a clavar la vista en Noah, más seria.

—Noah.

—¿Sí?

—Cuídala.

El joven sostuvo su mirada.

—Lo haré —aseguró.

Porque ahora ya no era solo una promesa, sino una necesidad y mientras las observaba a las dos… no pudo dejar de pensar en una cosa: alguien tomó esa foto, alguien las estaba mirando y si ese alguien volvía a acercarse… no iba a gustarle lo que encontraría.

CAPÍTULO 32

La casa estaba demasiado silenciosa. La abuela se había ido a descansar hacía un rato después de la conversación en la cocina, demasiada información para una mañana, demasiadas decisiones. Ahora solo estaban los dos en la habitación de Leah, rodeados de una maleta abierta y ropa esparcida sobre la cama. Ella doblaba una camiseta con movimientos lentos, pensativos y él la observaba desde la puerta, intentando memorizar cada pequeño gesto, porque sabía que cuando la sacara de allí… nada volvería a ser tan simple.

—No tienes que mirarme así.

La voz de Leah rompió el silencio sin que levantara la cabeza.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras esperando a que cambie de opinión.

Noah se apoyó contra el marco de la puerta.

—¿Vas a hacerlo?

Entonces sí, Leah levantó la mirada. Sus ojos oscuros se encontraron con los de Noah.

—No.

Algo dentro de su pecho se relajó un ápice.

—Entonces no veo el problema.

Leah suspiró.

—El problema es que sigo sin entender exactamente en qué me estoy metiendo.

Caminó hasta la maleta y dejó la camiseta dentro, luego se giró hacia él.

—Noah.

—¿Sí?

—¿Qué es lo que realmente haces?

La pregunta quedó flotando entre ambos y él suspiró, pues sabía que llegaría. Caminó lentamente hacia la ventana antes de responder. La calle seguía tranquila, demasiado tranquila.

—Trabajo con sistemas informáticos —reveló.

—Vale —asintió ella, como animándolo a continuar.

—Protección de datos —añadió, sucinto.

—Pero no es toda la verdad —adivinó ella.

Silencio.

—No.

Leah cruzó los brazos.

—Entonces dímela.

Noah se pasó una mano por la nuca, buscando las palabras correctas, porque lo que hiciera en ese momento podía cambiarlo todo.

—Hace años conocí a alguien.

—¿Lorenzo?

La miró.

—Sí.

—¿Quién es realmente? —quiso saber ella.

—Alguien con muchos enemigos.

—Eso tampoco responde la pregunta —espetó, cansada de las ambigüedades.

Noah respiró hondo.

—Lorenzo pertenece a una organización… complicada.

—¿Complicada cómo?

La miró directamente.

—Mafia italiana.

El silencio que siguió a esa revelación fue absoluto. Leah parpadeó. Una vez, luego otra.

—¿Qué tan malo es?

—No sabemos qué está pasando.

Ella se quedó inmóvil unos segundos, procesando.

—¿Y tú trabajas para él?

—A veces.

—¿*Hackeando* cosas?

—Protegiendo cosas —puntualizó.

—Eso suena exactamente igual —protestó ella.

No pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa.

—Más o menos.

Leah caminó lentamente por la habitación, pensando.

—Entonces, la gente peligrosa de la que hablabas…

—Tiene que ver con eso —completó.

—¿Con la mafia?

—Sí.

Se detuvo frente a él.

—¿Estoy en peligro por ti?

La pregunta fue como un golpe directo, pero no iba a mentirle.

—Sí.

Sus ojos se suavizaron un poco.

—Gracias por no mentir —le dijo.

—Prometí no hacerlo.

—Prometiste intentarlo —le recordó.

Tenía razón. Leah suspiró, pasándose una mano por su cabello rojo.

—Nunca pensé que terminaría en una historia así.

—Yo tampoco pensé que terminaría con alguien como tú.

Eso la hizo sonreír un poco.

—¿Alguien como yo?

—Alguien que decide subirse a un avión con un hombre que acaba de admitir que trabaja con la mafia.

Leah se acercó un paso.

—No es solo por eso.

—¿No?

Negó con la cabeza.

—Es porque confío en ti —aseguró, rotunda.

Esas palabras pesaban más de lo que deberían.

—Leah…

—Noah.

Su mano encontró la de él.

—Si me voy contigo… no quiero seguir siendo una espectadora.

—No lo serás.

—Quiero saber lo que pasa —insistió.

—Te lo contaré —accedió él.

—¿Todo? —inquirió, con los ojos entrecerrados.

No respondió inmediatamente. Ella lo notó, pero no insistió.

—Al menos lo suficiente —añadió.

Leah asintió, satisfecha.

—Lo suficiente.

El momento se volvió más silencioso, más íntimo. Sus dedos seguían entrelazados.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó ella, finalmente.

—Esta noche.

—¿Tan pronto?

—Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

Leah miró su habitación con nostalgia. Su casa, su vida.

—Supongo que entonces debería terminar de empacar y avisar a mi trabajo, al menos me deben vacaciones. No creo que sea un problema.

Él la soltó para que volviera a la maleta. Pero antes de que pudiera dar dos pasos siquiera … su teléfono vibró. Ambos giraron la cabeza hacia la mesita. El mismo número desconocido. Una sensación fría recorrió la espalda de Noah.

—¿Quién es? —preguntó Leah.

No respondió. Cogió el móvil y abrió el mensaje. En aquella ocasión no hubo foto, solo texto. Una sola línea.

Número desconocido: Buen movimiento.

Su mandíbula se tensó al ver que debajo apareció otro mensaje.

Número desconocido: Pero no lo suficientemente rápido para descubrirme.

Leah observó su expresión, preocupada.

—Noah…

Él levantó la mirada.

—Tenemos que irnos ahora.

—¿Qué pasó?

Le enseñó la pantalla, ella leyó el mensaje.

—¿Quién es?

«Ojalá lo supiera», pensó, con amargura.

—Alguien que cree que esto es un juego.

Guardó el teléfono en el bolsillo.

—Y no pienso dejar que gane —sentenció.

CAPÍTULO 33

Leah nunca pensó que una maleta pudiera pesar tanto, no por la ropa ni por las cosas que había metido dentro, sino por todo lo que estaba dejando atrás. Su habitación le pareció más pequeña de lo normal mientras terminaba de cerrarla. El clic del cierre sonó más fuerte de lo que debería, como si fuera un punto final.

—¿Lista?

La voz de Noah llegó desde la puerta.

Levantó la mirada. Estaba apoyado en el marco, observándola con esa intensidad silenciosa que siempre tenía, como si analizara todo lo que ocurría a su alrededor, incluso a ella.

—Supongo que sí.

No sonó muy convincente, lo sabía. Él entró en la habitación y tomó la maleta antes de que pueda hacerlo ella.

—Déjame.

—No pesa tanto —protestó.

—Lo sé.

Pero no se la devolvió. Salieron al pasillo, la casa estaba tranquila. La abuela los esperaba en la cocina, sentada frente a la mesa con una taza de té entre las manos. Cuando los vio entrar sonrió, pero había algo distinto en esa sonrisa; más suave, más triste.

—Así que ya es hora.

Leah tragó saliva.

—Sí.

Se acercó para sentarse frente a ella, por un momento nadie dijo nada, solo se escuchaba el leve tintineo de la cucharilla contra la taza.

—Nunca pensé que te irías así —dijo finalmente la abuela.

—Yo tampoco, abu.

—Pero supongo que la vida nunca pregunta antes de cambiarlo todo.

Sus palabras la hicieron sonreír un poco.

—Eso parece.

La abuela dejó la taza sobre la mesa. Extendió la mano para tomar la de su nieta, sus dedos eran cálidos, familiares.

—¿Estás segura?

La pregunta pesaba, pero no dudó. Ya era tarde para eso.

—Sí.

—¿Por él?

Miró a Noah, quien estaba de pie junto a la puerta, observándolas.

—Sí.

La abuela asintió lentamente.

—Entonces confía en tu corazón.

Una presión extraña apareció en el pecho de la chica.

—Voy a echarte de menos.

—Y yo a ti —exclamó ella, conteniendo la emoción.

Se levantó con un pequeño suspiro, luego la abrazó, fuerte, como cuando era una niña.

—Prométeme algo.

—¿Qué?

—Que vas a volver.

Su garganta se cerró un poco.

—Lo prometo.

La abuela se separó. Luego miró a Noah y su expresión cambió ligeramente.

—Ven aquí, muchacho.

Noah pareció sorprendido, pero obedeció. Ella lo observó unos segundos antes de hablar.

—Sé que tu mundo no es sencillo.

Él no respondió.

—Pero si te llevas a mi niña… —Sus ojos se vuelven más firmes. —No la rompas.

El silencio cayó entre los tres. Finalmente, Noah asintió.

—No lo haré.

La abuela lo estudió un momento más. Luego sonrió otra vez.

—Bien.

Después le dio a Leah un pequeño empujón hacia la puerta.

—Vete antes de que empiece a llorar —advirtió.

No pudo evitar reír.

—Abuela…

—Vete.

Leah la abrazó una vez más. Más fuerte, más largo, porque algo dentro de ella sentía que aquel momento era importante, muy importante.

—Te llamaré.

—Todos los días.

—Prometido.

Finalmente, se separaron. Noah tomó la maleta y salieron de la casa. El aire de la tarde era fresco. El coche negro seguía esperando en la calle. Subieron.

Cuando el coche arrancó, Leah miró por la ventana. La abuela seguía en la puerta, agitando la mano. Hasta que doblaron la esquina y desapareció. Sintió el pecho comprimido, como si le faltara algo.

—¿Estás bien?

La voz de Noah era más suave.

Asintió.

Pero no lo estaba del todo, porque todo cuanto conocía acababa de quedarse atrás. El coche avanzó por la ciudad durante un rato. Finalmente, entraron a una zona privada del aeropuerto. Cuando se detuvieron, lo vio. Un avión negro, brillante. Mucho más grande de lo que imaginaba.

Parpadeó.

—Noah…Ese no puede ser.

—Lo es.

Lo miró.

—¿Es tuyo?

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—De Lorenzo.

—Claro.

Salieron del coche. El viento movió el cabello de Leah mientras se dirigían hacia el avión. Ella estaba impresionada, nunca había estado tan cerca de uno así. Nunca había estado en uno así. La escalerilla estaba preparada. Subió detrás de Noah. Cada paso se sentía… irreal. El interior era aún más sorprendente; asientos amplios, mesas, luces suaves… parecía más una sala elegante que un avión.

—Guau.

No pudo evitar soltar un silbido de admiración. Noah dejó la maleta a un lado.

—¿Primera vez?

—¿En un jet privado?

—Sí.

—Creo que eso es bastante obvio —soltó.

Él sonrió un poco.

—Te acostumbrarás.

—Lo dudo.

Se sentó junto a la ventana. El avión empezó a moverse poco después. Experimentó una mezcla extraña de emoción y miedo mientras las luces de la pista pasaban rápidas a su alrededor.

—Noah.

—¿Sí?

—Esto es una locura —expresó.

—Lo sé —corroboró él.

—¿Te arrepientes?

Sus ojos se encontraron y la respuesta estuvo clara.

—No.

El avión aceleró. El estómago de Leah se contrajo, luego todo se volvió ligero y el suelo desapareció. Las luces de la ciudad quedaron reducidas a puntitos debajo de ellos.

—Estamos volando.

—Sí.

Se recostó en el asiento, mirando por la ventana.

—Italia —exclamó, todavía sin poder creerlo.

—Italia —confirmó él.

El vuelo duró varias horas. En algún momento, Leah se quedó dormida. Cuando despertó, comprobó que el cielo fuera de la ventana empezaba a aclararse.

—Ya casi llegamos.

La voz de Noah salió baja.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Sí.

Se incorporó para mirar. Las primeras luces del amanecer iluminaban la costa. Montañas oscuras, pueblos pequeños y finalmente… una gran ciudad.

El avión descendió suavemente. Cuando aterrizaron, miró por la ventana. Había coches negros esperando cerca de la pista y muchos hombres de traje. Todo parecía sacado de una película.

—Bienvenida a Italia —dijo Noah.

Lo miró.

—Esto es real, ¿verdad?

—Muy real.

El avión se detuvo y cuando bajaron Leah entendió algo: aquel ya no era el mundo que conocía. Y, sin embargo, cuando Noah tomó su mano mientras caminaban hacia los coches… no sintió ganas de huir. Solo la sensación inquietante de que su vida acababa de volverse mucho más peligrosa.

CAPÍTULO 34

El aire de Italia siempre olía distinto al amanecer; salado, frío, antiguo… pero ese día Noah apenas lo notó. Sus ojos recorrieron el aeropuerto mientras bajaban del jet. Dos coches, seis hombres. Todos armados, bien pero no suficiente.

La mano de Leah seguía entrelazada con la suya cuando caminaron hacia ellos. Pudo sentir cómo sus dedos se tensaban ligeramente. No era miedo exactamente. Era… incertidumbre. Normalmente, cualquiera se sentiría igual.

—¿Todos estos hombres trabajan para Lorenzo? —preguntó ella, en voz baja.

—Sí.

—¿Siempre es así?

—Casi siempre.

Uno de los hombres abrió la puerta del coche delantero cuando ellos se acercaron.

—Señor.

Él asintió.

—¿Todo tranquilo?

—Sí.

Nunca le había gustado esa palabra. Tranquilo solía ser solo otra forma de decir "por ahora". Subieron al coche. Leah miraba por la ventana mientras salían del aeropuerto. La ciudad empezaba a despertar poco a poco, cafeterías abriendo, gente caminando… Todo parecía completamente normal, pero no iban a la ciudad. El coche tomó una carretera que subía hacia las colinas.

Leah se dio cuenta.

—¿Adónde vamos?

—A la villa de Lorenzo.

—¿Villa?

No pudo reprimir una pequeña sonrisa.

—Lo verás.

El trayecto duró unos veinte minutos. Cuando finalmente atravesaron el portón de hierro, Leah se quedó completamente quieta. La villa apareció al final del camino, rodeada de cipreses altos, piedra clara y ventanas enormes. Era elegante, antigua. Pero lo que más destacaba no era la casa, sino los hombres; dos junto al portón, otros dos cerca de la entrada y uno caminando por el jardín con auricular.

Leah lo notó.

—Esto parece una fortaleza.

—Lo es.

El coche se detuvo frente a la entrada. Bajaron. El aire allí era más fresco, más silencioso.

Leah giró lentamente sobre sí misma, observándolo todo.

—Noah…

—¿Sí?

—¿Cuántas personas viven aquí?

—Depende del día.

—Eso no responde la pregunta.

—Entre veinte y treinta. Lorenzo tiene mucha seguridad, personal de limpieza, mantenimiento y cocina —le explicó.

Sus ojos se abrieron un poco.

—¿En serio? —exclamó, maravillada, a lo que él asintió.

Antes de que pudiera decir algo más, la puerta principal se abrió y Lorenzo apareció. Llevaba un traje oscuro. Impecable como siempre. Sus ojos se dirigieron primero hacia Noah y luego hacia Leah.

—Así que esta es la famosa Leah —comentó.

Leah se tensó un poco a su lado.

—Hola —saludó, nerviosa.

Lorenzo bajó los escalones con calma. Su mirada era intensa, evaluadora, pero no hostil.

—Encantado de conocerte.

Le extendió la mano y ella dudó un segundo antes de estrecharla.

—Yo también.

Lorenzo centró su atención en Noah.

—¿El vuelo fue tranquilo?

—Sí.

Asintió, satisfecho.

—Bien.

Su mirada volvió a Leah.

—Bienvenida a Italia.

—Gracias.

—Espero que Noah no te haya asustado demasiado en el viaje.

Leah le lanzó una pequeña mirada al aludido.

—Digamos que estoy… procesando todo lo que acaba de pasar en las últimas veinticuatro horas.

Lorenzo soltó una risa suave.

—Eso es lo normal.

Luego se giró hacia la casa.

—Entrad, debéis estar cansados.

Lo siguieron. El interior de la villa era tan impresionante como el exterior; suelos de mármol, techos altos y ventanas enormes por donde entraba la luz del amanecer. Sin embargo, Leah no estaba mirando la decoración, sino a los hombres, a los guardaespaldas, a los auriculares, a las cámaras. Todo.

—Noah —susurró.

—¿Sí?

—Esto es mucho más grande de lo que imaginaba.

—Lo sé.

Lorenzo se detuvo en medio del salón.

—Leah tendrá una habitación en el ala este. Allí estará cómoda.

—Gracias —dijo ella.

Entonces Lorenzo se dirigió a Noah.

—Tenemos que hablar.

Él asintió.

—En unos minutos.

Lorenzo se dirigió hacia el despacho. Cuando desapareció por el pasillo, Leah se giró hacia él.

—¿Tengo que preocuparme? —inquirió.

—No.

—Eso no me tranquiliza mucho.

Él tomó su mano con delicadeza.

—Estás segura aquí.

—¿De verdad?

—Sí.

Leah lo estudió con fijeza, como evaluándolo, antes de soltar la bomba.

—Entonces dime algo.

—¿Qué? —inquirió él, receloso.

—¿Puedo salir?

Esa pregunta era inevitable. Respiró hondo.

—No sola.

La respuesta la golpeó más de lo que esperaba.

—¿Qué?

—Al menos por ahora.

—Noah…

—Es temporal —se excusó él.

—¿No se supone que aquí estoy segura? —rebatió.

—Sí, pero solo dentro de estas paredes.

—¿Y ellos saben que estoy aquí?

Noah no contestó de inmediato y eso ya fue respuesta suficiente.

—Genial —murmuró.

—Leah…

Ella suspiró.

—No estoy enfadada. Solo… necesito acostumbrarme.

—Te acostumbrarás —aseguró él, acariciándole el brazo.

—Eso espero.

Un segundo después el teléfono de Noah vibró en el bolsillo. Una sensación familiar y desagradable le recorrió la espalda. Lo sacó y vio que era un número desconocido, otra vez. Abrió el mensaje.

Una sola frase.

Número desconocido: Italia le queda bien, Leah es muy bonita.

Se le heló la sangre. El jardín, los hombres, la villa… todo parecía igual. Pero ahora sabía algo. Alguien seguía observándolos. Incluso allí.

—¿Noah? —preguntó Leah, preocupada.

Guardó el teléfono lentamente y forzó una sonrisa.

—No es nada —mintió. Pero en su cabeza solo había una idea: quien estuviera detrás de aquello… acababa de demostrar que la distancia no significaba absolutamente nada.

CAPÍTULO 35

La villa era demasiado grande.

Noah le había dicho que era solo una casa segura, un lugar donde nadie podría encontrarlos, pero aquello no se parecía a ninguna casa que Leah hubiera visto antes. Era una construcción antigua, de piedra clara, rodeada de cipreses altos que parecían custodiar el terreno como soldados silenciosos.

Todo estaba en calma, quizás incluso demasiada.

Leah caminó lentamente por el pasillo que la mujer del servicio le había mostrado unos minutos antes. Sus pasos se perdían en el mármol del suelo y el eco suave de cada movimiento hacía que el silencio pesara aún más.

Italia.

Si alguien le hubiera dicho una semana atrás que terminaría en Italia, en una villa enorme, escondida con un hombre que había admitido trabajar para la mafia… habría pensado que estaban bromeando o que se habían vuelto locos. Pero ahí estaba, su mano apretó con fuerza el teléfono. No había nuevos mensajes. Miró la hora, su abuela probablemente ya estaría durmiendo. En unas pocas horas comenzaría el viaje con el que llevaba soñando toda la vida. Mozambique.

Leah cerró los ojos un momento. Aún podía ver la expresión de su abuela cuando le contó lo de la misión. La emoción, la ilusión

en su mirada. Ella siempre había querido ayudar a otros. Enseñar, cuidar, llevar su fe a lugares donde la gente necesitaba esperanza.

Leah había fingido sonreír, había fingido que todo estaba bien porque la alternativa habría sido decirle la verdad. Que su nieta estaba escondida en Italia con un *hacker* obsesivo y un mafioso italiano porque alguien estaba jugando con información peligrosa.

Suspiró.

Cuando abrió la puerta de la habitación que le habían asignado, se detuvo en seco. Era enorme. Una cama grande con dosel ocupaba el centro, cubierta con sábanas blancas impecables. Las ventanas altas dejaban ver la oscuridad del jardín y, a lo lejos, las colinas iluminadas por el amanecer, lleno de colores vivos. Era precioso y completamente ajeno.

Leah dejó la maleta sobre la cama y se sentó despacio en el borde. El silencio volvió a envolverla. Allí no había ruido de coches, ni vecinos, ni la televisión de su abuela encendida en el salón. Nada, solo su respiración, y entonces se dio cuenta de algo que la golpeó con fuerza. No tenía a dónde volver, su abuela se iría a África, su casa quedaría vacía y ella…ella estaba allí, en el mundo de Noah.

Se frotó los ojos con la palma de la mano, intentando apartar la sensación incómoda que comenzaba a crecer en su pecho. Un golpe suave en la puerta la hizo levantar la cabeza. No necesitó preguntar quién era.

—Adelante.

La puerta se abrió lentamente. Noah entró.

Seguía vestido igual que durante el viaje, con esa camiseta negra y los pantalones oscuros que parecían absorber la poca luz de la habitación. Sus ojos, que no dejaban de sorprenderla —la heterocromía era muy llamativa—, la recorrieron con atención inmediata, como si estuviera comprobando que seguía ahí, como si temiera que hubiera desaparecido.

—¿Estás bien? —preguntó.

Leah soltó una pequeña risa sin humor.

—No lo sé —admitió.

Noah cerró la puerta tras de sí.

—Es mucho para asimilar.

—Eso es una forma muy elegante de decirlo.

Él avanzó un par de pasos y Leah levantó la mirada hacia él.

—Noah…

Su voz salió más frágil de lo que esperaba.

—¿Esto es tu vida?

Noah frunció ligeramente el ceño.

—¿A qué te refieres?

Leah señaló a su alrededor.

—Esto. Esconderte, casas seguras, mafiosos, gente intentando *hackear* ordenadores con información peligrosa.

El silencio cayó entre ellos durante unos segundos. Noah la observó con una intensidad que hizo que se olvidara de respirar, pero luego negó lentamente.

—No me escondo.

Leah arqueó una ceja.

—¿Ah, no? —cuestionó.

Él dio un paso más cerca. Su voz salió baja, oscura.

—Me preparo.

Leah sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Había algo en la forma en que lo dijo, frío, algo que le recordaba que Noah no era solo el hombre que la miraba como si ella fuera lo único importante

en el mundo. También era alguien capaz de cosas que probablemente ella ni siquiera imaginaba.

Bajó la mirada.

—Mi abuela se va mañana.

Noah se quedó quieto.

—Lo sé.

—Cuando suba a ese avión… —murmuró Leah—, voy a estar completamente sola.

El silencio volvió a caer. Noah dio el último paso que los separaba y se agachó frente a ella. Sus manos se apoyaron suavemente en las rodillas de Leah.

—No.

Leah levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. Como siempre, la intensidad de Noah era casi abrumadora.

—No vas a estar sola —repitió él.

Leah tragó saliva.

—Noah…

—Estoy aquí.

—Eso es lo que me asusta.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, pero no eran una mentira. Noah no se apartó, tampoco se enfadó, solo la observó. Como si estuviera intentando descifrar cada emoción que cruzaba por su rostro.

—¿Te arrepientes? —preguntó, en voz baja.

Leah negó de inmediato.

—No.

Era verdad y eso era lo que más la aterraba, no se arrepentía. A pesar de todo, del peligro, del mundo oscuro en el que acababa de entrar.

Noah inspiró lentamente. Luego se levantó. Leah pensó que iba a irse, pero en lugar de eso rodeó la cama y se sentó a su lado. Su mano encontró la de ella, sus dedos se entrelazaron con naturalidad.

—Esta casa es segura —dijo—. Nadie puede entrar aquí sin que lo sepamos.

Leah apoyó la cabeza en su hombro sin pensarlo demasiado.

—Eso no significa que me sienta segura.

Noah inclinó la cabeza ligeramente hasta apoyar la barbilla sobre su cabello.

—Lo sé.

El silencio que siguió fue distinto, más suave. Leah cerró los ojos.

—No quiero dormir sola esta noche.

La confesión salió en un susurro. Noah no respondió enseguida, pero rodeó sus hombros con un gesto firme, siempre protector.

—No tienes que hacerlo.

Leah sintió cómo el peso en su pecho se aligeraba un poco, muy poco, pero suficiente para poder respirar, porque aunque el mundo de Noah fuera oscuro… estar sin él le daba aún más miedo.

CAPÍTULO 36

Leah durmió al menos durante unas horas. La tenía apoyada contra su pecho, respirando despacio, su mano aún enredada en la camiseta negra que él llevaba puesta. Incluso dormida temía que desapareciera. Noah permaneció despierto, observando el techo y escuchando cada pequeño sonido de la villa. Años de costumbre hacían imposible apagar su mente cuando algo no encajaba y aquello…no encajaba.

Muy despacio, apartó el brazo de Leah, con cuidado de no despertarla. Ella se movió un poco entre las sábanas, murmuró algo incomprensible y volvió a quedarse quieta. Noah la observó durante unos segundos: el cabello rojo extendido sobre la almohada, el ceño ligeramente fruncido incluso dormida. Algo dentro de su pecho se tensó.

Aquello iba a explotar, lo sabía, siempre lo había sabido. Solo que nunca imaginó que ocurriría cuando ella ya formara parte de su vida.

Se levantó en silencio. Cuando cerró la puerta de la habitación, el pasillo estaba completamente oscuro. Bajó las escaleras con pasos silenciosos. La sala de control de Lorenzo estaba iluminada, llena de pantallas, cables y líneas de código moviéndose sin parar.

Lorenzo estaba sentado frente al ordenador principal con un vaso de whisky en la mano. No parecía especialmente cansado, sino

más bien irritado.

—Pensé que dormirías más —dijo, sin apartar la vista de la pantalla.

Noah se acercó.

—No cuando alguien juega con tus sistemas.

Lorenzo soltó una pequeña risa seca.

—No está jugando.

Noah apoyó las manos en la mesa y observó las líneas de código. Entradas, salidas, puertas abiertas que volvían a cerrarse… eran rastros dejados con una precisión quirúrgica.

—Sí lo está haciendo —lo contradijo.

Lorenzo lo miró por primera vez.

—Explícate.

Noah señaló la pantalla.

—Mira esto.

Amplió varias ventanas, direcciones encriptadas, accesos temporales, códigos que aparecían… y desaparecían.

—No está intentando romper el sistema —señaló Noah—. Podría hacerlo si quisiera.

Lorenzo frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Noah giró la pantalla hacia él.

—Porque ya estuvo dentro.

El silencio se hizo pesado.

—Entró hace horas —continuó Noah—. Lo suficiente para analizar toda tu estructura.

—¿Y por qué no hizo nada?

Noah se reclinó ligeramente en la silla.

—Porque no quiere.

Lorenzo apretó la mandíbula.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que lo tiene —rebatió.

Noah volvió a mirar las líneas de código, había algo en el patrón, algo familiar que no era agresivo, era más bien provocador.

—Esto no es un ataque —dijo finalmente.

Lorenzo lo observó, sin dar crédito.

—Entonces qué demonios es.

Noah levantó la vista.

—Alguien está jugando contigo.

El silencio que siguió fue más pesado que el anterior. Lorenzo dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—Nadie juega conmigo.

Noah no respondió. Se inclinó sobre el teclado y comenzó a escribir líneas nuevas, filtros, rastreo inverso, bloqueos.

Durante varios minutos ninguno habló, solo se escuchaba el sonido de las teclas. Entonces… algo apareció en la pantalla, un pequeño fragmento de código que no estaba allí antes. No había entrado por ninguna de las puertas que Noah estaba vigilando. Simplemente…apareció.

Noah se quedó quieto. Lorenzo lo vio.

—¿Qué pasa?

Noah señaló la pantalla.

—Eso.

Lorenzo se inclinó hacia delante. Era un mensaje, pequeño, oculto entre miles de líneas, pero perfectamente visible si sabías dónde mirar.

Lorenzo lo leyó en voz baja.

—¿Ya me miras?

El silencio cayó como una piedra en la habitación.

Noah se recostó lentamente en la silla. Interesante, muy interesante. Porque aquello confirmaba algo que llevaba un rato sospechando.

—¿Quién demonios es? —murmuró Lorenzo.

Noah observó el código unos segundos más, luego cerró varias ventanas. El mensaje desapareció, pero la sensación permanecía.

—No lo sé —admitió.

Lorenzo apretó los dientes.

—Pues averígualo.

Noah apoyó los codos en la mesa, su mirada volvió a recorrer el sistema. El patrón, las entradas, las provocaciones… Todo estaba demasiado calculado.

—Esto no es alguien intentando destruirte.

Lorenzo lo miró con evidente irritación.

—Ya me lo dijiste.

Noah levantó la vista. Sus ojos se encontraron.

—Es alguien que quiere que lo encuentres.

El ceño de Lorenzo se frunció aún más.

—¿Por qué alguien haría eso?

Noah se encogió ligeramente de hombros.

Pero por dentro su mente ya estaba trabajando. Porque quienquiera que fuera ese hacker… no quería dinero, no quería información, no quería guerra. Quería atención y había elegido a Lorenzo para conseguirla. Noah miró una vez más el lugar donde el mensaje había aparecido y por primera vez desde que había llegado a Italia… sonrió ligeramente

—Esto se va a poner interesante.

CAPÍTULO 37

Leah despertó con una sensación extraña. Durante unos segundos no supo dónde estaba, el techo era demasiado alto, las sábanas demasiado suaves, el aire olía distinto. Entonces recordó: Italia, la villa, Noah.

Abrió los ojos lentamente.

La cama estaba vacía. El lado donde él había dormido aún conservaba el calor, pero él ya no estaba allí. Leah se incorporó despacio, apartando el cabello rojo de su rostro. La habitación estaba bañada por una luz dorada que entraba por las ventanas enormes. Era precioso pero, aun así, algo en su pecho se sentía pesado.

Tomó el teléfono de la mesita y vio que había un mensaje.

Noah: Estoy abajo. No quise despertarte.

Leah exhaló lentamente.

Otra notificación apareció justo debajo. Su abuela.

El corazón le dio un pequeño vuelco. Contestó la videollamada de inmediato, la imagen tardó unos segundos en aparecer. Cuando lo hizo, la cara de su abuela llenó la pantalla.

Sonreía, radiante. Detrás de ella Leah reconoció el pequeño salón de la casa, el mismo sofá de siempre, la misma lámpara, el

mismo cuadro torcido que su abuela nunca terminaba de enderezar. Un nudo se formó en su garganta.

—¡Leah! —exclamó su abuela—. Mi pequeña, ¿cómo estás?

Leah intentó sonreír.

—Bien… ¿y tú?

—¡Nerviosa! —dijo la mujer con una pequeña risa—. Nunca he viajado tan lejos.

Leah apoyó la espalda contra el cabecero de la cama.

—Lo sé.

La emoción en la voz de su abuela era imposible de fingir.

—No puedo creer que por fin vaya a hacerlo —continuó—. Siempre soñé con ayudar allí. Con enseñar, con cuidar… con llevar la palabra de Dios a quienes más lo necesitan.

Leah tragó saliva.

—Lo sé, abuela.

—Si tu abuelo estuviera vivo… estaría tan orgulloso.

Leah sintió cómo el pecho se le apretaba.

—Yo también lo estoy —aseguró, con ternura.

La mujer la observó con atención.

—Pareces cansada.

Leah soltó una pequeña risa.

—Ha sido una semana… intensa.

—Eso es lo que pasa cuando uno se enamora —dijo su abuela, con una sonrisa traviesa.

Leah se quedó quieta.

—Abuela…

—¿Qué? —respondió, con inocencia—. No soy tonta, Leah. Sé cómo lo miras.

El calor subió por el cuello de Leah.

—No lo miro de ninguna manera.

—Claro que sí.

Leah suspiró. Era imposible discutir con ella.

—Es complicado.

La sonrisa de su abuela se suavizó.

—Las cosas que valen la pena casi siempre lo son.

Leah bajó la mirada.

—No sé si su mundo es para mí.

Hubo un pequeño silencio.

—Dios pone a las personas en nuestro camino por una razón —contestó la mujer finalmente.

Leah levantó la vista.

—¿Incluso a los hombres peligrosos? —aventuró, insegura.

Su abuela sonrió.

—Sobre todo a esos. Chiquita, yo sé que aunque me apoyes y me acompañes no tienes la misma relación con Dios que yo tengo. Nunca quise imponerte ni obligarte, la religión es algo muy personal y cada uno lo lleva como desea. Hace tiempo que llevo pidiéndole a Dios alguien que te cuide y te quiera, yo no estaré para siempre y mi único deseo es que seas feliz. Algo en mí me dice que Noah es la persona que Dios envió para ti.

Leah negó con la cabeza.

—No deberías decir eso.

—¿Por qué?

—Porque no sabes lo que Noah es capaz de hacer.

La mujer la observó durante unos segundos. Luego dijo algo que dejó a Leah sin palabras.

—Lo que sé es que ese muchacho te mira como si fueras lo único que importa en el mundo.

Leah sintió un pequeño temblor recorrerle el pecho.

—Eso no significa que sea bueno para mí.

La mujer se encogió de hombros.

—Quizá no. Pero eso tendrás que descubrirlo tú.

Leah suspiró.

—Te voy a extrañar.

La sonrisa de su abuela se volvió más suave.

—Yo también.

—Todo va a sentirse muy vacío sin ti.

—Es temporal, cariño. Volveremos a vernos pronto.

—¿Cuándo embarcas? —preguntó.

—En un par de horas.

El nudo en su pecho se apretó un poco más.

—Prométeme que me llamarás cuando llegues.

—Claro que sí.

Su abuela inclinó ligeramente la cabeza.

—Y tú prométeme algo.

—¿Qué? —inquirió, expectante.

—Que no vas a huir.

Leah frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

—De Noah —respondió su abuela.

El nombre quedó suspendido entre ellas.

—A veces —continuó la mujer—, las personas aparecen en nuestra vida cuando más las necesitamos.

Leah sintió cómo el corazón le latía un poco más rápido.

—Eso no significa que vaya a quedarse.

La mujer sonrió.

—Quizá no, pero eso no significa que debas tener miedo de lo que sientes —le aconsejó, con la sabiduría que le daban los años.

Leah no supo qué decir.

—Cuídate —murmuró finalmente.

—Tú también, mi chiquita.

La llamada terminó. La pantalla del teléfono se quedó en negro.

Leah permaneció sentada en la cama varios segundos más, pensando. Su abuela subiría a ese avión, volaría al otro lado del mundo y ella… ella se quedaría allí, en Italia, en la vida de Noah. Una vida llena de secretos, de peligro, de cosas que todavía no entendía.

Leah apoyó la frente contra el teléfono y, por primera vez desde que había llegado a la villa comprendió algo con total claridad: ya no tenía un lugar seguro al que volver. Ahora…su único lugar era Noah.

CAPÍTULO 38

La villa parecía tranquila.

Noah apoyó una mano sobre la mesa mientras observaba las pantallas frente a él. El sistema de seguridad de la propiedad ocupaba casi toda la pared: cámaras exteriores, sensores de movimiento, accesos digitales, perímetro térmico. Todo en orden, pero eso no lo tranquilizaba. Porque el problema no estaba allí, el problema estaba dentro de un sistema que alguien había decidido convertir en un juego.

—¿Has dormido algo?

La voz de Lorenzo sonó a su espalda. Noah ni siquiera se giró.

—Un poco.

—Mentira —soltó este, que lo conocía bien.

Noah soltó una pequeña exhalación por la nariz.

—¿Y tú?

—Tampoco.

Noah finalmente se dio la vuelta. Lorenzo llevaba la misma camisa de la noche anterior, las mangas arremangadas y el rostro marcado por una irritación evidente. El mafioso italiano no estaba acostumbrado a que alguien lo desafiara. Mucho menos de esa manera.

—Tu amigo volvió a entrar —dijo Noah.

Lorenzo apoyó las manos en la mesa.

—No es mi amigo.

—Entonces es alguien que quiere serlo —repuso, ligeramente burlón.

—No me hagas perder la paciencia —espetó Lorenzo, irritado.

Noah giró la pantalla hacia él.

—Mira.

Lorenzo observó las líneas de código. Una entrada, una salida, un pequeño acceso. Nada realmente peligroso.

—¿Eso es todo?

—Por ahora.

Lorenzo levantó la vista.

—¿Y qué significa?

Noah cruzó los brazos.

—Que quiere que sepamos que está ahí.

—Eso ya lo sabemos.

—No —corrigió Noah, con calma—, quiere que tú lo sepas.

El silencio cayó entre los dos. Lorenzo entrecerró los ojos.

—Explícate.

Noah señaló la secuencia de accesos.

—Mismo patrón, misma puerta y misma firma.

—¿Firma?

Noah amplió un fragmento del código. No era algo evidente, no para cualquiera. Pero él lo veía, los pequeños detalles. Una forma concreta de encriptar, una manera muy específica de ocultar rutas. Era como una huella.

—Esto no es alguien intentando romper tus sistemas —dijo Noah.

—Eso ya lo dijiste anoche.

—Porque sigue siendo cierto.

Lorenzo se inclinó más cerca de la pantalla.

—Entonces dime qué demonios quiere.

Noah tardó unos segundos en responder. Porque cuanto más lo analizaba…más claro se volvía.

—Atención.

Lorenzo se quedó completamente quieto.

—¿Perdón?

—Esto es un espectáculo.

Noah volvió a girar la pantalla hacia él.

—Podría haber destruido varias capas de seguridad ya.

—No lo hizo.

—Podría haber robado información.

—Tampoco lo hizo —repitió Lorenzo, que empezaba a entender todo.

—Podría haberse quedado dentro del sistema sin que lo notáramos, pero en cambio…

Noah señaló la última entrada registrada.

—Hace esto.

Entrada, salida, entrada, salida. Como si tocara el timbre de una casa.

Lorenzo apretó la mandíbula.

—¿Estás diciendo que alguien está jugando conmigo?

—Exactamente.

El mafioso italiano soltó una risa seca, pero no tenía nada de humor.

—Eso es un error muy grande.

Noah se encogió ligeramente de hombros.

—Probablemente.

—¿Crees que es alguien de fuera? —inquirió, suspicaz.

Noah negó despacio.

—No.

Lorenzo lo miró con atención.

—¿Por qué?

Noah señaló varios fragmentos del sistema.

—Conoce la estructura, las rutas internas, los accesos antiguos, los parches de seguridad…

Lorenzo frunció el ceño.

—Eso no es información pública.

—Exacto.

El silencio volvió a instalarse entre ellos. Más pesado esta vez.

—Entonces es alguien de dentro —caviló Lorenzo finalmente.

Noah no respondió, pero su mirada lo decía todo.

Alguien que conocía su mundo, alguien que sabía exactamente cómo llamar su atención. Lorenzo pasó una mano por su barba con gesto pensativo.

—Si es alguien de dentro… su error es aún mayor.

—Tal vez no lo vea como un error.

Lorenzo levantó la vista.

—¿Qué quieres decir?

Noah se apoyó contra la mesa.

—Tal vez es exactamente lo que quiere.

—¿Qué cosa?

Noah sostuvo su mirada.

—Que la busques —aclaró.

Durante unos segundos ninguno de los dos habló. Entonces Lorenzo negó con la cabeza.

—No voy a perseguir fantasmas.

Noah miró la pantalla una vez más. Las líneas de código seguían moviéndose, silenciosas y pacientes.

—No tendrás que hacerlo.

Lorenzo arqueó una ceja.

—¿Por qué?

Noah señaló el sistema.

—Porque va a volver.

El mafioso italiano cruzó los brazos.

—¿Qué tan seguro estás?

Noah sonrió apenas.

—Si alguien se toma tantas molestias para llamar tu atención… no se va a rendir tan rápido —repuso, convencido.

El silencio volvió a instalarse en la sala. Pero aquella vez era distinto, porque ambos sabían algo: el juego apenas había empezado y quien estaba al otro lado… disfrutaba demasiado como para detenerse ahora.

CAPÍTULO 39

Desconocido:

El silencio era su aliado. Siempre lo había sido. La habitación estaba casi a oscuras, iluminada únicamente por el resplandor frío de varias pantallas. Líneas de código se desplazaban lentamente, reflejándose en unos ojos azules que observaban con paciencia.

No tenía prisa, nunca la había tenido. El error más común de los hombres como Lorenzo era ese: creer que la guerra se ganaba con fuerza. Pero la verdadera ventaja estaba en la espera, en saber exactamente cuándo moverse.

Los dedos se deslizaron sobre el teclado con facilidad, escribiendo comandos que apenas necesitaba pensar. Era un lenguaje natural, una extensión de su mente: acceso, salida, puerta cerrada y otra abierta.

El sistema de Lorenzo era impresionante. No cualquiera podía atravesarlo, ni siquiera acercarse demasiado sin activar varias alarmas. Pero ella lo conocía bien, muy bien, ya que había pasado años estudiándolo, mejorándolo. Rompiéndolo en su cabeza antes siquiera de tocarlo.

Una pequeña ventana apareció en la pantalla. Las cámaras internas de la villa. Allí estaba Lorenzo, de pie frente a una mesa llena de pantallas, con ese gesto serio que parecía permanente en su rostro.

Ella inclinó ligeramente la cabeza.

Era curioso, durante años había estado allí, no físicamente pero sí en cada sistema, en cada mejora, en cada fragmento de código que su familia había comprado o robado y aun así… Lorenzo nunca había reparado en ella. Un pequeño error, uno que estaba empezando a corregir. Sus ojos se movieron hacia otra pantalla, otra cámara, otro rostro. Noah. Ella lo observó durante unos segundos. El famoso hacker, el protegido de Lorenzo, el chico que había aprendido todo de él. Interesante, sin duda, pero no era el objetivo.

—Tú no —susurró.

Noah era inteligente, mucho. Había detectado el patrón demasiado rápido, había entendido que aquello no era un ataque. Eso la había hecho sonreír, pero aun así… no era a él a quien quería.

La pantalla principal volvió a mostrar el sistema de Lorenzo. Los rastreos que Noah había activado, los bloqueos nuevos, las trampas. Había puesto más seguridad desde la noche anterior. Eso también la hizo sonreír. Bien, que se esforzara, que intentara atraparla, que la buscara. Eso era exactamente lo que quería.

Trazó líneas nuevas, un acceso mínimo. Lo suficiente para volver a entrar, lo suficiente para que él lo notara. Una puerta que se abría y se cerraba como si fuera una invitación.

—Vamos… —murmuró.

En la pantalla apareció la interfaz del sistema principal, las defensas se activaron de inmediato; alarmas silenciosas, rastreo automático. Perfecto, eso significaba que él estaba mirando. Sus ojos brillaron ligeramente.

—Encuéntrame.

Durante un instante pensó en revelarse, solo un poco, una pista más clara o un nombre. Pero no, todavía no. La diversión apenas estaba comenzando.

Se reclinó en la silla.

En otra pantalla apareció un archivo que había estado revisando. Era información antigua, fotografías, pero una de ellas llamó su atención: un hombre, cabello oscuro, mirada dura. Lorenzo. La imagen tenía años, pero la expresión era exactamente la misma; seria impenetrable, inalcanzable. Durante mucho tiempo había creído que él nunca la miraría, que nunca vería más allá de los acuerdos entre familias, de las reuniones, de la política de la mafia. Pero eso iba a cambiar, porque ahora… no tenía más remedio que mirarla.

Sus dedos se movieron una vez más sobre el teclado, un último pequeño acceso, otra puerta abierta, otra señal. Un mensaje breve escondido dentro del código, algo que sabía que él terminaría encontrando. Sonrió mientras lo enviaba.

—Vamos, Lorenzo…

La pantalla volvió a llenarse de códigos y la guerra silenciosa continuó.

—Encuéntrame.

CAPÍTULO 40

Desde fuera parecía un lugar tranquilo, casi idílico. Las colinas se extendían más allá de los jardines, los cipreses se movían suavemente con el viento y el sol de la tarde bañaba las paredes de piedra con un tono cálido. Pero dentro… dentro todo estaba en alerta.

Noah llevaba casi una hora frente al ordenador principal revisando los sistemas de seguridad de la villa. Cámaras, sensores, conexiones externas. Todo estaba cerrado, todo parecía perfecto y aun así algo no le gustaba. Se inclinó hacia delante y volvió a revisar una de las rutas de acceso remoto que había detectado esa mañana. Había desaparecido, no había sido borrada, simplemente cerrada. Como si quien la hubiera abierto hubiera decidido retirarse por el momento.

—¿Sigues con eso?

La voz de Lorenzo llegó desde la puerta. Noah no levantó la vista.

—Sí.

Lorenzo entró en la sala con pasos tranquilos. Llevaba un teléfono en la mano y una expresión pensativa que Noah había aprendido a reconocer. Algo había cambiado.

—No lo encontrarás hoy —dijo el italiano.

Noah cerró una ventana del sistema.

—Tal vez no.

—Entonces deja de mirarlo como si fuera a saltar de la pantalla.

Noah finalmente levantó la cabeza.

—¿Ha pasado algo?

Lorenzo lo observó durante unos segundos antes de responder.

—Quizá.

Noah se recostó ligeramente en la silla.

—Eso suena interesante.

Lorenzo apoyó el teléfono sobre la mesa.

—Uno de mis hombres interceptó algo esta mañana.

Noah entrecerró los ojos.

—¿Qué tipo de algo?

—Una consulta —respondió, esperando a que preguntara más.

—¿Sobre?

Lorenzo lo miró directamente.

—Sobre ti —aclaró.

El aire pareció volverse un poco más pesado. Noah no reaccionó de inmediato.

—Eso no es raro.

—Depende.

Lorenzo cruzó los brazos.

—La consulta venía de un servidor privado. Muy bien protegido y muy bien pagado.

Noah frunció ligeramente el ceño.

—¿Y?

Lorenzo deslizó el teléfono hacia él.

—Lee.

Noah tomó el dispositivo. En la pantalla había una captura de un sistema de búsqueda interno. No era algo que cualquiera pudiera consultar. Era una base de datos utilizada por gente con recursos. Mucha gente con recursos.

Sus ojos recorrieron la información. Nombre. Alias. Actividad digital. Ubicación aproximada de movimientos recientes.

Noah apretó la mandíbula.

—¿Quién está buscando esto? —inquirió, tenso.

—Todavía no lo sabemos.

Noah dejó el teléfono sobre la mesa.

—¿Cuándo?

—Hace unas horas.

—¿Solo una consulta?

—Por ahora.

El silencio se alargó unos segundos. Noah volvió a mirar las pantallas, su mente ya estaba trabajando. Si alguien estaba investigándolo… podían seguir el rastro y si seguían el rastro…podían encontrar cosas que él no quería que encontraran. Sus movimientos recientes, los vuelos, accesos y lugares, como esa villa.

Lorenzo lo observaba con atención.

—Estás pensando demasiado rápido.

Noah se levantó de la silla.

—Estoy pensando lo suficiente.

—¿Crees que está relacionado con el *hacker*?

—No lo sé.

Sin embargo, algo dentro de él decía que no era casualidad. Demasiadas cosas ocurriendo al mismo tiempo. El juego con los sistemas de Lorenzo, las consultas sobre él, la aparición repentina de alguien con habilidades suficientes para provocar a una de las mafias más poderosas de Italia.

Noah caminó hasta una de las ventanas que daban al jardín. Desde allí podía ver el perímetro de seguridad, cámaras ocultas, sensores, guardias. Todo parecía tranquilo, pero la tranquilidad era solo apariencia.

—Aumenta la seguridad —dijo finalmente.

Lorenzo levantó una ceja.

—Ya está aumentada.

—Más.

El mafioso italiano lo observó con interés.

—¿Te preocupa algo en particular?

Noah tardó unos segundos en responder. Pensó en Leah, en su expresión aquella mañana, en la forma en que había dicho que no quería quedarse sola. Su mirada volvió a recorrer el jardín.

—Sí.

—¿Qué?

Noah se giró hacia Lorenzo. Su voz salió baja, fría.

—Que alguien descubra que ella existe —admitió.

El italiano lo observó en silencio. Luego asintió lentamente.

—Entiendo.

Noah volvió a mirar las pantallas. Si alguien estaba buscando información sobre él…solo era cuestión de tiempo. Porque cuando

empezaran a seguir sus movimientos recientes… aparecería una constante. Leah. Y eso… eso no iba a permitirlo. Lorenzo tomó el teléfono de la mesa.

—Daré nuevas órdenes.

Noah asintió apenas. Pero su mente ya estaba varios pasos por delante. Porque si alguien decidía acercarse a la villa… si alguien pensaba que podía usar a Leah para llegar a él…entonces no iba a haber negociación. No iba a haber advertencias, solo una respuesta. Noah apoyó las manos en la mesa y miró el sistema de seguridad una vez más y su voz salió tan tranquila como peligrosa.

—Si vienen a por ella…—levantó la vista hacia Lorenzo —no voy a dejar a nadie vivo para contarlo.

CAPÍTULO 41

El silencio en la sala de control ya no era cómodo.

Las pantallas seguían llenas de códigos, pero el movimiento constante de líneas verdes y blancas ya no significaba peligro inmediato. El sistema estaba estable. Ninguna intrusión activa, ninguna alarma nueva. Y aun así, Noah no confiaba en esa calma.

Se recostó ligeramente en la silla, pasando una mano por la nuca mientras volvía a revisar los registros. Entrada, salida, acceso mínimo. El mismo patrón de siempre, era casi elegante. Quien estuviera al otro lado tenía habilidad, paciencia… y una intención muy concreta.

Lorenzo apareció en el umbral con un vaso de café en la mano.

—Sigues mirándolo como si fuera a confesarte algo.

Noah no apartó la vista de la pantalla.

—A veces lo hacen.

—Los ordenadores no hablan.

—El código sí —contradijo.

Lorenzo entró en la sala con paso tranquilo y dejó el vaso sobre la mesa.

—¿Algo nuevo?

Noah negó despacio.

—No.

—Entonces quizá sea hora de admitir que se ha ido.

Noah soltó una pequeña exhalación.

—No se ha ido.

Noah amplió una de las últimas entradas registradas en el sistema. Un acceso diminuto, casi invisible.

—Esto apareció hace una hora.

Lorenzo se inclinó sobre la mesa.

—Eso no es un ataque.

—Nunca lo fue.

El mafioso italiano frunció ligeramente el ceño.

—Entonces seguimos en el mismo punto.

—No exactamente.

Noah señaló la secuencia completa. Durante varios segundos ninguno habló. Lorenzo observó las líneas de código con la misma expresión concentrada que había adoptado en los últimos días. Finalmente levantó la vista.

—¿Qué ves que yo no?

Noah apoyó los codos en la mesa.

—Intención.

—Explícate.

Noah señaló los accesos uno por uno.

—Si alguien quisiera destruir tu sistema, lo haría. Si quisiera robar información, ya la tendría y si quisiera chantajearte, habría dejado un mensaje claro —resumió.

Lorenzo cruzó los brazos.

—Pero no hizo nada de eso.

—Exacto.

El silencio se instaló en la habitación. Noah volvió a recostarse en la silla.

—Esto es personal.

Lorenzo arqueó una ceja.

—¿Con quién?

Noah finalmente levantó la mirada hacia él.

—Contigo.

Lorenzo soltó una pequeña risa sin humor.

—No todo gira a mi alrededor.

—En este caso sí.

El italiano volvió a mirar la pantalla.

—¿Y qué gana alguien provocándome?

Noah se encogió ligeramente de hombros.

—Atención.

Lorenzo negó con la cabeza.

—Eso es ridículo.

—No tanto.

Noah volvió a revisar el sistema.

—Mira el patrón. Siempre vuelve, siempre [2]deja una puerta abierta, siempre lo suficiente para que lo notemos.

Lorenzo permaneció en silencio unos segundos.

—Entonces según tú…

Noah terminó la frase.

—No está atacando tu sistema.

Lorenzo entrecerró los ojos.

—¿Qué está haciendo entonces?

Noah apoyó el dedo sobre la última línea de código.

—Está llamando a tu puerta.

El silencio que siguió fue distinto, más denso. Porque, por primera vez, Lorenzo parecía considerar esa posibilidad.

—¿Y si no respondo?

Noah lo miró con calma.

—No creo que te dé esa opción.

Como si quisiera demostrarlo, una nueva línea apareció en la pantalla. Los dos hombres se quedaron completamente quietos. Entrada, una puerta secundaria del sistema, un acceso mínimo.

Lorenzo apretó la mandíbula.

—Ahí está otra vez.

Noah observó la secuencia de forma tranquila y analítica.

—Sí —confirmó.

La línea se cerró unos segundos después. Como si quien estuviera al otro lado simplemente hubiera querido dejar constancia de su presencia.

Lorenzo pasó una mano por su barba.

—¿Sabes qué es lo que más me molesta?

—¿Qué?

—Que parece divertirse —siseó.

Noah no pudo evitar una pequeña sonrisa.

—Probablemente lo esté haciendo.

Lorenzo lo miró con evidente irritación.

—No veo la gracia.

—Yo tampoco —coincidió.

Noah volvió a revisar el sistema completo. Pero ahora lo hacía con otra perspectiva, no como quien intenta detener un ataque, sino como quien observa un juego.

—Lo curioso —murmuró— es que no le interesan mis sistemas.

Lorenzo frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Noah señaló las rutas ignoradas.

—Ni una sola vez ha intentado acceder a mis servidores, ni a mis archivos, ni a mis claves.

Lorenzo lo miró con atención.

—¿Y eso qué significa?

Noah se reclinó en la silla.

—Que yo no soy el objetivo. Lo que quería con su búsqueda era que yo desviara la atención, que me preocupara por Leah, para poder seguir burlándose de ti.[3]

El silencio cayó otra vez. Lorenzo no dijo nada durante unos segundos. Luego preguntó:

—¿De mí?

Noah levantó la vista lentamente. Sus ojos se encontraron y asintió.

Lorenzo sostuvo su mirada. Algo en su expresión cambió, como si una pieza finalmente encajara.

—Si eso es verdad…

—Entonces este juego aún no ha terminado —completó Noah.

La pantalla volvió a quedarse en silencio. Pero ambos sabían algo, quien estaba al otro lado no había empezado aquello por accidente y tampoco iba a detenerse ahora. No hasta lograr su objetivo.

CAPÍTULO 42

La villa seguía pareciéndole irreal.

Leah caminaba descalza por el suelo frío del pasillo, observando las paredes de piedra iluminadas por la luz suave de la mañana. Todo allí parecía demasiado grande, demasiado silencioso, demasiado perfecto para ser un lugar donde se escondían secretos. Porque eso era lo que realmente era, un refugio lleno de secretos.

Desde que habían llegado, Noah pasaba la mayor parte del tiempo con Lorenzo en la sala de control. Ordenadores, códigos, sistemas de seguridad… un mundo que Leah apenas entendía. Pero sí entendía una cosa: Noah estaba preocupado y cuando él estaba preocupado, el aire a su alrededor cambiaba.

Llegó hasta la cocina guiada por el aroma del café. Una de las mujeres del servicio le sonrió con amabilidad.

—Buenos días, *signorina.*

Leah respondió con una pequeña sonrisa.

—Buenos días.

La mujer dejó una taza frente a ella en la mesa.

—El señor Noah está en la sala de trabajo.

Leah asintió.

—Lo imaginaba.

Tomó el café entre las manos y se quedó unos segundos mirando por la ventana. Las colinas verdes se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El cielo estaba completamente despejado. Era hermoso pero, aun así, una parte de ella sentía un vacío extraño. Pensó en su abuela, que probablemente en ese momento estaría llegando a Mozambique. La idea la hizo sonreír un poco.

Podía imaginar perfectamente su emoción al bajar del avión, saludando a todo el mundo, intentando hablar con personas que probablemente no entendían su idioma, pero sí su entusiasmo.

Leah le dio un pequeño sorbo al café.

—Estás pensando demasiado.

La voz de Noah llegó desde la puerta. Leah levantó la vista.

Allí estaba. Llevaba una camiseta negra y el cabello ligeramente despeinado, como si hubiera dedicado las últimas horas a pasarse las manos por él mientras trabajaba. Sus ojos, que nunca dejaban de hipnotizarla, la observaban con esa intensidad que ya se había vuelto familiar.

Leah levantó la taza.

—Café.

Noah se acercó.

—Buena elección.

Se sentó frente a ella. Durante unos segundos ninguno habló. Leah lo observó con atención, percatándose de las ojeras y la tensión en sus hombros.

—No dormiste.[4][5]

Noah apoyó el codo en la mesa.

—Un poco.

—Mentira.

Él sonrió apenas.

—Un poco menos de lo que debería —admitió, porque lo conocía tan bien que no tenía sentido mentirle.

Leah dejó la taza sobre la mesa.

—¿Sigue pasando algo?

Noah la miró. Durante un momento pareció estar evaluando qué decir.

—Nada nuevo.

—Eso no significa que todo esté bien —apostilló ella, sabiendo leer entre líneas a la perfección.

—No.

Leah suspiró.

—No me gusta verte así.

Noah inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras esperando que algo explote.

Él no respondió, eso fue suficiente para confirmar su sospecha. Leah se levantó de la silla y caminó hasta quedar frente a él.

—Noah.

Él levantó la vista. Leah apoyó las manos sobre sus hombros.

—No puedes cargar con todo solo.

Él soltó una pequeña exhalación.

—No estoy solo.

Leah arqueó una ceja.

—Entonces actúa como si no lo estuvieras.

El silencio se instaló entre ellos durante unos segundos. Luego Noah tomó suavemente su muñeca y tiró de ella hasta que Leah terminó sentada sobre sus piernas.

—Eso es hacer trampa —murmuró ella.

—Lo sé.

Leah apoyó una mano en su pecho. Podía sentir su corazón latiendo con fuerza bajo la camiseta.

—Aún no entiendo del todo tu mundo —dijo, en voz baja.

Noah la observó con atención.

—Tampoco quiero que tengas que hacerlo.

—Pero estoy aquí —repuso.

Él no discutió eso, porque era verdad. Leah respiró hondo.

—Ayer pensé mucho en algo.

—¿En qué? —se interesó.

—En el hospital.

La expresión de Noah cambió ligeramente.

—¿Por qué?

Leah se encogió un poco de hombros.

—Porque ahí fue donde empezó todo.

Los dedos de Noah se tensaron apenas contra su cintura.

—No fue exactamente ahí —reconoció.

Leah lo miró con curiosidad.

—¿No?

Noah sostuvo su mirada unos segundos.

—Ahí fue donde me acerqué a ti, pero no fue donde empezó.

Leah frunció el ceño.

—¿Entonces cuándo?

Noah tardó un momento en responder. Luego dijo algo que hizo que el corazón de Leah se acelerara un poco.

—Empezó cuando te vi.

El silencio cayó entre ellos. Leah lo observó.

—Eso suena peligroso.

Noah sonrió apenas.

—Lo es —corroboró.

Leah apoyó la frente contra la suya.

—Noah…

Él cerró los ojos un instante.

—¿Sí?

—¿Alguna vez te arrepientes?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Noah abrió los ojos lentamente.

—¿De qué?

Leah lo miró con una mezcla de emoción y miedo.

—De haber entrado en mi vida.

La respuesta llegó sin una sola duda.

—No.

Leah lo observó unos segundos más. Como si necesitara asegurarse de que decía la verdad. Luego sonrió suavemente.

—Bien.

Noah inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Por qué?

Leah pasó los dedos por su cabello oscuro.

—Porque yo tampoco.

El silencio que siguió fue distinto; más cálido, más tranquilo.

Por primera vez desde que habían llegado a Italia, Leah sintió que el aire a su alrededor se volvía un poco más ligero. Quizá no entendía el mundo de Noah, quizá todavía había demasiados secretos, pero había algo de lo que sí estaba segura: no importaba lo oscuro que fuera su mundo, ella ya formaba parte de él.

CAPÍTULO 43

Hay momentos en los que el silencio pesa más que cualquier amenaza. Ese era uno de ellos. Estaba sentado frente a la pantalla, con las manos quietas sobre el teclado. El cursor parpadeaba en el monitor como si se burlara de él, porque sabía exactamente lo que tenía que hacer, pero no quería hacerlo. Lorenzo estaba de pie detrás de él, apoyado contra la pared con los brazos cruzados. No decía nada, no necesitaba hacerlo. Su presencia ya lo decía todo.

—¿Y bien? —preguntó finalmente.

Noah exhaló despacio.

—Estoy pensando.

—No te traje hasta aquí para pensar —protestó.

—Pues deberías haberlo hecho.

El silencio que siguió fue denso. Noah sintió la mirada de Lorenzo clavarse en su nuca. Él siempre ha sido así, impaciente y directo. Acostumbrado a que el mundo se moviera al ritmo que él marcaba. Pero aquel no era uno de sus juegos de poder, eso era diferente.

—El *hacker* quiere hablar contigo —le dijo.

Lorenzo no respondió de inmediato.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como puedo estarlo.

Se giró en la silla para mirarlo.

—No te busca a ti por casualidad.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente.

—Explícate.

Noah apoyó la espalda en la silla.

—No está interesado en mí, ni en Leah, ni en lo que estoy haciendo.

—Entonces…

—Está interesado en ti.

Las palabras cayeron tan pesadas como una losa en la habitación.

Lorenzo se separó de la pared lentamente.

—Eso ya lo hablamos, pero no tiene sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo.

Me levanto y señalo la pantalla.

—Las intrusiones, las rutas, los patrones de acceso. Todo apunta hacia tus servidores.

—Muchos quieren meterse en mis servidores —replicó, para restarle importancia.

—Sí, pero no todos son los suficientemente buenos como para hacerlo —repuso Noah, mirándolo directamente a los ojos con intención.

Lorenzo guardó silencio unos segundos, antes de preguntar:

—¿Qué quiere?

Esa era la parte que todavía no encajaba.

—Atención —repitió lo que ya le había dicho anteriormente.

—Entonces está loco —espetó, con las cejas enarcadas.

—O es muy listo —rebatió Noah, mirándolo desde otro punto de vista.

Volvió a reinar el silencio entre ambos. Lorenzo caminaba lentamente por la habitación.

—¿Y qué sugieres? —le preguntó, al poco.

Noah apoyó las manos en la mesa.

—Que le demos lo que quiere.

Lorenzo dejó de deambular por la estancia.

—¿Quieres que juegue a su juego?

—Ya estás jugando. —Lo observo con calma. —La única diferencia es que aún no sabes las reglas.

—No me gusta.

—A mí tampoco —coincidió Noah. Ambos se miraron a los ojos, como evaluándose, durante un rato.

—Entonces, ¿por qué hacerlo? —inquirió Lorenzo, sin entender nada.

Porque la alternativa era peor, porque alguien lo suficientemente bueno como para meterse en esos sistemas no era un simple aficionado y porque si ese alguien decidía cambiar de objetivo… Leah estaría en peligro. Pero eso no lo dijo, no en voz alta.

—Porque quiero saber quién demonios es —respondió, en su lugar.

Lorenzo estudió su expresión durante unos segundos, luego asintió lentamente, conforme.

—De acuerdo.

Noah se giró hacia el ordenador.

—Voy a responderle.

—Hazlo —lo instó.

Sus dedos volvieron al teclado. El cursor parpadeó. Escribió despacio.

Habla.

Pulsó el botón de enviar. Durante varios segundos no ocurrió nada. Entonces… la pantalla parpadeó y una nueva línea de texto apareció.

Por fin.

Los dedos de Noah se quedaron suspendidos sobre el teclado.

—¿Qué dice? —preguntó Lorenzo, impaciente.

El *hacker* leyó la siguiente línea y, por primera vez en mucho tiempo… algo en su interior se tensó.

—Noah —insistió Lorenzo.

El aludido apartó los ojos de la pantalla.

—No quiere hablar conmigo.

Lorenzo frunció el ceño.

—¿Entonces?

Volvió a mirar el mensaje. Las palabras seguían ahí. Claras. Directas.

Quiero hablar contigo, Lorenzo.[6][7]

El juego acababa de empezar.

CAPÍTULO 44

Desconocida:

La habitación estaba iluminada únicamente por la luz azulada de seis pantallas. Los ventiladores de los ordenadores giraban con un zumbido constante, casi hipnótico, mientras líneas de código se desplazaban lentamente por uno de los monitores principales.

Sus dedos descansaban sobre el teclado. Quietos, pacientes, esperando. No era una guerra, era algo mucho más interesante. Un juego.

En una de las pantallas apareció la señal que estaba esperando, acceso detectado. Una pequeña sonrisa curvó sus labios.

—Así que sigues despierto…

El cursor parpadeó.

Noah.

Era rápido. Mucho más rápido de lo que había esperado. Había cerrado tres puertas que ella había dejado abiertas solo minutos antes. Había reforzado dos rutas de acceso secundarias. Incluso había intentado rastrear la firma digital que había dejado escondida entre varias capas de encriptación. Impresionante, pero no suficiente.

Sus dedos comenzaron a moverse. Rápidos, elegantes. Como si estuviera tocando una pieza musical que había practicado durante años. El acceso volvió a abrirse, una puerta secundaria. Nada peligroso, nada profundo. Solo lo suficiente.

—Estoy esperándote —murmuró, con júbilo.

La cámara de seguridad de la villa apareció en otra pantalla. El ángulo era amplio, mostrando la sala de control donde Lorenzo y Noah trabajaban. Allí estaba él, de pie junto al escritorio, revisando las pantallas con esa expresión severa que parecía permanente en su rostro. La observadora inclinó ligeramente la cabeza, incluso después de tantos años… seguía siendo exactamente igual; serio, inalcanzable, perfectamente controlado. Siempre rodeado de hombres que lo obedecían, siempre ocupado con negocios que nadie fuera de ese mundo entendería. Siempre demasiado ocupado para mirar a las personas que estaban justo delante de él. Durante años había sido así. Reuniones familiares, negociaciones entre mafias, acuerdos que los adultos discutían mientras ella observaba desde la esquina de la habitación. Nadie prestaba atención a la chica callada que escuchaba demasiado, a la chica que prefería los ordenadores a las conversaciones vacías, a la chica que había aprendido a desmontar sistemas antes de cumplir dieciséis.

Pero él… Él sí debería haberla visto.

Sus dedos se detuvieron sobre el teclado. La cámara captó el momento exacto en que Lorenzo miró una de las pantallas con evidente frustración. Ella sonrió.

—Ahora sí estás mirando.

No a ella, todavía no. Pero al menos ahora sabía que estaba ahí. Durante años había sido invisible para él, solo otra hija de otra familia, otro apellido en una mesa llena de apellidos peligrosos.

Pero ahora… ahora Lorenzo estaba pensando en ella, aunque todavía no supiera quién era.

Volvió a la pantalla principal. Los sistemas de defensa de Noah seguían intentando rastrear su ubicación. Ingenioso.

Había creado tres falsos nodos en servidores europeos diferentes y un cuarto que redirigía el tráfico hacia una red asiática. Cualquiera que intentara seguir ese rastro terminaría en un laberinto y eso también era parte del juego, porque lo último que quería era ser descubierta demasiado rápido. ¿Dónde estaba la diversión en eso?

Sus dedos escribieron otra línea. Una pequeña intrusión, un saludo, un recordatorio. En la pantalla de Lorenzo apareció un nuevo mensaje, escondido entre varias capas de códigos.

Por fin me ves.

Esperó diez segundos, quince, treinta.

Entonces ocurrió. Noah lo encontró. La expresión de la *hacker* cambió ligeramente mientras analizaba la línea de código.

Ella soltó una risa baja.

—Listo… pero no lo suficiente.

Porque Noah no era el objetivo, era una pieza interesante, inteligente pero una pieza al fin y al cabo. El verdadero jugador estaba a su lado; Lorenzo. La cámara volvió a enfocarlo, se había acercado al monitor. Su postura rígida, su mandíbula tensa, exactamente la reacción que esperaba. Perfecto.

Se recostó en la silla y observó la escena como si estuviera viendo una película.

La curiosidad era una herramienta poderosa y Lorenzo apenas estaba empezando a sentirla.

Sus dedos volvieron al teclado.

—Vamos, Lorenzo… —Su voz era apenas un susurro. —Me estoy aburriendo de este juego.

Las pantallas volvieron a llenarse de códigos. Los sistemas de defensa se activaron de nuevo. Noah volvió a rastrear la señal, todo exactamente como ella había planeado.

Eso no era un ataque, ni un robo, ni una amenaza. Era algo mucho más simple y mucho más peligroso.

Una obsesión.

Y Lorenzo acababa de entrar en ella.

CAPÍTULO 45

Noah estaba sentado en la terraza trasera con el portátil abierto, mirando la última intrusión registrada. Ni un intento de acceder a sus servidores, ni una sola búsqueda relacionada con él, ni una sola referencia a Leah. Solo Lorenzo. Todo apuntaba hacia él.

Apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla y exhaló lentamente.

Por primera vez en días… sintió algo parecido al alivio. No era su guerra. El juego no iba con él y eso significaba una sola cosa: Leah estaba a salvo, al menos de aquella amenaza. Cerró el portátil.

La puerta corredera se abrió a sus espaldas. No necesitaba girarse para saber que era ella, reconocería el sonido de sus pasos entre mil.

—¿Sigues despierto?

La voz de Leah llegó suave, todavía cargada de sueño.

Se giró. Ella estaba descalza, con una camiseta larga que apenas le cubría los muslos y el cabello rojo cayéndole desordenado sobre los hombros. Durante un segundo se quedó mirándola, solo mirándola y sintió algo que no le gustaba admitir: paz.

—No podía dormir —respondió, encogiéndose de hombros.

Ella se acercó despacio.

—¿Pasó algo? —quiso saber, curiosa.

—No.

Leah se apoyó en la barandilla, a su lado.

—Eso suena sospechoso.

Sonrío apenas.

—En realidad es una buena noticia.

Sus ojos se elevaron hacia los de ella.

—¿Sí?

—Esto no tiene nada que ver conmigo —la tranquilizó.

—¿El *hacker*?

Noah asintió.

—Está jugando con Lorenzo.

Leah frunció ligeramente el ceño.

—¿Entonces…?

—Entonces tú no eres parte de esto.

Sus hombros parecieron relajarse un poco.

—Eso suena bien.

—Lo es.

El silencio volvió a hacer acto de presencia, pero ya no pesaba. La observó mientras el viento movía ligeramente su cabello y algo dentro de él cambió. Porque ahora que sabía que el peligro no apuntaba hacia ella… toda la tensión que llevaba días cargando empezaba a transformarse en otra cosa. En una necesidad más oscura, más física. Leah lo notó. Ella siempre lo notaba.

—Noah…

Él se levantó de la silla.

—¿Sí?

Ella inclinó la cabeza ligeramente.

—Me estás mirando como si estuvieras pensando algo peligroso.

Se acercó más, como corroborándolo.

—Probablemente.

Leah no se apartó, nunca lo hacía. Sus dedos se apoyaron en el pecho de Noah, firme y definido.

—Eso debería preocuparme.

—Tal vez.

Su mano se deslizó por la cintura de ella, atrayéndola hacia sí al tiempo en que su respiración se hacía más pesada.

—Noah…

—Mmm.

—No estás siendo muy tranquilizador.

—No es mi intención.

Sus ojos café se oscurecieron ligeramente y entonces entendió algo: ella también lo quería, después de todo el miedo, después de la tensión, de dejar atrás su vida entera…Lo único que quería en ese momento era sentir que estaba viva, que aquello era real. La besó, esa vez no hubo duda ni cuidado; solo necesidad.

Leah respondió al instante, sus manos subieron por el cuello de Noah mientras su cuerpo se pegaba al de ella. La levantó con facilidad. Ella soltó una pequeña risa contra su boca.

—Esto definitivamente es peligroso.

—Sí.

La llevó hacia dentro sin dejar de besarla. La puerta se cerró tras ellos con un golpe suave y la oscuridad de la habitación los

envolvió. Leah no perdió el tiempo y lo empujó contra la pared.

—Ahora entiendo por qué no podías dormir.

Sonrió contra sus labios.

—¿Ah, sí?

Asintió. Sus dedos se deslizaron por el pecho de Noah.

—Porque estabas pensando demasiado.

—Y tú sabes cómo arreglar eso —adivinó, pícaro.

—Tal vez.

La tensión entre ambos se rompió por completo. No hubo miedo, ni secretos en ese momento, solo ellos. Dos personas que deberían mantenerse alejadas…pero que ya habían cruzado demasiados límites como para volver atrás.

Horas después, Leah dormía profundamente, con la cabeza apoyada sobre el pecho de Noah. Sus dedos seguían entrelazados. Él la observó en silencio y por primera vez desde que todo aquello empezó… no estaba pensando en códigos, ni en hackers, ni en Lorenzo. Solo en una cosa: que esa mujer confiaba en él más de lo que debería y que, pasara lo que pasase después… no iba a permitir que nadie destruyera lo que habían construido. Ni siquiera él mismo.

CAPÍTULO 46

Los ventiladores de los servidores giraban sin parar, las pantallas seguían mostrando registros y líneas de código y en el jardín los hombres de seguridad caminaban en rondas constantes. Pero nada de eso distraía a Lorenzo, porque había alguien ahí fuera. Alguien lo suficientemente bueno como para entrar en sus sistemas y lo que era peor… lo suficientemente insolente como para hacerlo sin robar nada. Eso era lo que realmente le molestaba. Si alguien robaba, lo entendía. Si alguien lo amenazaba, lo respetaba. Pero eso… eso era otra cosa.

Se sentó frente a la pantalla que Noah había dejado abierta hacía unas horas. Revisó las últimas intrusiones. Entrada, salida, entrada, salida. Siempre lo mismo, como si alguien estuviera tocando el timbre de su casa solo para asegurarse de que siguiera dentro.

Apretó la mandíbula.

—Arrogante… —masculló.

El cursor parpadeó frente a él. Volvió a analizar el código que Noah marcó antes de irse. Ese pequeño patrón, esa forma específica de ocultar la firma digital… no era casualidad. Era demasiado elegante, demasiado… familiar. Amplió el archivo, líneas y más líneas aparecieron en la pantalla. Las recorrió lentamente, buscando algo, cualquier cosa. Un error, una firma, un rastro… y entonces lo vio. Era pequeño, ridículamente pequeño, una variación

en la encriptación. Un detalle que nadie notaría si no supiera exactamente qué estaba buscando. Pero él sí lo notó, porque ya lo había visto antes.

El recuerdo llegó como un golpe seco.

Una sala llena de humo y conversaciones, una mesa larga, varios hombres discutiendo sobre negocios mientras una chica joven estaba sentada al final de la mesa con un portátil. No hablaba, no intervenía, solo escuchaba y cuando alguien mencionaba un sistema de seguridad… Ella corregía algo en voz baja, con una precisión segura. Lorenzo recordaba haberla mirado entonces, no mucho. Solo lo suficiente para notar sus ojos, demasiado claros, demasiado inteligentes.

Volvió al presente. La pantalla seguía iluminando la habitación. Noah dijo que ese *hacker* quería atención, que el juego era personal, que no estaba interesado en él, solo en Lorenzo.

Apoyó la espalda en la silla. Y de repente… una idea absurda se cruzó por su mente. Negó con la cabeza de inmediato.

—No… es imposible.

Pero aun así abrió una base de datos privada. Familias mafiosas, contactos, aliados, rivales. Escribió una sola palabra.

Conti.

El sistema tardó unos segundos en responder. Apareció un árbol familiar completo. Padre, hermanos, primos… y entonces la vio. La fotografía se mostró en la pantalla. Cabello oscuro, ojos azules. Una expresión tranquila que escondía algo más, algo peligroso.

Francesca Conti.

Lorenzo recordaba perfectamente la última vez que la vio. Tenía un portátil en las manos y estaba observándolo, no como alguien que miraba a un hombre poderoso, sino como alguien que analizaba un problema que aún no había decidido resolver.

Se quedó mirando la fotografía varios segundos. Luego volvió al código y comparó las líneas; el mismo patrón, la misma lógica, la misma forma elegante de esconder la firma. El silencio en la sala de control se volvió más pesado.

—No puede ser… —murmuró.

Pero cuanto más lo miraba, más sentido tenía. La hija brillante de una de las familias más peligrosas de Sicilia. Una chica que siempre parecía aburrida de las conversaciones de los adultos. Una chica que entendía los sistemas mejor que la mayoría de los hombres de esa mesa.

Cerró la base de datos, apoyó los codos sobre la mesa y por primera vez desde que empezó aquel juego…sonrío. Porque si estaba en lo cierto… entonces eso no era un ataque, ni una amenaza, sino algo mucho más interesante. Un desafío.

Miró la pantalla vacía frente a él.

—Así que eres tú… —dijo, en voz baja.

Por primera vez desde que empezó todo… Lorenzo sintió curiosidad por saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Porque si Francesca Conti había decidido llamar a su puerta… seguro que no lo hizo por accidente y algo le decía que todavía no había mostrado todas sus cartas.

CAPÍTULO 47

Cuando Lorenzo le pidió que volviera a la sala de control, Noah supo que algo había cambiado. No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo. Lorenzo no era un hombre que pidiera las cosas dos veces, ni tampoco se mostraba intrigado con facilidad. Pero cuando bajó las escaleras y lo encontró de pie frente a la pantalla principal, con los brazos cruzados y una expresión extrañamente tranquila, entendió que finalmente había encontrado algo.

—Dime que no te has pasado la noche hablando con fantasmas —le dijo, nada más entrar.

Lorenzo no respondió enseguida, simplemente se apartó un poco de la pantalla.

—Ven.

Eso nunca era buena señal. Noah se acercó al escritorio y miró el monitor. Código, mucho código, nada nuevo.

—¿Qué estoy mirando?

Lorenzo señaló una pequeña sección ampliada.

—Aquí.

Entrecerró los ojos. La variación era mínima, un patrón de encriptación ligeramente distinto. Si no supiera exactamente qué buscar… ni siquiera lo notaría.

—¿Y?

—Lo he visto antes —confesó.

Eso sí despertó su interés.

—¿Dónde?

Lorenzo no respondió de inmediato. Caminaba alrededor del escritorio como si estuviera reorganizando las piezas de algo en su cabeza.

—Hace años.

—Eso es muy específico —se mofó Noah.

—En una reunión.

Chasqueó la lengua.

—Eso es aún menos útil.

Finalmente, se detuvo frente a él y lo soltó sin más rodeos.

—Familia Conti.

El nombre hizo a Noah arquear una ceja.

—Sicilia.

Lorenzo asintió con aprobación.

—Correcto.

—Interesante familia.

—Mucho.

Se recostó contra el escritorio.

—¿Estás diciendo que alguien de los Conti está jugando con tus sistemas? —quiso asegurarse de que lo había entendido bien.

Lorenzo alzó ligeramente una ceja.

—No alguien.

—¿Ah, no?

—Alguien muy específico —puntualizó.

El silencio se instaló entre ambos.

—Dime que tienes algo más que una intuición —le pidió.

Lorenzo pulsó una tecla. Una fotografía apareció en la pantalla, era una mujer con el cabello oscuro y los ojos azules. No necesitó más de tres segundos para entenderlo.

—¿Francesca? —aventuró, al reconocerla.

Lorenzo no dijo nada. Eso fue suficiente respuesta. No pudo reprimir una pequeña risa incrédula.

—No esperaba eso.

—Yo tampoco —admitió Lorenzo, a regañadientes.

Volvió a mirar la fotografía.

—La hija brillante de los Conti.

—La misma.

—Recuerdo haber oído cosas sobre ella.

—¿Ah, sí?

—Que es demasiado inteligente para el mundo en el que nació.

Lorenzo apoyó las manos sobre la mesa.

—Eso parece.

—¿Y crees que es ella? —Interrogó Noah lleno de incredulidad.

—Estoy bastante seguro.

—¿Por qué?

Lorenzo señaló la pantalla.

—El código, ese pequeño detalle, nadie más lo usa.

Noah volvió a analizar las líneas. Tenía sentido, debía admitirlo.

—Entonces… —dijo, lentamente— la pregunta no es si puede hacerlo. La pregunta es por qué.

Expresó en voz alta los pensamientos de ambos.

Lorenzo asintió.

—Exacto.

El silencio volvió a ser protagonista, mientras Noah pensaba en todo; las intrusiones, las provocaciones, los mensajes.

—No quiere dinero.

—No.

—No quiere información.

Negó con la cabeza.

—No quiere destruirte —continuó Noah.

Lorenzo lo observó con atención.

—Entonces dime qué quiere —demandó, harto de aquel misterio.

El aludido levantó la mirada hacia él.

—A ti.

El silencio que siguió a aquella revelación persistió durante varios segundos. Lorenzo finalmente suspiró.

—Eso es ridículo —resopló.

—No tanto.

Se giró hacia el ordenador y empezó a escribir.

—¿Qué estás haciendo?

—Dándole exactamente lo que quiere.

Lorenzo se inclinó ligeramente para ver la pantalla.

—Explícate.

Sus dedos volaron sobre el teclado. Creó una pequeña brecha en el sistema, una puerta abierta, demasiado evidente para alguien como ella.

—Si quiere que la encontremos… vamos a facilitarle el trabajo.

Lorenzo observó la pantalla, comprendiendo.

—Una trampa —adivinó. Noah asintió.

—Exacto.

El sistema quedó expuesto solo lo suficiente, una invitación, una provocación. Ahora solo quedaba esperar. Cerró el portátil lentamente.

—¿Crees que entrará? —preguntó Lorenzo.

Noah sonrió.

—Si es quien creemos que es… no podrá resistirse.

Las luces de la sala parpadearon suavemente mientras los servidores seguían funcionando y por primera vez desde que empezó ese juego… no reaccionaron; se limitaron a esperar, porque tarde o temprano Francesca Conti iba a cruzar esa puerta y cuando lo hiciera… la partida cambiaría por completo.

CAPÍTULO 48

La trampa era demasiado evidente, casi insultante.

Francesca observó la pantalla durante varios segundos, sin moverse. Las líneas de código abiertas en el sistema de Lorenzo brillaban como una invitación descarada. Una puerta, mal cerrada, demasiado fácil.

Sonrió.

—Así que finalmente decides jugar…

Sus dedos se deslizaron por el teclado, pero no presionaron ninguna tecla todavía. Primero analizó. Siempre analizaba. La puerta estaba ahí, pero detrás había algo más. Un rastreador, dos, tal vez tres. Ingenioso.

Lorenzo nunca había sido un hombre que perdiera la paciencia fácilmente, pero tampoco era estúpido. Si ella había decidido tocar su sistema tantas veces, lo mínimo que podía esperar era una respuesta.

Y ahí estaba. La respuesta.

Francesca se recostó ligeramente en la silla.

En otra pantalla, las cámaras de la villa seguían funcionando. Lorenzo y Noah estaban en la sala de control, esperando frente a los monitores.

—Interesante… —murmuró.

Noah estaba de pie junto al escritorio, con esa expresión concentrada que empezaba a resultarle familiar. El chico era bueno. Mucho mejor de lo que esperaba.

Sus ojos volvieron a centrarse en Lorenzo. Él no se movía, simplemente observaba la pantalla, como si supiera que ella estaba ahí y por primera vez en años… Francesca sintió algo parecido a una pequeña descarga eléctrica recorriéndole el pecho.

—Por fin —exclamó, aliviada.

Tecleó con rapidez. Evitó los rastreadores con facilidad, atravesando las capas de seguridad como si fueran simples cortinas. Pero en aquella ocasión no intentó esconderse. No del todo. Dejó que una pequeña firma quedara visible.

Mientras tanto, en la pantalla de Lorenzo apareció un nuevo mensaje.

Hola, Lorenzo.

En la sala de control, él no se movió. Sin embargo, Francesca podía verlo. La tensión en sus hombros, la forma en que su mirada se endurecía. Noah dio un paso hacia la pantalla.

—Ahí está —susurró, para sí misma.

Sus dedos volvieron al teclado. Otra línea apareció.

Pensé que tardarías más.

Esa vez fue Lorenzo quien escribió. Sus movimientos eran lentos, controlados. El mensaje apareció segundos después.

Francesca.

Ella esbozó una sonrisa genuina. Así que sí la recordaba, después de todo.

—Claro que sí —murmuró.

Escribió de nuevo.

Me alegra que todavía recuerdes mi nombre.

El silencio se instaló en la habitación. Las pantallas seguían mostrando el flujo de datos, pero ahora todo el juego estaba concentrado en esa conversación mínima. Noah observaba atento cada línea, analizando.

Francesca inclinó la cabeza.

—Tú no eres el protagonista de esta historia —dijo, contemplando su imagen en la cámara.

Lorenzo volvió a escribir.

¿Qué quieres?

La pregunta fue directa, exactamente como esperaba. Francesca apoyó los dedos sobre el teclado y por primera vez desde que empezó todo… no pensó en ocultarse.

Tu atención.

Escribió una última línea.

Parece que finalmente la tengo.

Luego, sin esperar respuesta, cerró la conexión.

Las pantallas de la villa volvieron a quedarse en silencio.

En la habitación oscura, Francesca se recostó en su silla con una expresión tranquila. No había ganado, todavía no. Pero había conseguido algo que llevaba años intentando. Lorenzo la estaba mirando.

Y ahora que el juego había comenzado de verdad… no pensaba detenerse.

CAPÍTULO 49

Francesca consiguió exactamente lo que quería y Lorenzo… también. Noah no sabía qué harían con eso. Tampoco le importaba. Estaba sentado en la terraza trasera cuando Leah apareció en la puerta.

—Te estaba buscando.

Levantó la vista. La luz suave del atardecer iluminaba su cabello rojo.

—Me encontraste.

Leah se acercó lentamente.

—¿Está todo bien?

Él asintió.

Leah lo observó durante unos segundos.

—Eso no suena convincente.

Noah esbozó una pequeña sonrisa.

—Esta vez es verdad —se defendió.

Se sentó frente a él, con sus manos casi rozando las suyas y permanecieron así, en silencio durante un rato. Pero no era incómodo, sino expectante.

—Noah —empezó a decir Leah, finalmente —, prometiste algo.

Él sabía exactamente a qué se refería. El momento había llegado. Exhaló lentamente.

—Sí.

Sus ojos café no se apartaron de los de él.

—Dijiste que algún día me contarías todo.

La palabra pesaba. Todo. Durante unos segundos Noah no dijo nada. Luego se levantó y apoyó las manos en la barandilla de la terraza, antes de empezar a hablar.

—Mi madre murió cuando yo tenía dieciocho años.

Leah no se movió, no interrumpió. Le dio su espacio.

—Cáncer.

La palabra salió más fría de lo que esperaba.

—Los médicos hablaban de tratamientos nuevos, experimentales… cosas que podrían haberla ayudado, pero cada uno de esos tratamientos costaba más dinero del que podíamos imaginar.

De nuevo, el silencio.

—Las farmacéuticas decían que el precio era necesario para la investigación, pero yo solo veía a mi madre morir mientras esas empresas anunciaban beneficios récord. Ella murió por culpa de ellos, su cáncer no era tan agresivo ni estaba tan grave cuando se lo detectaron. Con el tratamiento adecuado podría seguir viva. Vendí todo lo que teníamos para pagar sus tratamientos, pero siempre venían con uno nuevo, cada uno más costoso que el anterior. Llegó un punto en que ya no teníamos más dinero, por lo tanto no recibió más tratamiento. Murió en mis brazos —relató, con un nudo en el estómago y el tono estrangulado de dolor.

»Lorenzo me encontró en el cementerio, nunca me dijo qué hacía allí, solo que le llamó la atención verme todo el tiempo ahí. Su curiosidad hizo que se acercara a hablarme, fue extraño porque solo tenía unos años más que yo. Supongo que la mafia lo hizo

madurar antes de tiempo. Le conté lo que le sucedió a mi madre, la rabia salía por mis poros, estaba furioso con el mundo, nada tenía sentido sin ella. Cuando mi madre enfermó, todos los que decían ser mis amigos me abandonaron, no querían tratar con alguien como yo. Ellos estaban enfocados en entrar en la universidad, en las chicas y yo solo hablaba de mi madre.

»Estaba tan solo que cuando Lorenzo me ofreció enseñarme a vengarme, a hackear…Ni siquiera lo dudé. Empezó enseñándome cosas de la organización, ayudando a proteger sus sistemas y a ocultar información. Cuando supe lo suficiente quise efectuar mi venganza, hackeé los servidores de una de las farmacéuticas que nos rechazó por no tener suficiente dinero, les robé millones para luego donarlos a fundaciones como la que tu trabajas, para que otras familias no tengan que pasar lo que yo pasé.

»El problema es que no pude parar, detenerme no era una opción y Lorenzo me dejó marchar y hacer mi vida, siempre supe dentro de mí que esto me iba a salpicar tarde o temprano, pero no pensé que en algún momento iba a encontrar a alguien como tú. Mataría a quien fuera por mantenerte a salvo, Leah. Perdí a mi madre, pero nada ni nadie podrá alejarme de ti.

Leah parpadeó lentamente tras escuchar todo aquello, sobrecogida.

—¿Todo ese tiempo…?

Él asintió.

El viento movió ligeramente su cabello.

—¿Y por qué yo?

La pregunta salió suave, pero directa.

—Te vi por primera vez en el hospital, estabas hablando con un paciente que no tenía a nadie y le leías un libro —rememoró él.

Leah frunció ligeramente el ceño.

—¿Te acuerdas de eso?

—De todo —aseguró, rotundo.

—Empecé a observarte, fui a una charla que estabas dando y ahí lo supe. Estaba jodido y te arrastraría conmigo.

No endulzó las palabras. No servía de nada hacerlo ahora.

—Cámaras, seguimiento, cosas que nadie debería hacer.

La mirada de Leah no cambió.

—No lo hice porque quisiera hacerte daño, lo hice porque no podía apartarme.

Apoyó las manos sobre la mesa.

—Sé que eso debería asustarte —reconoció.

Leah tardó unos segundos en responder.

—Un poco, pero también sé algo más.

—¿Qué?

—Que si no hubieras hecho todo eso… nunca nos habríamos conocido.

El aire se volvió más ligero, sus dedos se entrelazaron.

—Ahora te toca a ti —le dijo. Leah sonrió con delicadeza.

—No es una historia tan interesante.

—Para mí lo es.

Se quedó en silencio unos segundos.

—Mis padres murieron cuando yo tenía nueve años.

Ya lo sabía, pero escucharla decirlo era distinto.

—Mi abuela fue lo único que tuve, siempre lo fue todo para mí.

Sus dedos se tensaron un poco.

—Siempre estuvo en mis actos escolares, ayudándome con la tarea, apoyándome en todo lo que yo quería hacer, cuando quise estudiar… Ella era mi mayor fan, cuando estaba a punto de rendirme del cansancio… ahí estaba ella, dándome ánimos, con su sonrisa, sus abrazos. Pero conforme crecía, más miedo tenía.

—¿De qué?

Bajó la mirada.

—De quedarme sola.

Las palabras cayeron entre ambos como una losa.

—Al trabajar en un hospital, veía gente morir todos los días y siempre pensaba lo mismo: cuando mi abuela muera, yo no voy a ser importante para nadie —confesó, apesadumbrada.

Algo en el pecho de Noah se contrajo.

—Hubo momentos en los que pensé…

Se detuvo. No terminó la frase, pero no hizo falta. Él la entendía mejor que nadie.

Se levantó y caminó hacia ella.

—Leah…

Ella intentó sonreír.

—Es ridículo, lo sé —empezó a decir, avergonzada, pero él la cortó.

—No. —Se arrodilló frente a ella y le acunó el rostro entre las manos. —Nunca has sido invisible.

Sus ojos brillaron de emoción apenas contenida.

—Para ti no —le restó importancia

—Para nadie que realmente mire —rebatió él.

El silencio volvió, pero era distinto; más suave, más honesto.

—No soy un buen hombre, Leah.

Ella sonrió ligeramente.

—Nunca te pedí que lo fueras.

—¿No? —inquirió él, sorprendido.

Negó con la cabeza.

—Solo te pedí una cosa.

—¿Cuál?

Sus dedos se entrelazaron.

—Que no me dejaras sola.

La abrazó con fuerza, como si eso pudiera borrar cada miedo que alguna vez tuvo.

—El mundo puede seguir siendo un desastre —susurró, contra su cabello—, pero mientras yo respire… nunca vas a estar sola.

EPÍLOGO

Un año después….

La casa olía a pan recién hecho, a hogar, a felicidad. Leah sonrió mientras terminaba de colocar los platos sobre la mesa. La cocina era pequeña comparada con la villa italiana, pero para ella siempre sería el lugar más importante del mundo. Su hogar.

La voz de su abuela llegó desde el salón.

—¡Leah! Creo que tu querido acaba de llegar.

Leah rodó los ojos con cariño.

—Abuela…

Pero antes de que pudiera terminar la frase, la puerta principal se abrió y ahí estaba él.

Noah entró en la casa con la misma presencia silenciosa de siempre, como si cada habitación cambiara ligeramente cuando él aparecía. Llevaba una chaqueta negra y el cabello oscuro algo despeinado por el viento de la tarde.

Y, como siempre, flores. En una mano llevaba un ramo de margaritas blancas. En la otra, un ramo de rosas.

Leah cruzó los brazos con una sonrisa divertida.

—Sabes que no tienes que traer flores cada vez que vienes, ¿verdad?

Noah enarcó una ceja.

—No es cada vez, solo casi siempre.

Él caminó hacia ella. Primero le dio el ramo de rosas.

—Para ti.

Luego se giró hacia la abuela, que acababa de aparecer en el pasillo.

—Y estas son para usted —le ofreció.

La mujer abrió los ojos con sorpresa.

—¡Ay, mi niño!

Tomó las flores con una sonrisa enorme.

—Si sigues así voy a empezar a pensar que te gusta demasiado esta casa.

Noah se encogió ligeramente de hombros.

—No es la casa, son las personas que la habitan. Hacen que se sienta como un hogar.

Leah sintió el calor subirle al rostro. Su abuela sonrió con complicidad.

La mujer levantó su teléfono.

—¡Esperen! Antes de cenar.

Leah ya sabía lo que venía e intentó disuadirla, en vano.

—Abuela…

—¡Una foto!

Noah suspiró con divertida resignación.

—Otra.

—Para el recuerdo.

La abuela retrocedió un poco y levantó el móvil.

—Acérquense.

Leah se colocó junto a Noah, todavía sosteniendo las flores.

Antes de que pudiera reaccionar, él la levantó con facilidad y la colocó sobre su hombro.

—¡Noah!

Leah se rio mientras intenta mantener el equilibrio.

—¡Bájame!

—La foto será mejor así.

—¡Estás loco!

La abuela soltó una carcajada mientras hacía la foto.

El momento quedó congelado para la posteridad: Noah, con una sonrisa rara vez visible y las flores en una mano, que agarró para que a ella no se le cayeran, Leah sobre su hombro, riéndose, y la luz cálida del atardecer entrando por la ventana.

La abuela bajó el teléfono, satisfecha.

—Perfecta.

Noah dejó a Leah en el suelo con cuidado.

—¿Contenta?

—Mucho.

La mujer caminó hacia la cocina con las flores.

—Ahora vengan antes de que la cena se enfríe.

Leah tomó la mano de Noah antes de entrar.

—Espera.

Él la miró, intrigado.

—¿Qué pasa?

Leah respiró hondo, armándose de valor.

—Tengo que decirles algo.

Noah frunció ligeramente el ceño.

—Eso suena peligroso.

La abuela apareció en la puerta de la cocina.

—¿Qué ocurre?

Leah sonrió nerviosamente, luego tomó la mano de Noah y la colocó sobre su vientre.

—Vamos a ser tres.

El silencio duró exactamente tres segundos. Noah se quedó completamente quieto, como si su mente necesitara tiempo para procesar lo que acababa de escuchar.

La abuela fue la primera en reaccionar. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Dios mío! —exclamó, llevándose una mano al pecho. —¡Gracias, señor!

La mujer se acercó rápidamente y abrazó a su nieta con emoción.

—Mi niña… voy a ser bisabuela, nunca pensé que este día llegaría.

Leah se rio entre lágrimas.

—Abuela…

La mujer se separó de ella para mirar a Noah, quien seguía inmóvil.

—Muchacho —dijo ella, con ternura. —¿Vas a decir algo o te quedaste sin palabras?

Noah finalmente parpadeó, acto seguido se arrodilló despacio frente a Leah, su mano dirigiéndose hacia el vientre de ella, todavía plano, pero lleno de significado. Sus dedos acariciaron suavemente la tela de su camiseta.

—¿De verdad?

Leah asintió, emocionada.

—Sí.

Durante un segundo, Noah pareció el mismo hombre que *hackeaba* corporaciones y manipulaba sistemas imposibles, pero al segundo siguiente… su expresión cambió por completo y sonrió. Una sonrisa real.

—Entonces supongo que voy a tener que *hackear* el mundo entero para protegerlos.

Leah soltó una pequeña risa, la abuela también.

—Vengan a cenar —dijo la mujer finalmente—. Esta familia necesita celebrar.

Noah se levantó y rodeó los hombros de Leah con el brazo mientras entraban en la cocina. La casa volvió a llenarse de voces, risas y el sonido de platos.

Eran una familia. Quizás poco convencional, pero una familia al fin y aquella vez… nadie estaba solo.

NOTA DE AUTORA:

Este es mi homenaje, abuela. Sé que nunca vas a leer esto porque va en contra de tus creencias religiosas, pero siempre estuviste ahí para todos, hiciste de madre y de abuela. Tu fe mueve montañas, tu cariño también.

Ojala mamá nos mire desde el cielo orgullosa de nosotras, espero poder cumplirle el sueño de tener un nieto, sé que donde sea que esté va a ser la más feliz del mundo al verlo. Ojalá me dures muchos años más y puedas conocerlo también. Las amo.

AGRADECIMIENTOS:

Quiero empezar agradeciéndote a ti por haber llegado hasta aquí, es mi primera novela y jamás pensé que esto realmente pudiera llegar a ser una realidad, espero que te haya gustado, mis mensajes siempre estarán abiertos para fangirlear.

Quiero agradecer a Melisa @dark_unicorn_books por darme ánimos y apoyarme desde el inicio, estuviste ahí con muchísimos audios eternos y te adoro por eso.

Cherlys de @booksdesign__ gracias por hacer la portada de mis sueños, por meterte en este proyecto de lleno y tener tantas ideas para aportar al diseño, eres increíble.

Lena de @lena_salvatore16 gracias por corregir a mi bebé, por *fangirlear* conmigo y apoyarme durante el proceso, ¡eres la mejor!

A mi familia por apoyarme y alegrarse de mis logros, no sé si leerán este libro pero gracias.

Al grupo de WhatsApp ***"Las chicas superpoderosas",*** un grupito de escritoras que estuvieron en parte del proceso y me hicieron sentir muy bien y apoyada, gracias preciosas.

Gracias por llegar hasta aquí, espero que este sea el primero de muchos y si alguien siente interés por saber más de Lorenzo y Francesca, si todo sale bien habrá noticias pronto.